

DIEZ AÑOS DE INSURRECCION EN AMERICA LATINA

VANIA BAMBIRRA – ALVARO LOPEZ – MOISES MOLEIRO
SILVESTRE CONDORUMA – CARLOS NUÑEZ – RUY MAURO MARINI
ANTONIO ZAPATA



(09)

MRE





UNA VISION NUEVA PARA UNA AMERICA NUEVA.



27. 70623
C: 45237

VANIA BAMBIRRA - ALVARO LOPEZ - MOISES MOLEIRO
SILVESTRE CONDORUMA - CARLOS NUÑEZ - RUY MAURO
MARINI - ANTONIO ZAPATA

**DIEZ AÑOS
DE INSURRECCION
EN AMERICA LATINA**

323.27 (8) (09)
D568
U. 1
U. 1

TOMO I



EDICIONES PRENSA LATINOAMERICANA S. A. / CHILE

PORTADA: MESSINA & MORENO

M. R. E. - Biblioteca

no.

24 395

data

16/6/72

proc.

Santiago (c) of. 157/72

Derechos reservados, Inscripción Nº 39069.

(c) 1971, Editorial Prensa Latinoamericana S. A.

Root 537 — Santiago — Chile.

Impreso y hecho en Chile.

Printed and made in Chile.

COLECCION





COLECCION AMERICA NUEVA

Más allá de las escuetas noticias y de los interesados comentarios que los cables internacionales nos traen en relación a los movimientos insurreccionales de América latina, en particular, existen sin duda razones indiscutiblemente más profundas que configuran el cuadro de tales movimientos. Estos no son el producto aleatorio de inclinaciones intuitivas de grupos vanguardistas, sino la consecuencia legítima de un proceso social que se encamina a responder, frente a la historia de los pueblos dependientes, a la intromisión de los intereses imperiales norteamericanos y a presentar el planteamiento de perspectivas radicales de esos pueblos sometidos de una y de otra manera. Su desarrollo, su destino y sus raíces ideológicas son en gran medida lo que Vania Bambirra trata de mostrar en estos trabajos a través de los análisis individuales de relevantes estudiosos del problema social latinoamericano como son Alvaro López, Moisés Moleiro, Silvestre Condorama, Carlos Núñez, Ruy Mauro Marini y Antonio Zapata.

Editorial Prensa Latinoamericana da, con la presentación de este libro, un paso más en la tarea impuesta al crear la Colección América Nueva, ya bastante conocida del público estudioso y militante.

Anticipamos que la acogida que han tenido nuestros anteriores títulos nos impulsa a seguir apareciendo con nuevas obras sobre el campo ideológico en que nos hemos situado, encontrándose en prensa para su próxima y pronta aparición el libro de André Gunder Frank: **Chile: desarrollo del subdesarrollo.**



PROLOGO

Desde la victoria de la Revolución Cubana han ocurrido en Latinoamérica una serie de intentos insurreccionales.⁽¹⁾
En algunos casos fueron aplastados aún en la fase de preparación del llamado foco guerrillero, como fueron los casos de Argentina, Ecuador, Paraguay, Brasil, Nicaragua, etc. Otros aun, como en Venezuela, Guatemala y Colombia han pasado por períodos de agudas crisis y aunque se hayan logrado mantener, su existencia por sí sola si bien haya cuestionado no ha logrado alterar hasta hoy en estos países la permanencia de los regímenes oligárquico-burgueses integrados al imperialismo.

(1) Utilizamos el concepto de insurrección en el sentido amplio que incorpora múltiples formas de alzamiento en contra del régimen existente.

¿Cuáles han sido las limitaciones fundamentales y los avances objetivos alcanzados por estos movimientos?

La contestación de esta pregunta crucial abre la discusión sobre una serie de problemas que hasta hoy día no han tenido respuestas suficientemente agotadoras, sea desde el punto de vista de las concepciones teóricas generales, que buscan orientar los movimientos revolucionarios en el continente, sea desde el punto de vista de la orientación de su práctica política y militar.

Se puede decir que cuestiones tales como las del carácter de la revolución (¿o revoluciones?) en el continente, de las formas que deberá adoptar el movimiento revolucionario, de la participación de las masas en este proceso, el carácter político-militar de la guerra, aún no están completamente resueltas al nivel de las organizaciones revolucionarias que están empeñadas en conducir el proceso revolucionario.

Queda por hacer, por tanto, todo un inmenso trabajo de investigación y elaboración teórica; queda por hacer de forma urgente un trabajo de buscar nuevas líneas de acción revolucionaria que pasa por la precisión de concepciones estratégicas y tácticas, que van desde la lucha electoral hasta la guerra popular y prolongada.

Se plantea la necesidad, por tanto, de acentuar mucho más el debate que se hace hoy en Latinoamérica sobre estas cuestiones, buscando elevar más aún su nivel de análisis.

Creemos que una contribución importante para esto es abrir la discusión sobre las principales experiencias de los

movimientos revolucionarios en la última década, haciendo un balance crítico de ellos. Esto porque estas experiencias, sea por las concepciones que las han orientado, sea por el carácter que han adoptado, sea por los objetivos perseguidos y por las dificultades enfrentadas, y finalmente por hacia adonde han sido conducidas, ofrecen elementos de inestimable valor para la superación de los errores de concepción y de práctica política.

Como ha habido muy pocos estudios sobre estas experiencias, al publicar esta antología nuestro objetivo es intentar suplir un poco esta laguna ofreciendo a todos los que están interesados y comprometidos con el destino de América Latina, trabajos de análisis y de reflexión sobre algunos de los más importantes movimientos revolucionarios e insurreccionales que se han desarrollado en el continente.

Para esto, tratamos de elegir personas que, sea por su capacidad como científico social, como es el caso de Condorama, Alvaro López y Ruy Mauro Marini, sea por su condición de dirigente político, como Moisés Moleiro, o finalmente por su capacidad profesional como periodista y como analista, como en el caso de Carlos Núñez, estuvieron en condiciones de ofrecer un análisis lo más objetivo posible y además que entregara elementos para comprensión de toda esta compleja problemática que se ha desarrollado en torno a las experiencias insurreccionales.

Queremos también dejar bien claro que cada autor ha elaborado su trabajo —como por lo demás no podría dejar de ser— con absoluta libertad de análisis. De allí que incluso

aparezcan en los trabajos *divergencias teórico-explicativas* en relación a más de una cuestión crucial.

El primer Tomo contiene los siguientes temas:

El trabajo Diez Años de Insurrección en América Latina representa un intento de balance de los factores que han condicionado el descenso del movimiento popular e insurreccional a partir de los años 63 y 64 en América Latina, centrando el énfasis en las principales limitaciones de los que hemos llamado izquierda revolucionaria. Esta preocupación se fundamenta en la convicción de que la superación de ellos tiene que pasar por una implacable discusión crítica sin la cual el dogmatismo, el sectarismo y las actitudes emocionales tendrán la mayor vigencia.

Claro es que cualquier trabajo que intente un análisis de conjunto de toda una vasta problemática está sujeto a limitaciones de todos los órdenes. Sin embargo, cuando su objetivo es más contribuye a la discusión que propiamente agotarla, puede resultar de gran utilidad. No va más lejos que esto nuestra pretensión.

El trabajo La Crisis Política y la Violencia en Guatemala es quizás el mejor análisis de conjunto de las condiciones histórico-estructurales de los orígenes y desarrollo de la violencia reaccionaria y su contrapartida revolucionaria en este país.

En él se intenta mostrar, a nuestro juicio con pleno éxito, cómo ésta ha sido el resultado de la incapacidad del sistema oligárquicoimperialista de ofrecer alternativas reales a la crisis del desarrollo dependiente en países como Guatemala.

Se analiza además la experiencia guerrillera de la década del 60.

El estudio Las Enseñanzas de la Guerra Revolucionaria en Venezuela constituye un balance de las dificultades enfrentadas, las experiencias obtenidas y la discusión de las condiciones que se deberán cumplir para el proseguimiento de la lucha insurreccional en aquel país.

El trabajo representa, sin duda alguna, un certificado de la madurez que está siendo lograda por parte del liderazgo del movimiento revolucionario en el continente, en la medida en que éste —como es el caso de Moleiro— se muestra capaz de replantear con bastante claridad varias de las cuestiones más cruciales que enfrenta. Este juicio se justifica a través de la apreciación del análisis económico-social que sale del trabajo. Allí se intenta redefinir el papel del campesinado en función de los cambios estructurales que se han verificado en la economía venezolana. El trabajo adquiere especial importancia en la última parte, cuando se discute las nuevas características del cerco anti-guerrilla —con el conocimiento producido por la experiencia del autor como comandante guerrillero— para en seguida apuntar hacia las nuevas direcciones en el sentido de contrarrestarlo.

El trabajo de Moleiro es pues, sin duda, de gran importancia para la comprensión de las limitaciones que ha enfrentado el movimiento revolucionario, aunque vale la pena señalar también que a nuestro juicio él refleja por otro lado que aún no se ha superado completamente y con toda la claridad deseable la concepción foquista y que la pro-

blemática levantada sobre el papel de la clase obrera aún está lejos de ser completamente agotada a través de lo que se indica en su trabajo.

El segundo Tomo presenta cuatro análisis más. El trabajo Las Experiencias de la Última Etapa de Luchas Revolucionarias en el Perú es el único que no ha sido hecho especialmente para esta antología y, debido a su relativa antigüedad, pues ha sido escrito en 1965, no refleja por tanto la situación del movimiento revolucionario en el presente. Sin embargo, lo incluimos en la antología porque es en su conjunto un valioso análisis de los antecedentes y el desarrollo del movimiento campesino de Hugo Blanco y de las guerrillas del MIR. Creemos que la comprensión de todas estas etapas por las cuales ha pasado el movimiento revolucionario en el Perú es la condición para que sí pueda entender lo que está pasando hoy día. En este sentido, el trabajo de Condoruma es insuperable por representar un riguroso análisis dialéctico de los condicionantes generales del ascenso y descenso del movimiento revolucionario peruano.

El trabajo MLN Tupamaros: Los Combatientes no se Improvisan es un análisis del desarrollo histórico de las condiciones generales en medio de las cuales han surgido los Tupamaros, al cual sigue una exposición sistemática, basada en los documentos disponibles, de su línea programática. La importancia de este trabajo es indiscutible. Su autor es uno de los pocos analistas serios de este movimiento que tanta estupefacción ha despertado en las clases dominantes y tantas simpatías entre los sectores populares.

Carlos Núñez destaca en el comienzo del trabajo el equívoco de los que intentan oponer el éxito de los Tupamaros en la lucha urbana "como una contracara de las experiencias de guerrilla rural". Eso porque, como lo demuestra posteriormente al exponer la concepción revolucionaria que los orienta, no existen entre ésta y la que ha orientado la gran mayoría de los movimientos guerrilleros diferencias substanciales. Las diferencias tienen que ser buscadas únicamente en el terreno de la táctica, o sea, en la manera como se ha aplicado a las condiciones de Uruguay la teoría del foco. En este sentido, partiendo del trabajo de Núñez, sería realmente difícil ubicar al MLN Tupamaros entre los de la "nueva izquierda", por lo menos como está entendida en el trabajo Diez Años de Insurrección en América Latina.

Pero, sin embargo, la propia dinámica de la lucha de clases en Uruguay y en Latinoamérica está planteando a los Tupamaros y al igual que a la izquierda revolucionaria en general nuevos problemas, como el de la necesidad de vinculación más estrecha con las masas a fin de que realmente puedan ser conducidas. Estos problemas tendrán que ser enfrentados en el curso de la lucha política y la manera como contesten a ellos, o sea, de su capacidad de enfrentarlos y de encontrar soluciones para ellos dependerá su sobrevivencia como vanguardia revolucionaria.

El trabajo Lucha Armada y Lucha de Clases en Brasil es el más brillante estudio de la evolución del movimiento revolucionario brasileño en la década del 60. En él se

explica con toda la lucidez que se puede esperar de un análisis marxista, cuales han sido los principales problemas y limitaciones que ha tenido que enfrentar la izquierda a partir del momento en que el camino insurreccional se ha planteado en forma irreversible como la única alternativa a las tendencias fascitizantes consecuencia de la profundización cada vez más acentuada de la crisis económico-social.

Pero, el análisis no se paraliza allí y busca delinear en qué sentido se orienta la superación de las etapas ya recorridas y que se presentan como un fecundo laboratorio para el movimiento revolucionario en el continente.

Cuando habíamos dado por completa esta antología e incluso ya la habíamos enviado a algunas editoriales, recibimos el trabajo de Antonio Zapata (seudónimo de un sociólogo colombiano) Etapas y Coyunturas de la Lucha Guerrillera en Colombia sobre la experiencia insurreccional en Colombia. Las experiencias de las luchas sociales en Colombia tienen una importancia especial. Es un país que ha tenido durante un largo período una vasta tradición de luchas armadas en el campo y que en los últimos años han evolucionado hacia movimientos de guerrillas campesinas con un carácter político revolucionario. El trabajo de Antonio Zapata, si bien no agota el análisis de las experiencias más recientes debido al corto tiempo que tuvo para hacerlo, aporta elementos muy valiosos para la comprensión de la dinámica de las luchas de clases en Colombia. Por esto lo incluimos en esta antología.

Para que esta antología fuera completa hubiera sido necesario incluir por lo menos un análisis de las experiencias insurreccionales en República Dominicana, Argentina y Bolivia. Sin embargo, preferimos que la publicación se hiciera incompleta a tener que postergarla. Esperamos que en un futuro próximo esta laguna pueda ser llenada.

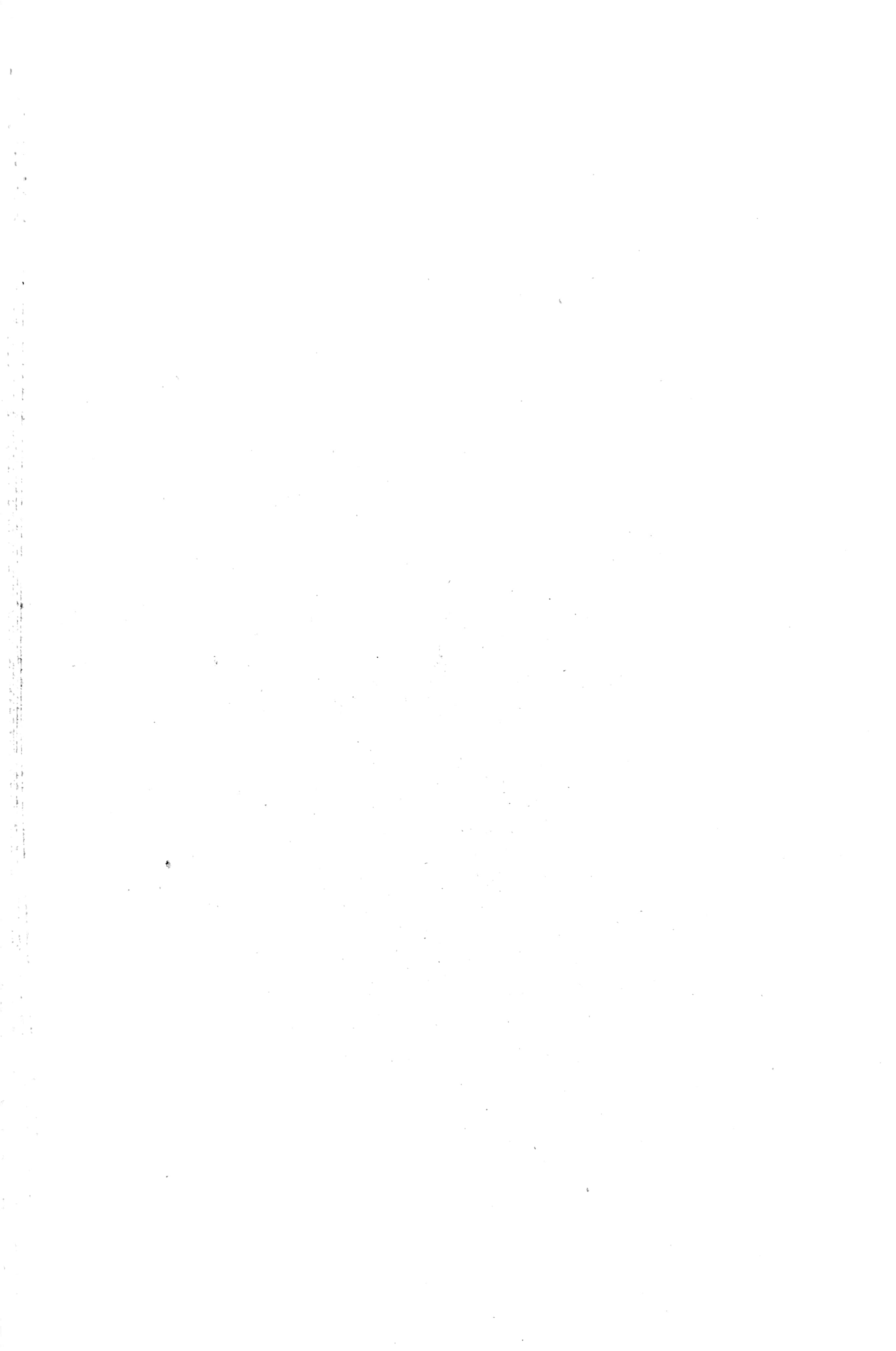
De cualquier forma, los materiales que se presentan en esta edición merecen ser objeto de la más profunda y detenida reflexión por parte del lector. Ellos contienen elementos de explicación de toda una compleja práctica vivida en el continente en la búsqueda de un camino nuevo para el pueblo. Esta búsqueda sigue. Y sólo en la medida que, a través del análisis crítico, esta práctica vivida se transforme en experiencia acumulada se podrá lograr la superación definitiva de sus límites.

Finalmente, creemos que la publicación de este libro ayudará a enviar el renacimiento de un foquismo y un reformismo bajo nuevas formas. Como todos los renacimientos del pasado son frutos de una crítica incompleta de él, vale meditar sobre la crítica de Marx a los neo-hegelianos:

“La sumisión a Hegel es la razón de porqué ninguno de estos modernos críticos ha intentado siquiera una amplia crítica del sistema hegeliano, por mucho que cada uno de ellos afirme haberse remontado sobre Hegel”.

VANIA BAMBIRRA

Santiago, verano de 1970.



VANIA BAMBIRRA

**DIEZ AÑOS
DE INSURRECCION
EN AMERICA LATINA**

Nuestros agradecimientos a las críticas y sugerencias que fueron hechas en el sentido de mejorar este artículo por parte de Roberto Pizarro, José Martínez, Sergio Ramos, André Gunder Frank, Aníbal Quijano, Ruy Mauro Marini, Jaime Estévez y especialmente a Theotônio dos Santos, con quien hemos mantenido un fecundo debate durante la elaboración del mismo. Sin embargo, las opiniones que en él se sustentan y los posibles errores cometidos, son de entera responsabilidad nuestra (N. del A.).

I. ASCENSO Y DESCENSO DEL MOVIMIENTO POPULAR E INSURRECCIONAL EN LATINOAMERICA

América Latina vive una etapa crucial. Los últimos diez años han señalado el inicio de una nueva época en su historia. Esto no sucede arbitrariamente, sino que es una consecuencia de la profunda crisis que vive el sistema capitalista dependiente; crisis que se manifiesta en todos los niveles, afectando la economía en su conjunto, el aparato estatal y alcanzando incluso a instituciones como la iglesia, la universidad y la familia.

Esta situación de crisis aguda, producto de la maduración de las contradicciones del capitalismo dependiente, está planteando la necesidad de cambios estructurales y,

al mismo tiempo, generando los instrumentos necesarios para su concretización. El instrumento más efectivo de cambio histórico ha sido la insurrección. De hecho, durante la presente década, desde que la victoria de la revolución cubana, a través de un proceso insurreccional, planteó el socialismo como una alternativa concreta para esta crisis, los intentos insurreccionales se han hecho presente en la vida de casi todos los países del continente. Y, aunque hoy día se pueda decir que la primera ola insurreccional ha sido derrotada en algunos casos, neutralizada o llevada a una situación de impasse en otros, su existencia ha contribuido decisivamente, a lo menos, para delimitar las alternativas que se vislumbran en el futuro próximo de América Latina.

Históricamente, los movimientos revolucionarios se han desarrollado en un proceso discontinuo, caracterizado por períodos de ascensos y descensos.

En general, las condiciones favorables hacia un ascenso empiezan a generarse cuando el sistema económico dominante entra en una fase de expansión, produciéndose crisis de crecimiento que involucran una serie de contradicciones con las formas antiguas de dominación, las que van siendo cuestionadas y superadas gracias al impacto provocado por el desarrollo.

Estas contradicciones traen consigo la lucha entre distintos sectores de los grupos dominantes, por la hegemonía en el control del poder, lo que conduce a que algunos de estos sectores necesitan disfrutar del liderazgo sobre el movimiento popular, para lo cual requieren hacerle concesiones a éste. Por otra parte, es conocido que en esos momentos de expansión del sistema el movimiento popular —y, en particular, la clase obrera— está en mejores condiciones para luchar por sus reivindicaciones, gracias al fortalecimiento de sus organizaciones.

Si bien es cierto que en esos períodos existe una fuerte tendencia hacia el economicismo y el reformismo, es decir, a limitar la lucha a objetivos meramente reivindicativos, la presión ejercida por aumentos de sueldos, por mejorar las condiciones de vida y por reformas sociales en general, sólo puede ser permitida por el sistema mientras no empiece

a poner en jaque el crecimiento de la tasa de ganancia y el funcionamiento del sistema mismo. Cuando esa amenaza empieza a concretarse, cuando el movimiento de masas empieza a presionar en forma más vigorosa por sus reivindicaciones, las clases dominantes comprenden que las contradicciones en el seno de su propia clase son secundarias y que es necesario unificarse para contener el empuje del movimiento obrero y popular. En esos precisos momentos la represión más abierta se transforma en una necesidad imperiosa del sistema.

Sin embargo, la intensificación de la represión no tiene, necesariamente, que producir el reflujo del movimiento popular. Este puede alcanzar nuevos niveles de lucha, siendo capaz de contener la represión e impedir que ella se ejercite ampliamente. Esto depende de la manera en que el movimiento popular ha sido organizado, de la conciencia política que ha logrado desarrollar y de la existencia de una efectiva vanguardia.

Pero, como la lógica del funcionamiento del sistema no permite otra salida en lo económico que la contención del movimiento reivindicativo y, en lo político —como consecuencia de aquello—, la paralización del clima de agitación social, y como además ninguna clase dominante está dispuesta a aceptar su cuestionamiento sin reaccionar, la represión, aunque haya sido débil y contenible en un primer momento, volverá a ejercerse en forma más aguda y definitiva. Esta etapa ha correspondido, en general, a aquellos períodos en que empiezan a hacerse más pronunciados los síntomas de crisis del sistema siendo necesario adoptar medidas económicas y políticas para enfrentarlos.

Estos son los períodos en que el sistema dominante es cuestionado más a fondo, y en los cuales compete a las vanguardias populares aprovechar las condiciones objetivas, que son generadas por la crisis y por la madurez alcanzada por el movimiento popular, y orientar la lucha en un sentido revolucionario conduciéndola por el camino de la insurrección. Si eso no ocurre, o sea, si la vanguardia está separada de las masas —y en ese caso no es de hecho una vanguardia—, si éstas siguen orientadas hacia el

camino del reformismo, si no son capaces de plantear y poner en práctica nuevos métodos de lucha, entonces la represión encuentra frente a sí un enemigo sin preparación y débil, al cual se puede liquidar a través del desmantelamiento de su organización, del encarcelamiento de sus líderes, de la persecución arbitraria y de las múltiples formas de masacre, que van desde los choques callejeros hasta el exterminio de campesinos y guerrilleros, mediante los cercos estratégicos, las bombas de napalm, etc. etc.

Latinoamérica ha vivido en la década del 50 un período de expansión y de crecimiento económico, como consecuencia de la expansión general del sistema capitalista mundial en su nueva fase de integración monopólica internacional, impulsada por la empresa multinacional que empieza a surgir a partir de la postguerra. Sin embargo, por motivos que analizaremos más adelante, a partir del 60 ese desarrollo empieza a agotarse. No obstante, el movimiento popular sigue en expansión y se pone, cada vez más, en el orden del día la necesidad de cambiar el carácter de la lucha popular, o sea, sobrepasar los niveles reformistas y reivindicativos en los cuales ha estado sumergida y elevarla a un nivel superior de cuestionamiento del sistema en su conjunto. Es decir, empiezan a plantearse y a llevarse a efecto los primeros intentos insurreccionales.

Como se ha dicho, estos primeros intentos —a inicios de la década del 60— expresaban un momento de ascenso del movimiento popular. Ascenso que era, por una parte, resultado de la propaganda y de la euforia que despertaba en el continente la victoria de la revolución cubana (reafirmada en 1961 con el fracaso del intento de invasión en Playa Girón, por parte de mercenarios entrenados y ayudados por organismos del gobierno norteamericano) y, por otra, correspondía al fin del período de desarrollo que se había iniciado en Latinoamérica en la postguerra, el que empezaba a agotarse⁽¹⁾ debido a las contradicciones generadas por el proceso de industrialización que se realizó

(1) Ese agotamiento no se verifica en forma simultánea en todos los países. En algunos como Argentina, Chile y Brasil, se verifica primero que en otros como México y Perú. Esto se debe a una serie de factores que analizamos en otro trabajo.

dentro de los marcos de la integración monopólica mundial. Consecuencia directa del agotamiento de este período de desarrollo es la crisis económica, que se traduce en los síntomas de estancamiento de varios países y en la crisis política, que se expresa —a su vez— en la imposibilidad que tienen las clases dominantes para mantener el control del aparato político institucional dentro de las constituciones tradicionales y/o a través de arreglos de tipo populista, lo que las lleva a optar por medidas dictatoriales, por la utilización de golpes de Estado.

Algunas expresiones de este primer momento de ascenso del movimiento popular, en los años 60, fueron:

- La resistencia popular al intento de golpe militar en Brasil en 1961. A lo cual sigue una expansión del movimiento obrero, campesino, estudiantil y a la radicalización de sectores del ejército, (que culmina con el alzamiento de los sargentos en Brasilia, en 1963, y con el movimiento de los marinos en Río en 1964, que fue uno de los detonadores inmediatos del golpe) y el surgimiento de nuevas organizaciones de izquierda como Política Obrera, el Partido Comunista Do Brasil, Acción Popular, Movimiento Tiradentes. Todas ellas planteaban la necesidad de la insurrección, y algunas, como el Movimiento Tiradentes que estaba vinculado a las Ligas Campesinas, empezaron a prepararla en 1962 aunque luego no lograron iniciarla de hecho;
- La instalación del movimiento guerrillero en Guatemala, entre 1961 y 1963, como resultado de una serie de alzamientos provocados por la radicalización de sectores militares, y la ampliación de la resistencia armada en las ciudades;
- La formación en Nicaragua del Frente Sandinista de Liberación Nacional, en 1961, y la instalación del movimiento guerrillero;
- El inicio en 1962 del movimiento insurreccional en Venezuela (algunas de cuyas expresiones son las luchas callejeras, la gran huelga de transportes, los alzamientos militares de Carúpano y Puerto Cabello, etc), que logra unificar al Movimiento de Izquierda Revolucionaria y

- al Partido Comunista, a través de acciones de guerrillas urbanas y rurales;
- El nuevo carácter que asume el movimiento campesino en Colombia que culmina en 1964 con los acontecimientos de Marquetalia y el surgimiento de las guerrillas, con un carácter insurreccional, lideradas en el sur por Marulanda, miembro del PC colombiano, y en el norte por el Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Fabio Vásquez Castaño, el que empieza las acciones a partir del 64;
 - El movimiento campesino en el sur del Perú, liderado por Hugo Blanco y el surgimiento del FIR (Frente Izquierda Revolucionaria), la formación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que representa un intento de superación del APRA Rebelde y que, posteriormente en 1965 inicia acciones guerrilleras en el centro y en el sur del país, lideradas por Guillermo Lobatón y Luis de la Puente Uceda. Las guerrillas peruanas empiezan cuando ya estaba claramente configurada una situación de descenso del movimiento popular, en el Perú y en el continente. Quizás por eso mismo fueron liquidadas tan pronto.
 - Además hubo intentos guerrilleros, aunque frustrados, en el Paraguay, Argentina, Honduras, Ecuador y Brasil, entre el 60 y el 63.
 - El surgimiento, en prácticamente todos los países, de organizaciones de izquierda con el claro objetivo de preparar la insurrección.

En este período de ascenso, que dura hasta el 63 en algunos países y el 64 en otros, hubo también algunos intentos de golpes militares. Sin embargo, el ímpetu del movimiento popular no les permitió destruir el régimen representativo y se vieron obligados a permitir el regreso a la legalidad. Esto fue lo que sucedió con el fracasado golpe de 1961 en Brasil; con el golpe en contra de Frondizi en 1962, en Argentina, al cual siguen las elecciones que culminan con la elección de Illía; y el mismo año, con el golpe peruano en contra de los apristas, que pretendía además desmantelar el movimiento campesino, a través de la ocu-

pación militar de La Convención, lo que fue logrado parcialmente, siendo luego levantada en junio de 1963, época de la ascensión de Belaúnde al poder.

El movimiento popular estaba a la ofensiva en Latinoamérica, la influencia que la revolución cubana ejercía con su ejemplo era evidente y las clases dominantes no tenían todavía capacidad para detenerlo. Pero en 1963, este ascenso empieza a llegar a su término y a partir de 1964 a frustrarse⁽¹⁾.

Desde entonces, han fracasado muchos de los movimientos insurreccionales existentes y de los nuevos que se intentaron, otros entraron en una fase crítica, de impasse y estancamiento, o en el mejor de los casos de crecimiento muy lento y discontinuo.

Existen múltiples manifestaciones del término de este período de ascenso, siendo las principales las siguientes:

- El impasse del movimiento insurreccional venezolano, que se inicia en 1963 con el fracaso del “boicot” a las elecciones, el aislamiento de las guerrillas y la “paz democrática” decretada por el PCV;
- El fracaso de varios intentos guerrilleros en Ecuador, Nicaragua, Brasil, etc.
- Una sucesión de golpes de estado que tienen como principal objetivo crear las condiciones para reprimir el movimiento popular y eliminar las amenazas de los intentos insurreccionales:
 - En 1963, los golpes en Guatemala, Ecuador, República Dominicana y Honduras.
 - En 1964, golpe en Bolivia y Brasil.
 - En 1965, golpe en Argentina.
- La invasión de Santo Domingo, por Estados Unidos y algunos países latinoamericanos, y la contención del movimiento insurreccional en 1965.
- La masacre de las guerrillas peruanas en 1966 en contra

(1) Quizás una de sus últimas manifestaciones fue la candidatura de Allende a la Presidencia de la República de Chile, levantada por el FRAP (Frente de Acción Popular), que logró efectuar una amplia movilización popular en todo el país.

- de las cuales se utilizaron vastos recursos de la moderna guerra represiva.
- El crecimiento de la ultraderecha en Guatemala y la creación de una situación de terror en las ciudades⁽¹⁾.
- La ofensiva contra las guerrillas colombianas, tanto en el norte como en el sur del país, el desmantelamiento de la red de apoyo urbano del Ejército de Liberación Nacional y la consolidación de una situación de impasse⁽²⁾.
- Todo esto culmina con la masacre de la guerrilla boliviana en 1967 y la muerte del Che Guevara...

Aunque podrían agregarse más elementos, la enunciación sintética que hemos hecho es ya lo suficientemente expresiva como para demostrar la existencia de un descenso en el movimiento popular e insurreccional, que empieza a manifestarse en 1963. Intentaremos, por tanto, analizar ahora cuáles fueron las causas fundamentales que motivaron este descenso.

II. LAS CAUSAS DEL DESCENSO

¿Por qué se verificó un descenso tan pronunciado en el movimiento insurreccional latinoamericano?

A nuestro entender, la explicación debe buscarse en múltiples factores, entre los cuales serían los fundamentales la crisis del capitalismo dependiente, la ofensiva imperialista en el plano mundial, la nueva estrategia del imperialismo

- (1) En Guatemala, la táctica para reprimir el movimiento guerrillero consistió en atemorizar, por un lado, la población de los pequeños pueblos mediante la ejecución de los más conocidos colaboradores de las guerrillas y, por otro, llevar a cabo un amplio programa de promoción popular a través de la construcción de casas y escuelas, en las zonas más convulsionadas. Todo eso, combinado con el cerco a las guerrillas, tuvo como consecuencia su aislamiento y estancamiento.
- (2) Aunque la muerte de Camilo Torres debe tomarse como un incidente normal en la lucha, como lo relata Fabio Vásquez (Sucesos, julio de 1967) se inserta también dentro de este contexto general de descenso del movimiento insurreccional.

en América Latina y el reformismo y la inmadurez político-ideológica de las nuevas organizaciones revolucionarias.

Dentro de las limitaciones de este trabajo, intentaremos destacar los elementos esenciales de cada uno de ellos.

1.—La superación del nacionalismo populista, la crisis del capitalismo dependiente y los gobiernos de fuerza.

Aunque en algunos países latinoamericanos como Argentina, Uruguay, México, Brasil y Chile ya a fines del siglo pasado el desarrollo de las fuerzas productivas se expresa en un proceso de industrialización, lo que se acentúa después de la primera guerra (ampliándose a Colombia) y, especialmente, con posterioridad a la crisis del capitalismo mundial, es sobre todo a partir de la II Guerra Mundial cuando este proceso se intensifica y alcanza a la gran mayoría de los otros países latinoamericanos.

Se inicia, de este modo, una nueva época en la vida del continente. Países que hasta entonces solamente habían sido objeto de una explotación agraria o minera empiezan a sufrir una serie de cambios —producto de la instalación de nuevas industrias—, que se manifiestan en múltiples aspectos de su vida económica, política y social.

Una de las características fundamentales de esta etapa de industrialización, es que ella se verifica como parte del proceso general de integración monopólica mundial del sistema capitalista, bajo la hegemonía de Estados Unidos. Su historia es, entonces, la historia de la penetración del capital extranjero en los sectores más dinámicos, es decir, los manufactureros, y de la agudización de la dependencia estructural que vive el continente; lo que básicamente fue consecuencia del gran progreso tecnológico y de su control por parte del centro hegemónico, que le permitió ejercer su dominio sobre el proceso productivo y los mercados, sobre la política y la cultura. Es ese dominio el que configura, cada vez más, una Latinoamérica que debemos comprender dialécticamente, no sólo como víctima del sistema imperialista mundial, sino sobre todo como parte constitutiva de éste.

Este proceso de integración mundial, perspectiva de los intereses de las llamadas empresas multinacionales y conglomeradas, se encuentra ya en una fase bastante avanzada a fines de la década del 50 y comienzos del 60. En los países donde el proceso de industrialización era más antiguo y en los cuales existió una clase de empresarios desplazada, o integrada, por los monopolios internacionales sin poderles oponer resistencia. De este modo, se termina el sueño utópico de los progresistas y nacionalistas, que pretendían desarrollar una burguesía nacional en Latinoamérica. En los países cuya industrialización se inicia después del 45, ésta va a ser promovida directamente por los capitales extranjeros, eliminando desde un principio la posibilidad de desarrollo de empresarios industriales nacionales.

INTENTOS
DE REVOLUCIÓN
NACIONALISTA

Todo esto no se realiza sin choques y contradicciones. Por el contrario, éstas se manifiestan en los desesperados intentos desarrollistas de las burguesías nacionales (especialmente los cepalinos, y en varios programas de gobierno) que pretenden poseer, al menos, parte del control del proceso productivo y del desarrollo económico. Ellas se manifiestan, también, en el nacionalismo populista, que siendo de origen burgués fue radicalizado por el liderazgo pequeño-burgués sobre el movimiento popular, evolucionado en muchos casos hasta el antimperialismo, y que provocó una serie de movimientos políticos y convulsiones sociales en la década del 50. A modo de ilustración, podemos señalar la revolución boliviana del 52-53; el frustrado intento antimperialista de Jacobo Arbenz en Guatemala; el contragolpe del general Teixeira Lott, en Brasil, que consolidó la posición del Presidente electo Juscelino Kubistchek; y el movimiento que derroca al dictador Pérez Jiménez en Venezuela. Dentro de este mismo marco general pero con características que van más allá del nacionalismo populista, tenemos la Revolución Cubana en 1959, que culminando la radicalización de estos intentos de revolución nacionalista, evoluciona hacia el socialismo. Pero justamente por eso ella significó el término de la etapa del nacionalismo po-

pulista, en la medida en que —por un lado— su triunfo se da cuando está culminando el proceso de monopolización, concentración y centralización del poder económico, en el sistema capitalista dependiente de América Latina, cuando son liquidadas las posibilidades de un desarrollo autónomo del capitalismo en los países dependientes, y —por otro lado— ella demuestra que la superación de la dependencia, del atraso y de los límites al desarrollo, sólo es posible cuando se supera el propio sistema económico-social, es decir, el capitalismo.

De esta forma, fueron las condiciones objetivas en que se encontraba la situación política y económica de América Latina, las que condujeron a la necesidad de superar los viejos esquemas, produciéndose así un vacío político e ideológico que crea las condiciones para el florecimiento de un pensamiento y de una acción revolucionaria e insurreccional. Como veremos más adelante, aunque ésta no logró superar completamente el nacionalismo populista, representaba una etapa de transición —expresada en el foquismo— que creaba las bases para un período cualitativamente diferente, al que sólo logrará entrar definitivamente a fines de la presente década, y que anuncia para los años 70 una época de profunda y generalizada revolución social.

Como en todo período de transición, no estaban todavía completamente maduras en él, las alternativas teóricas y prácticas para la cabal superación del nacionalismo populista. Estas surgen sólo como consecuencia de la experiencia acumulada y de la crítica que se desarrolla a partir de la segunda mitad de la década actual; y se reflejan en el terreno teórico en varios intentos de elaboración de una teoría de la dependencia, opuestos a la concepción teórico-burguesa expresada en la teoría del desarrollo, y —en el plano de la acción práctica— en los nuevos tipos de organización y actividad revolucionaria que discutiremos más adelante.

En este sentido, aunque desde fines de la década del 50 estuviera ya planteada la necesidad de superar el nacionalismo populista y el desarrollismo, como imperativo histórico del desarrollo del capitalismo dependiente la dificultad para hacerlo por parte de quienes lidereaban el proceso

de cambio en América Latina condujeron a surgir en los años 60. Sin embargo, aunque este sea un factor explicativo fundamental, no es el único ya que esta misma necesidad de superar el nacionalismo populista se plantea también en las clases dominantes —las que si lograron en muchos casos a causa de la ineffectividad de sus intentos de manipular el movimiento popular dentro de los viejos moldes populistas. Esta ineffectividad se hace más patente a partir de 1961, cuando empieza a manifestarse con toda su gravedad la crisis del desarrollo capitalista dependiente, consecuencia del carácter anárquico exterior e irracional de éste, que proviene de la imposibilidad de resolver sus contradicciones más profundas y que se refleja en la disminución del ritmo de crecimiento en las tasas de capacidad instalada no utilizada de las industrias, en el crecimiento de los índices de desempleo, en el aumento de la deuda externa junto con la acentuada descapitalización de las economías nacionales provocada por las enormes remesas de capitales hacia el exterior, bajo la forma de exportación de ganancias, royalties, servicios, etcétera.

Todo esto lleva a que las burguesías latinoamericanas —integradas ya de modo irreversible al sistema económico imperialista— traten de aplicar, especialmente a partir del 63, la única política económica más eficiente para contener la crisis y el proceso inflacionario, que es su manifestación más aguda. Así, empiezan a adoptar medidas de estabilización monetaria, con todas sus consecuencias económicas y políticas, buscando de esa forma fortalecer más aún a los grupos monopólicos. Esas medidas exigían contener las amenazas de huelgas, las movilizaciones populares y cualquier otro tipo de actividad que pusieran en peligro la tranquilidad necesaria para el cumplimiento de sus metas. La forma más eficaz en que ello podría realizarse, con el debido respaldo de los Estados Unidos, era a través de los golpes militares; cuyos objetivos básicos serían, de acuerdo a lo que hemos analizado, contener al movimiento popular y a los intentos insurreccionales a través de la represión, y crear las condiciones necesarias para el "clima

de seguridad" en el cual se pudieran adoptar las medidas de estabilización.

De este modo, los sectores militares —fortalecida su importancia en la sociedad gracias a la amenaza insurreccional y a la nueva estrategia imperialista, en la cual juegan un destacado rol—, superan cada vez más el carácter "profesional" de su misión y pasan a servir los intereses de las clases dominantes más comprometidas con el desarrollo monopolista; hiriendo muchas veces los intereses de sectores liberales y también los de las viejas oligarquías, quienes están siendo superados históricamente por los sectores más modernos de la propia clase dominante. Para eso se apropian del poder los militares, teniendo muchas veces plena conciencia de la tarea de "salvación nacional" que están cumpliendo, es decir la de salvar y mantener el capitalismo. Objetivo que, a corto plazo, está resultando plenamente exitoso como respuesta de las clases dominantes a las amenazas insurreccionales. Además, ello nos comprueba la superación por parte de éstas de los viejos esquemas de manipulación del movimiento popular, el fracaso económico y político de los liberales, la integración cada vez más aguda entre los intereses de las burguesías dependientes y los del centro hegemónico y es, a la vez, la demostración más cabal de las tendencias cada vez menos democráticas y más represivas a las que tienden el sentido y la orientación del capitalismo en Latinoamérica⁽¹⁾.

(1) Cabría hacer un análisis específico del golpe militar realizado en el Perú, el año 68, tiempo después que los intentos insurreccionales en ese país habían sido aplastados y cuando éstos no representaban ninguna amenaza inmediata al régimen. Las medidas tomadas en relación a la nacionalización de la IPC y a la reforma agraria afectaban los intereses de los grupos extranjeros tradicionales y los de la oligarquía; en ningún caso se trató de golpear los intereses de los grupos monopólicos más modernos y dinámicos, que son los que detentan gran parte del poder económico en Latinoamérica y en Perú en especial. Siempre hay que tener presente que cuando el movimiento popular no constituye una amenaza inminente, las clases dominantes pueden darse el lujo de explotar las contradicciones existentes entre ellas, que por no ser antagónicas, hoy día son resueltas sólo en el marco de las presiones recíprocas, de los acuerdos, y de las concesiones.

Es evidente que este proceso se da en cada país. En algunos, sus consecuencias todavía no son muy claras, dependiendo de la gravedad de la crisis y del nivel de organización y fuerza del movimiento popular. Sin embargo, el carácter unívoco de los elementos que conforman las sociedades latinoamericanas llevan a creer —sin temor a los riesgos que en general traen las generalizaciones— que tarde o temprano esa situación tenderá a generalizarse aún más.

2.— La ofensiva imperialista en el plano mundial

Aunque la gran expansión económica y militar de Estados Unidos se desarrolla a partir de post-guerra (1945) con la creación del Plan Marshall, de los tratados militares, los sistemas financieros, etc., es sólo bajo el Gobierno de Kennedy cuando esa doble expansión se realiza bajo la forma de una ofensiva generalizada del imperialismo. Su objetivo es extender por todo el mundo (excepto el socialista) el control y el dominio del nuevo gran "complejo industrial-militar", orientado por la concepción de que los Estados Unidos son una superpotencia y que, como tal, tienen el derecho y la fuerza para intervenir directamente en cualquier parte y bajo la forma que les sea más conveniente. La base para que ello pudiera realizarse fue dada por la enorme expansión del Ministerio de Defensa, bajo la dirección de Mc Namara, quien desarrolló los sistemas de logística de tal forma que la presencia de las tropas norteamericanas se hacía posible en cualquier rincón del mundo, con la máxima prontitud, siempre que existiera cualquier amenaza de "subversión".

Esa ofensiva imperialista fue posibilitada por tres factores básicos:

- a) El gran "boom" que vivió la economía norteamericana en los períodos Kennedy-Johnson. Debido a la acentuación de la expansión, concentración y centralización de los grandes monopolios, estos necesitan expandir aún más los mercados para invertir sus excedentes económicos crecientes penetrando en aquellos sectores

- de la vida económica de los países dependientes que son los más dinámicos y fundamentales;
- b) La aplicación de la línea de coexistencia pacífica, tal cual fue preconizada y aplicada por la Unión Soviética a partir del fin de la guerra de Corea (que analizaremos rápidamente más adelante);
 - c) La crisis generada por la división del "campo socialista motivada por el conflicto chino-soviético, provocado por la línea de coexistencia pacífica aplicada por la URSS" y sus problemas internos, entre los cuales se puede señalar la mala situación económica por la que atraviesan Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y también China (a causa de la suspensión de la ayuda soviética y el retiro de los técnicos, lo que se ve agravado por las malas cosechas).

La división, en sí misma, no puede considerarse negativa, en principio, desde el punto de vista del socialismo, en la medida en que provoca una redefinición y una toma de posición revolucionaria en amplios sectores del movimiento comunista mundial. Pero, cuando las posiciones revolucionarias se mezclan con la aplicación mecánica de situaciones ajenas a las realidades específicas nacionales, como lo hicieron muchos de los grupos pro-chinos intentando generalizar lo que era específico de la revolución china y negando por lo tanto un aspecto esencial del pensamiento de Mao Tse-Tung, la consecuencia es la desorientación y confusión de los sectores revolucionarios, lo que ayuda a crear las condiciones para la ofensiva del imperialismo.

Esta ofensiva se "anuncia" con el bloqueo a Cuba y la crisis de los cohetes, siendo sus manifestaciones más contundentes el golpe de Estado en Brasil, la invasión de la República Dominicana, la escalada en Vietnam, los golpes militares en Indonesia y Grecia, la victoria de Israel sobre el Mundo Árabe, etc.

3.— La nueva estrategia del imperialismo para América Latina

Como señaláramos anteriormente, durante el gobierno de Kennedy, Estados Unidos se preocupó de adaptar su estra-

tegia en el continente a las nuevas etapas de ascenso que vivía el movimiento popular noamericano. Esa estrategia, que era a la vez política, económica y militar, tenía dos objetivos básicos: en primer lugar, promover en el plano económico-social una política "reformista" y "desarrollista", de "ayuda" a los países de pendientes. La Alianza para el Progreso, creada en 1961, tenía por objeto llevar a cabo esa política. En segundo lugar, realizar en el plano militar una política represiva, que detuviese el avance del movimiento popular y contuviera cualquier amenaza insurreccional.

En el plano económico-social, sus metas consistían en estimular determinados tipos de reformas, que sin poner en riesgo el régimen, sirvieran para prevenir una nueva Cuba. Para eso buscaban:

- a) Contener las tensiones en las zonas de mayor convulsión política;
- b) Eliminar los obstáculos para el funcionamiento de las empresas monopólicas;
- c) Aumentar el prestigio de EE. UU. y su zona de influencia.

Buscando estos objetivos, se desarrolla una política de concesión de préstamos y acuerdos para la realización de obras de infraestructura (por ejemplo, la SUDENE en el nordeste brasileño); de incentivos a planes de reforma agraria; de ayudas, donaciones y Cuerpos de Paz en las zonas más conflictivas; de estímulo a los acuerdos regionales, buscando la ampliación del mercado para las empresas norteamericanas, como el Mercado Común Centroamericano y la ALALC ⁽¹⁾, etc.

De este modo, EE. UU. lograba a la vez múltiples objetivos: aumentaba su influencia sobre los aparatos de poder y de decisión de las clases dominantes locales; aumentaba su prestigio en vastos sectores de la población del conti-

(1) Inicialmente hubo una cierta oposición por parte de EE. UU. a la formación de la ALALC, oposición que después desapareció cuando quedó claro quiénes serían sus grandes beneficiarios.

mente, a través de la difusión de una mística de cambio reformista, que tenía como centro las figuras populares de los Kennedy; y lo que es más importante, al mismo tiempo que profundizaba cada vez más las relaciones de dependencia en todos sus niveles, hacía crecer el mercado para sus productos. Los "préstamos atados", que el beneficiario debe usar casi íntegramente en la compra de productos norteamericanos, ilustra bien esta afirmación.

En el plano militar, sus metas consistían en capacitar a los ejércitos latinoamericanos para la compleja tarea de enfrentar a un enemigo no siempre bien diferenciable, diluído entre la población del continente, y aplastar los intentos de insurrección.

Así, los EE. UU., a la vez que tratan de preservar el "modo de vida occidental", preservan también los intereses norteamericanos en el exterior (que son básicamente, los de las grandes empresas monopólicas) y amplían el mercado para su industria militar.

La estrategia militar para América Latina se basaba en la contra-insurgencia y en los programas de acción cívico-militar, concretizándose en:

a) La elaboración de una doctrina anti-insurreccional⁽¹⁾.

(1) Aunque sus bases son anteriores, ella se asienta en la post-guerra, cuando se busca contrarrestar la formación del Bloque Socialista y la posible amenaza de éste al continente. Así, en 1945, en la Conferencia sobre Problemas de la Guerra y la Paz realizada en México, se firma el "Acta de Chapultepec", que a partir de 1947, con el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (Tratado de Río de Janeiro) pasa a constituir la base de las relaciones entre EE. UU. y América Latina. En 1948 con la creación de la OEA, se da un paso más decisivo al legalizar la influencia norteamericana en el continente. Pero, en la década del 60 toda esa política de "defensa" del hemisferio que se basaba en el supuesto de una posible amenaza externa por parte del bloque Socialista, tenía que ser revisada, ampliada y reelaborada, no sólo porque al llegar la carrera armamentista a la etapa nuclear, varían los términos de un posible conflicto entre las dos grandes potencias, sino sobre todo porque ahora se debía enfrentar una amenaza mucho más concreta, que provenía del interior de los países, al brotar intentos insurreccionales capaces de subvertir el orden vigente. Estados Unidos aprendió bien la lección de Cuba y el gobierno de

- b) La modernización de los ejércitos a través de la venta de materiales, la preparación y adiestramiento del personal y la flexibilidad de los sistemas de logísticas (formación de programas de asistencia militar).
- c) Los intentos de coordinación de los ejércitos latino-americanos.

La doctrina anti-insurreccional tenía como objetivo final la unificación de los esfuerzos de las FF. AA. latino-americanas, mediante la creación de organismos de coordinación. Como ejemplo, podemos citar el CONDECA (Consejo de Defensa Centro-Americana), que es un bloque militar compuesto por los ministros de defensa de estos países, con el objetivo de coordinar acciones comunes, asesorado directamente por la CIA y por los representantes del ejército, marina y aeronáutica de EE. UU. El CONDECA logró efectivamente unificar la forma de organización, de entrenamiento y los equipos de los ejércitos de los países miembros, lo que constituye un aspecto esencial de la nueva estrategia ⁽¹⁾.

Los programas de asistencia militar a los países de América Latina, incluyen desde la concesión de becas de perfeccionamiento en EE. UU. y el entrenamiento de los servi-

Kennedy se propuso la histórica tarea de ejecutar teórica y prácticamente esa nueva estrategia militar, que en el curso de la década fue siendo perfeccionada por las lecciones obtenidas en el fecundo laboratorio de insurgencia y contrainsurgencia que es Vietnam, que condujo a una reutilización de los armamentos convencionales, intentando adecuarlos mejor para combatir la guerra popular. Ciertamente, estos objetivos existían anteriormente, como doctrina y como práctica, en la base de la política norteamericana para América Latina. Pero, a partir de Kennedy se presentan en forma más coherente, clara y sistemática, como un cuerpo doctrinario-estratégico efectivo para las relaciones de EE. UU. con el continente. El "liberal" Kennedy no pudo verlos completamente concretados, pero la estrategia general elaborada en su gobierno va a ser seguida y perfeccionada en el que le sucede y, sin lugar a dudas, en el de Nixon, como lo ha demostrado la aprobación del Informe de Rockefeller.

(1) Para un análisis más detallado del CONDECA, ver John Saxe Fernández. "Asistencia Militar dos E.U.A. y a Paz Americana". *Civilizacao Brasileira*, Nº 15. Río de Janeiro.

cios de inteligencia y policía antisubversiva, hasta campos de entrenamiento anti-guerrillero, como en Panamá, a la entrega de armas, técnicos y asesores a las fuerzas armadas nacionales, en casos de emergencia, como en Bolivia. Además, aunque la doctrina del enemigo externo haya cedido terreno a la del enemigo interno, es en nombre de aquélla que se promueven las "Operaciones Unitas", la "Operación Fraternidad" (preparación contra una posible invasión por parte de Cuba) y la creación de la FIP (Fuerzas Interamericanas de Paz).

Como analizáramos anteriormente, esta nueva estrategia imperialista en el continente, será la mejor alternativa de poder frente a la crisis del populismo y a la amenaza del movimiento popular en la medida en que primero pone la tónica en el enemigo interno; segundo busca modernizar y coordinar los aparatos represivos, aumentando su eficiencia y, al mismo tiempo, su prestigio frente a las clases dominantes; tercero los vincula más estrechamente al control norteamericano, capacitando cada vez más a los grupos militares más audaces.

Así, pues, debemos comprender los golpes militares latinoamericanos, a partir de 1963, dentro de este nuevo contexto, en el cual son a la vez un producto de la nueva estrategia imperialista y su condición de realización.

4.— Los dos pecados capitales de la izquierda: el reformismo y la inmadurez político-ideológica de las nuevas organizaciones revolucionarias

A nuestro entender, el reformismo y la inmadurez de las nuevas organizaciones revolucionarias son los factores cruciales que explican el descenso del movimiento insurreccional latinoamericano. Por esto, nos detendremos más en ellos que en los anteriores.

La inmadurez revolucionaria aparece como un elemento inmediato, mientras que el reformismo lo hace como un elemento más de fondo, estructural, indispensable para comprender las debilidades de las organizaciones revolucionarias, en la medida en que éstas no sólo tienen que oponerse sino además llenar el vacío organizativo y político re-

volucionario, como alternativa para su superación, para lo que hace falta experiencia práctica y formación teórica. Trataremos de analizar ambos factores por separado, dentro de las limitaciones inevitables a un trabajo de síntesis de esta índole.

El reformismo

Los principales PC latinoamericanos se formaron en la década del 20, bajo la influencia de la Revolución Rusa, significando una superación del predominio anarquista sobre el movimiento obrero.

Pero, el desarrollo de los acontecimientos en la URSS después de la muerte de Lenin —ascenso de Stalin al poder, con las consecuencias que todos conocen en el movimiento comunista mundial—, hizo que la adhesión de esos partidos a los principios del socialismo científico, expresados a través de la teoría marxista-leninista, fuera poco a poco transformándose en una adhesión a la doctrina política del socialismo en un solo país. En la medida en que el poder socialista se iba quedando cada vez más en manos de una burocracia, tema que excede los límites de análisis de este trabajo— se produjo un abandono del marxismo-leninismo en el movimiento comunista europeo; y en la mayoría de los demás países (cuyas excepciones son China, Corea y Vietnam), el marxismo no llegó a desarrollarse efectivamente como un método de análisis creador por parte de los PC.

Una consecuencia importante —aunque no la única— de esta situación fue la incapacidad de los partidos comunistas, bajo la orientación de la URSS, para lograr el triunfo de la Revolución Española y para oponerse en forma efectiva a la ascensión del fascismo y el nazismo.

Al término de la Gran Guerra, vastos sectores de la resistencia y de los partidos comunistas mantenían aún sus armas, existiendo la posibilidad de crear gobiernos populares en Europa. Pero la posición de Stalin y su equipo fue consolidar el bloque socialista, con los países que ya estaban bajo su control en Europa Oriental, y desarmar la resistencia, principalmente en Francia, Italia y Grecia.

La consolidación del bloque socialista y la victoria de la Revolución China en 1949, parecía anunciar un nuevo período de ascenso del movimiento comunista mundial. De acuerdo con esto, al empezar los años 50, los PC inician una política de ofensiva, que luego se frustra debido a la pronta recuperación del capitalismo europeo, recuperación propiciada por el Plan Marshall, que conduce a un proceso de industrialización bajo la integración monopólica, que se extendió también a los países atrasados.

Como expresión de esa frustración, finalizada la guerra de Estados Unidos con Corea, se inicia la política internacional kruschevista de la coexistencia pacífica. Esta política persigue los mismos objetivos de Stalin, es decir, consolidar el bloque socialista aunque sea en perjuicio del avance del proceso revolucionario mundial⁽¹⁾.

Dentro de esos marcos generales, la gran mayoría de los PC vinculados a la URSS desarrollan una política de colaboración con las clases dominantes nacionales, en búsqueda de objetivos reformistas⁽²⁾.

Sus supuestos principales se apoyan en la creencia de que el tiempo juega a favor del campo socialista, en la medida en que éste comprueba la superioridad del desarrollo de la economía planificada; se hace necesario, entonces, evitar cualquier posibilidad de provocar situaciones de conflicto, en la cual el campo socialista tuviera que intervenir, des-

(1) La concepción de la coexistencia pacífica fue formulada originalmente por Lenin, pero la interpretación y aplicación de ella que han hecho los soviéticos desde Krushev, se ha alejado mucho del análisis leninista. Si bien era correcto plantear tácticamente la coexistencia entre países con diferentes sistemas económicos y sociales, no lo era extenderla a las relaciones entre las clases antagónicas. Además, esta política kruschevista no comprendió que en la época de la integración monopólica ya no existen burguesías de carácter "nacional", no pudiendo entonces concebirse una línea antimperialista que no sea a la vez anticapitalista y viceversa.

(2) No podemos considerar a todos los PC latinoamericanos en bloque, dentro de la categoría de reformistas. El conflicto chino-soviético y la división del campo socialista generó una serie de PC cuya orientación, aunque criticable en otros aspectos, no puede ser incluida dentro de esa categoría.

viando sus esfuerzos y deteniendo, por tanto, la marcha de tal desarrollo. Estas situaciones de conflicto podrían ser provocadas por los movimientos insurreccionales, que por consiguiente deben ser evitados. La lucha de clases en los países capitalistas debe entonces ser conducida de manera que no arriesgue la paz entre los dos bloques, es decir, la lucha de clases tenía que ser frenada⁽¹⁾.

(1) Con el objeto de ilustrar como fue comprendida la política de coexistencia pacífica por la mayoría de los PC latinoamericanos, citamos, a continuación algunos trozos del informe "Chile y la coexistencia pacífica", presentado por el Secretario General Luis Corvalán L., a la X Conferencia Nacional del PC Chileno, celebrada en octubre de 1960.

"Cuando el ciudadano de la Unión Soviética disponga de más medios de consumo que el ciudadano norteamericano y la superioridad del régimen socialista pueda ser entonces comprendida hasta por el obrero más atrasado, decenas y centenas de millones de trabajadores de los Estados Unidos, de Inglaterra y de otros países capitalistas, donde gran parte de la clase obrera continúa engañada y sometida a la influencia de la burguesía, se pasarán a las filas de los luchadores por el socialismo tanto más cuanto que para esa época se habrá implantado en la URSS la jornada de cinco horas de trabajo". Pág. 7. (Subrayados nuestros).

O sea, la mera comprobación de la superioridad del régimen socialista bastaría para determinar el vuelco de millones de trabajadores de países capitalistas hacia el socialismo... Mientras tanto, hay que aguardar esa comprobación...

Las citas posteriores, sacadas del mismo texto, ilustran cómo se vincula coexistencia pacífica y camino pacífico, coexistencia pacífica y transición pacífica del capitalismo al socialismo, y cómo se pone el objetivo de evitar una guerra atómica arriba del objetivo de hacer la revolución negando por lo tanto, que ésta sea la única manera de evitar aquélla. Se llega a creer incluso que la coexistencia pacífica puede asegurar "el desarme y la liquidación del colonialismo"... "La paz y la política de coexistencia pacífica aseguran, pues, nuevos cambios en la correlación de fuerzas, el vuelco de la humanidad hacia el socialismo".

"De ahí por qué la lucha por la paz y por la coexistencia pacífica no son para los comunistas algo circunstancial ni una maniobra táctica, sino el camino más natural, más lógico, más humano y más conveniente abierto por la misma historia para llevar adelante el tránsito del capitalismo al socialismo".

"La lucha por la paz y por la coexistencia pacífica es la forma más elevada de la lucha de clases, de la lucha del pro-

Por eso, la táctica de esos PC —que limitaba sus enemigos a los que parecían ser los enemigos burgueses, es decir, las oligarquías tradicionales y al imperialismo— se transformaba en una estrategia reformista, en la medida en que no comprendía que en las nuevas condiciones del capitalismo dependiente la lucha anti-oligárquica y antimperialista, tenía necesariamente que ser a la vez anti-capitalista. La táctica reformista contemporánea que consistió en hacer avanzar las conquistas populares dentro de los marcos de la democracia burguesa y buscar “consolidar y asegurar” todas las concesiones otorgadas por la burguesía —sean las que correspondían a las necesidades del desarrollo del régimen burgués, o las que éste concedía por presión del movimiento popular— no podría sino conducir a la mantención del capitalismo dependiente y a dificultar el desarrollo de los procesos de insurrección popular.

letariado por el socialismo, forma que permite, como hemos visto, comprobar, cuál es el mejor sistema social y asegurar el desenvolvimiento acelerado de las fuerzas productivas. Además, dicha forma, toda vez que lleva envuelta la idea de evitar una guerra atómica, corresponde por entero a los intereses de la humanidad”. (Págs. 8 y 9).

“La incorporación a la NU de 16 Estados africanos en este año y la creciente amistad entre los países neutrales y las naciones socialistas indican que es muy probable que incluso cambie la situación de las Naciones Unidas y que, en un futuro no lejano, éstas puedan aprobar las justas proposiciones que ha hecho la Unión Soviética en orden al desarme (Sic.) a la liquidación del colonialismo (Sic.) y a la transformación de dicha organización (Sic.) en un instrumento efectivo al servicio de la paz y abierto a todas las naciones” (Págs. 10 y 11).

Han pasado casi diez años... La Revolución Cubana evolucionó hacia el socialismo, hubo intentos de invasión, hubo bloqueo y crisis de los cohetes: en América Latina hubo golpes de estado, masacre a guerrillas, invasión a Santo Domingo, etc. En Vietnam hubo escalada, masacre en Indonesia, rebelión en Francia, etc. La coexistencia pacífica no ha sido capaz de garantizar el vuelco de la humanidad hacia el socialismo.

En el mismo texto, Corvalán dice que “no hay margen alguno para pensar siquiera en que la política de coexistencia pacífica signifique conciliación”.

Creemos que sería muy difícil demostrar efectivamente esa tesis...

De esta forma, la clave de la política leninista (que consiste en que el partido proletario nunca puede contentarse solamente con asegurar las concesiones hechas por las clases dominantes; Lenin planteaba que siempre debe lucharse por objetivos que, en determinadas condiciones históricas no pueden ser admitidos por la burguesía, aunque teóricamente podrían hacer avanzar el régimen capitalista) era desechada por los PC, abandonando la propaganda por un régimen socialista y el objetivo estratégico máximo de cualquier organización revolucionaria, que es la toma del poder, se tornaba cada vez más a un ideal distante, para una época difusa en el futuro.

Cuando, en medio de la profunda crisis del capitalismo dependiente en Latinoamérica, las clases dominantes de varios países tomaron medidas de fuerza para defender el funcionamiento del régimen, en contra de las crecientes presiones de las clases populares, que buscaban mejorar sus condiciones de vida a través de la agitación política y de la huelga, la táctica reformista en vez de tratar de limitar las alternativas burguesas existentes, que eran previsibles a través del análisis científico del proceso histórico, y de buscar la extensión y radicalización del movimiento de masas, que conduciría a la insurrección, intentó contener este movimiento de masas presentando como alternativa lo que más convenía a las clases dominantes, la consigna de la redemocratización. Un ejemplo vívido de esto, se encuentra en el caso del PC brasileño⁽¹⁾.

Frente a la inviabilidad de la política preconizada por los PC reformistas, fueron gestándose y madurando las condiciones para el desarrollo de una nueva izquierda, inspirada por la victoria de la Revolución Cubana que puso en

(1) Citamos a continuación trozos del documento de Luis Carlos Prestes, Secretario General del PCB, "La Línea Política y la Táctica de los Comunistas Brasileños en las Nuevas Condiciones" —"Nuestra Época", Nº 6, 1968—, en el cual expone tesis del VI Congreso de su partido. Estas citas ilustran por un lado, el empirismo, y, por otro, el historicismo que orienta el análisis de los prestistas en Brasil. Aunque la principal alternativa presentada frente a la dictadura sea la redemocratización, todas las alternativas son contempladas, como un abanico de posibilidades formales que dependen

de la "correlación de fuerzas". La "teoría" renuncia de esta manera a cumplir su papel de previsión y orientación de la práctica. Además, es necesario señalar que paradójicamente después del golpe del 64, como bien ilustran las citas, el PCB extiende el campo de sus aliados hasta los latifundistas y a la burguesía entreguista, abdicando incluso de su carácter progresista y nacionalista y transformándose así en el ejemplo más puro en la política latinoamericana, del oportunismo sistemático.

"La dictadura perjudica fundamentalmente los intereses materiales y hiere los sentimientos cívicos del pueblo brasileño. Perjudica además, a amplios sectores de la burguesía nacional y eventualmente incluso los intereses de los latifundistas y de la burguesía entreguista (Sic.). Por lo tanto, las fuerzas sociales que pueden estar interesadas en la lucha contra la dictadura son muy grandes y variadas. La tarea más importante de los comunistas en este momento consiste, por lo tanto, en promover la formación de un frente de acción política y de masas tan amplio que reúna efectivamente a todas esas fuerzas, privando así a la dictadura de todo apoyo popular"... (pág. 45, subrayados nuestros).

"La oposición activa y la lucha creciente de las masas contra el régimen dictatorial reducirán cada vez más su base política y social y podrán conducir a su desintegración y a su derrocamiento por un camino de lucha no armada. "Pero puede producirse otro proceso. La dictadura puede encontrar condiciones para utilizar la fuerza contra el pueblo e imponerle así el camino de la insurrección armada o de la guerra civil". "Puede presentarse la necesidad de que el Partido o las masas tengan que recurrir a otros niveles de lucha armada, más elementales y parciales o simplemente a la autodefensa, coexistiendo así las formas pacíficas de lucha, legales o clandestinas, y las formas armadas de objetivos limitados. El Partido deberá estar preparado y preparar a las masas para esa eventualidad" (...). "Pero la dictadura puede ser derrocada y liquidada sin que las fuerzas revolucionarias del frente anti-dictatorial dispongan de poder suficiente para hacer avanzar el proceso e instaurar en lugar de la dictadura un poder revolucionario (Sic.). En este caso, el Gobierno que se constituya podrá ser más o menos democrático, más o menos progresista, según la correlación concreta de fuerzas en ese momento. Los comunistas podrán participar o no en dicho gobierno, podrán apoyarlo o no, según el carácter concreto que tenga". (Subrayados nuestros).

El agotamiento de la capacidad de conciliar esta cantidad de posiciones divergentes, hizo que el PCB se rompiera como un vaso de porcelana china que cae al suelo después del golpe del 64.

el orden del día la táctica del enfrentamiento armado como la única vía para la toma del poder, y por el conflicto chino-soviético, que representó un quiebre en la continuidad del revisionismo en el plano mundial. Esta nueva izquierda se oponía a la táctica reformista de la mayoría de los PC, rompiendo por lo tanto el monopolio de la crítica de izquierda que durante muchos años ejercieron en forma equivocada los trotskistas⁽¹⁾ y ofreciendo nuevas alternativas teóricas y prácticas para la conducción de la revolución.

LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA

En general, la izquierda revolucionaria ha tenido como denominador común el poder ser definida como el conjunto de grupos u organizaciones que —en respuesta al reformismo de los PC tradicionales —plantean el camino insurreccional como única vía para la revolución. Sin embargo, existen dentro de ellas diferencias sustanciales en lo que respecta a la definición del carácter de la revolución, el modo de concebir las formas que debe adoptar la insurrección y, consecuentemente, en la orientación de su actitud práctica. De acuerdo a ello, entre las organizaciones revolucionarias que surgirán en América Latina a partir del 60, podemos distinguir tres tipos fundamentales: los pro-chinos, los foquistas y aquellos que —en la búsqueda de una designación genérica— llamaremos nueva izquierda.

Hubo además otros grupos que, al menos en sus orígenes, no pueden encuadrarse en rigor en ninguno de los tres tipos. Este es el caso de los cristianos de izquierda (por ejemplo, Acción Popular en Brasil) que llegaron a tener

(1) En este trabajo no nos detendremos en el análisis del trotskismo, pues tendríamos que extendernos mucho, partiendo del análisis de las dos corrientes que surgieron en el seno de la revolución rusa, pasando por la formación de la IV Internacional, para después empezar a analizar sus múltiples divisiones y subdivisiones. Como la influencia que tuvieron en Latinoamérica fue muy restringida y sólo se limitó a algunos países (especialmente Bolivia, Perú y Guatemala) preferimos postergar este análisis para otra oportunidad.

gran influencia en sectores importantes del movimiento popular, especialmente los estudiantes. Sin embargo, no nos detendremos en su análisis específico, dado que, en el período que estudiamos, ellos no han existido en forma importante en la mayoría de los países latinoamericanos. Además, en el curso de la década, estos grupos han tendido a identificarse con uno u otro de los tres tipos básicos que discutiremos (por ejemplo el Frente Unido fundado en Colombia por Camilo Torres, adoptó la línea del E. L. N. y la Acción Popular en Brasil que adoptó la posición pro-china).

También, debe tenerse presente que hubo siempre una circulación relativamente intensa de militantes entre estos tres tipos de organización, provocada tanto por las debilidades en la explicitación de una línea teórico-práctica coherente, como por la existencia de una acentuada concepción empirista e inmediatista, dominante en vastos sectores de la militancia de izquierda revolucionaria. Esta concepción se expresaba, sobre todo, en la convicción de que siempre debía estarse junto a quienes se encontraban en una posición más combativa. Si bien esta concepción fue muy común entre los militantes de origen estudiantil y, secundariamente en los de origen obrero, encontró su mejor expresión entre los que provenían de las fuerzas armadas. Estos, una vez radicalizados, se orientaron en general hacia los grupos que se encontraban más dispuestos a detonar de inmediato el proceso insurreccional, independientemente de la existencia o no de las condiciones propicias para ello. Tal actitud puede reflejar la inquietud ante la necesidad de transformación social, pero a menudo reveló también la no superación de la concepción que las fuerzas armadas latinoamericanas han tratado de inculcar en sus filas, en el sentido de que al militar le cabe la responsabilidad histórica de definir el destino de sus pueblos. Esta concepción vanguardista fue, entonces, transferida a sectores de la izquierda, que encontraron en la pura y simple auto-militarización el punto crucial de la actuación de la vanguardia.

En realidad, tanto para el individuo como para la organización, la acción directa —a través de la cual el militante siente que su tarea revolucionaria se concretiza— es la

forma más atractiva de señalar su presencia, definir sus metas y, sobre todo, de expresar su rebeldía contra el sistema, desafiándolo.

Desde la perspectiva política revolucionaria, estos factores son plenamente legítimos sólo hasta un cierto punto. Detrás de ellos se esconde un complejo problema de saber combinar las diversas formas de acción directa y el desencadenamiento de una lucha armada, con la incorporación progresiva de sectores cada vez más amplios de la población, de manera de poder evitar discontinuidades y retrocesos acentuados. Sólo de este modo, puede generalizarse la lucha y acumularse fuerzas, creando las condiciones para un cambio cualitativo de la situación, para provocar una ofensiva revolucionaria. En suma, esto implica la posesión de un sofisticado cuerpo teórico "táctico-estratégico", que no existió en Latinoamérica durante los años sesenta. Así aunque muchas organizaciones tuvieron —en líneas generales— una concepción teórica general de guerra prolongada, con combinación de múltiples formas de lucha y comprendieron la necesidad de crear un partido revolucionario proletario, en la práctica ellas vivieron en la disyuntiva de trabajar en la dirección señalada (sin poseer el cuerpo teórico necesario) o montar de inmediato guerrillas, de acuerdo a la más rigurosa concepción del foco insurreccional (que es la negación de esa concepción general). Este dilema hizo que muchas de ellas perdieran la oportunidad de aprovechar las condiciones propicias que se les han presentado para generar alternativas revolucionarias en el seno del movimiento popular, tradicionalmente controlado por sectores reformistas.

Al discutir los tres tipos fundamentales de organizaciones revolucionarias, que señalábamos anteriormente, debemos pues tener en cuenta esta permeabilidad a las influencias recíprocas entre ellas⁽¹⁾. Para facilitar el análisis, tra-

(1) Tal ha sido el "sincretismo" teórico e ideológico existente en Latinoamérica, que pueden encontrarse también influencias recíprocas entre el pensamiento foquista y el reformista (como lo veremos posteriormente al discutir el caso venezolano). Esto fue provocado por la ausencia de una tradición marxista en el continente y, a causa de ello, por la influencia que han

taremos de destacar aunque suscintamente, las características más distintivas de cada una de ellas, pero no puede olvidarse que, en algunas circunstancias, han tenido mayor o menor grado, “desvíos” hacia uno u otro de los tipos mencionados, tanto en la práctica como en la concepción teórica.

Sin duda, fue el foquismo el que ejerció la influencia más notable en el conjunto de la izquierda revolucionaria sea porque representaba la concepción teórico-práctica con mayor coherencia interna —independientemente de las justas y fundamentales críticas que pueden hacerse— sea porque ofrecía un camino aparentemente más fácil al resolver toda una compleja problemática desencadenando la lucha insurreccional basada más en el valor de los combatientes que en la fuerza social del movimiento revolucionario, sea por contar con el fuerte respaldo del ejemplo de cambio histórico provocado por la revolución cubana. Pero, como lo hemos señalado más arriba la fuerza del foquismo sólo pudo desarrollarse porque fue la expresión de un momento de transición, de la pequeña burguesía radicalizada, entre la superación del nacionalismo populista y la búsqueda de una reelaboración creadora de una estrategia revolucionaria para las condiciones de la nueva América Latina.

Hechas estas consideraciones preliminares, intentamos ahora caracterizar sintéticamente los tres tipos de organizaciones revolucionarias:

a) *Los pro-chinos*: Son las organizaciones que se formaron bajo la influencia del conflicto chino-soviético y que adoptaron la posición china. En gran parte ellas estuvieron constituidas por disidentes de los PC. Planteaban que el carácter de la revolución en Latinoamérica —como lo fue en China— era de liberación nacional, democrática, antimperialista y antifeudal, y que por lo tanto en ella podrían participar todos los sectores nacionalistas que se oponían al imperialismo. Los enemigos internos fundamentales serían las clases oligárquicas-feudales, aliadas del imperialismo, y aunque la ideología de la revolución fuera prole-

ejercido sobre la izquierda las teorías económicas y sociológicas de origen burgués.

taria, el sector más vulnerable y donde debían concentrarse los esfuerzos de los revolucionarios era el campesinado.

Concebían, entonces, como estratégica la guerra campesina que al generalizarse mediante las guerrillas provocaría un cerco a las ciudades. A partir de esto, el movimiento obrero, en conjunto con todos los sectores nacionalistas y antimperialistas, se sumaría a la rebelión campesina desencadenando un vasto movimiento para la liberación nacional. La diferencia existente en el plano táctico, entre esta concepción y la foquista, es el planteamiento de que la lucha guerrillera debía ser precedida por el trabajo político con los campesinos de las regiones escogidas. Esto implica que el terreno propicio para las acciones militares debía encontrarse cercano a regiones campesinas importantes, y que el trabajo tendría que efectuarse a más largo plazo, desplazando primero cuadros políticos a las regiones rurales estratégicas.

b) *Los foquistas.*— Son organizaciones que se formaron con propósitos insurreccionales inmediatos. Planteaban que ya estaban dadas las condiciones objetivas para la revolución, debiéndose precipitar la maduración de las condiciones subjetivas mediante el inicio de la lucha insurreccional a través de la creación del foco guerrillero. Concebían el carácter de la revolución como de liberación nacional, antimperialista y antifeudal, tendiendo a transformarse en anti-capitalista. El campesinado era entendido como la clase fundamental, relegando al proletariado a un segundo plano que representaría un papel importante en las etapas finales del movimiento revolucionario. En algunos casos se planteó el carácter socialista de la revolución, pero sin que el análisis estratégico hiciera variar la táctica foquista adoptada. Subestimaban la necesidad de un Partido bien conformado y la formación ideológica de sus miembros, creyendo que el Partido y los revolucionarios se forman en la lucha misma. Estas organizaciones fueron constituidas, en general, por exmiembros de los movimientos nacionalistas-populistas, exmiembros de los PC, exmilitares, estudiantes y miembros de la pequeña burguesía radicalizada.

La subestimación del rol político del proletariado era consecuencia de tres supuestos fundamentales:

- 1) que la clase obrera estaba controlada por sectores burgueses y reformistas;
- 2) que las ciudades eran el terreno más propicio para la represión;
- 3) que el campo era el eslabón más débil del sistema, ya sea por la importancia de este sector en el conjunto de la economía nacional, o porque el enemigo era más claramente identificable o porque entre el campesinado existían sectores más permeables a la actuación revolucionaria, o, finalmente, porque allí era más difícil que la represión pudiera destruir el movimiento revolucionario⁽¹⁾.

Han existido diversos matices de foquismo, variando desde las posiciones más ortodoxas hasta intentos más flexibles de combinar las guerrillas con acciones urbanas. Sin embargo todas estas organizaciones tenían las mismas características fundamentales, que se revelaban en la concepción idealista e inmediatista de que bastaba un puñado de héroes para despertar con su ejemplo la rebeldía de las masas. En este sentido, el inmediatismo escondía una arraigada concepción elitista que relegaba a un segundo plano la organización y participación creadora de las masas, reduciendo su papel, cuando mucho, al apoyar activamente al movimiento guerrillero (Aunque esto se logró en muchos casos, la mera presencia de la guerrilla no pudo alterar, básicamente, el funcionamiento del régimen.⁽²⁾)

c) *La nueva izquierda.*— Son las organizaciones que se formaron en función de una oposición teórica a la línea

- (1) Una crítica de esta concepción se encuentra en Cléa Silva "Los Errores de la Teoría del Foco", Monthly Review, diciembre de 1967.
- (2) Para comprender en forma más completa la teoría foquista, puede consultarse Régis Debray "¿Revolución en la Revolución?". Una crítica más sistemática puede encontrarse en "Régis Debray and the Latin America Revolution", Monthly Review Press, 1968 (Hay traducción al español de Editorial Nuestro Tiempo, 1969).

política de los PC. Planteaban como objetivo inicial fundamental el constituirse en vanguardia de la lucha ideológica contra el reformismo, para posteriormente crear un Partido revolucionario que se presentase como alternativa real frente a los Partidos reformistas, y aguzar la lucha de clases, preparando las condiciones para la insurrección popular.⁽¹⁾

Concebían el carácter de la revolución como socialista (con algunas variaciones sobre si habría o no un gobierno de transición) y a la vez antimperialista y anticapitalista, conducida por la alianza obrero-campesina, bajo el liderazgo de la clase obrera. En general, estas organizaciones se compusieron mayoritariamente de jóvenes estudiantes independientes, algunos pocos trotskistas y exmilitantes de los PC y de los Partidos populistas (en aquellos casos en que se logró una superación más profunda de éstos).

Estas organizaciones se caracterizaron por tener una visión de conjunto del proceso económico y político y por intentar la aplicación de un marxismo creador a las nuevas condiciones del capitalismo dependiente, lo que se reflejaba en su concepción no inmediata de la lucha —en oposición a los foquistas—, en su preocupación por la formación de los cuadros políticos y en la importancia otorgada a la lucha política y a la elaboración de una estrategia revolucionaria adecuada a la situación del continente.

Debido a estas características fundamentales, ninguna de ellas se ha propuesto orgánicamente —por lo menos hasta fines de la década— iniciar acciones insurreccionales directas (independientemente de que parte de sus cuadros se hayan ido a otras organizaciones, especialmente hacia las foquistas). Tal actitud, bastante difícil en medio de un clima político de radicalización generalizada, que subsiste

(1) Un ejemplo de este tipo de organización puede encontrarse en Política Obrera en Brasil, que junto con otros sectores dio origen al Colina (Comando de Liberación Nacional) y a VPR (Vanguardia Popular Revolucionaria). Posteriormente se unifican sectores de éstas formando la VAR-Palmares; además ha dado origen al POC (Partido Obrero Comunista). La Vanguardia Revolucionaria en Chile que posteriormente forma el MIR. La Vanguardia Revolucionaria en el Perú, etc.

aún después que el movimiento insurreccional se encuentra evidentemente en una etapa de descenso, ha provocado en ellas dos situaciones totalmente opuestas:

- 1) Algunas de ellas se encontraron incapacitadas para constituirse en una clara alternativa revolucionaria frente al foquismo y al reformismo, no pudiendo resistir al nuevo carácter de la represión —cada vez más sistemática— ni desarrollar una concepción estratégica-táctica coherente ni demostrar la capacidad de ponerla en práctica debido a sus limitaciones teóricas generales y a la falta de experiencia y madurez orgánica. En esos casos, muchas de ellas han sido superadas históricamente y, o han desaparecido o han sobrevivido en forma inexpresiva y marginal.
- 2) Por otro lado, otros han sabido sobrevivir a sucesivas crisis internas, han hecho madurar su capacidad de elaboración teórica, su capacidad orgánica y de actuación junto a las masas y han tratado de enfrentar la necesidad de la militarización. Si bien hasta finales de la década no lograron aún desarrollar completamente una nueva estrategia y táctica para la revolución latinoamericana, han conseguido poner esa tarea en el centro de la discusión de la izquierda revolucionaria en el continente mediante una actitud abierta de crítica y auto-crítica y de la experiencia que se ha acumulado en todos estos años de enfrentamientos en contra la represión.

Además, han hecho crecer sus fuerzas principalmente a través de un proceso de reaglutinación dentro de la propia izquierda. Esta se ha manifestado a través de escisiones y funciones, que aunque a corto plazo dibujen un panorama bastante caótico —reflejado por el cambio de nombres de las organizaciones—. Todo este proceso ha precisado concepciones, perfeccionado formas de actuación y van creando paulatinamente las condiciones de reunificación en un plano superior.

En América Latina han tenido gran importancia las disidencias de los Partidos Comunistas. Sin embargo, la heterogeneidad de posiciones que han asumido no nos permite ubicarlas en un tipo específico de organización revolucio-

naria. Sectores de ella han formado o se han dirigido a organizaciones foquistas y otras han ido a engrosar las filas de lo que llamamos nueva izquierda. De cualquier forma, la lucha interna en los PC aún no está agotada en varios países.

La existencia, en Latinoamérica, de estos distintos tipos de organizaciones revolucionarias han contribuido substancialmente a agudizar la lucha de clases, a poner en jaque el reformismo y a elevar el nivel de conciencia del pueblo creando un nuevo clima político en los países del continente.

Sin embargo, durante un largo período, ellas mostraron claros síntomas de inmadurez, que eran fruto de la no superación inmediata del origen pequeño burgués de gran parte de sus militantes del aislamiento que esa condición de clase determina en relación a las masas, de la ausencia de una tradición que pudiera proporcionarles experiencias de política revolucionaria —debido al control de los reformistas y populistas sobre el movimiento popular— y, como consecuencia de esto, la ausencia, hasta prácticamente la presente década, salvo raras excepciones, del conocimiento y aplicación de un pensamiento marxista creador, que entregara los elementos teóricos indispensables para una efectiva práctica revolucionaria.

Intentando profundizar un poco más el análisis de estos tres tipos de organización podríamos decir que las organizaciones pro-chinas, en realidad, nunca lograron superar un cierto tipo de formación stalinista de muchos de sus miembros, que se refleja en la aceptación acrítica de las posiciones de una potencia socialista. De hecho, dejaron de ser seguidores de la URSS para serlo de China lo que en ambos casos revela una incapacidad para utilizar el marxismo como instrumento de análisis creador en la comprensión de realidades concretas distintas. De esta forma, sus esquemas de análisis del proceso social se limitan a transposiciones mecánicas de textos, lo que —aunque sean correctos sus planteamientos generales—, no es suficiente para conducir la práctica cotidiana de la transformación revolucionaria en Latinoamérica. Esto hizo que casi todos se convirtieran en pequeñas organizaciones sectarias, desvinculadas de la práctica y de la conducción del movimiento

popular. Cuando, por circunstancias especiales no fue así, como en el caso de los pro-chinos peruanos, se mostraron incapaces para ejercer una efectiva conducción revolucionaria de las masas, encontrándose confusos y perplejos frente a sus propias posibilidades, lo que los condujo a un dramático fracaso que se ha reafirmado ahora en su actitud frente a las nuevas condiciones generadas a partir del golpe militar que de hecho ha atacado a sectores oligárquicos tradicionales pero sin embargo, los pro-chinos siguen caracterizando la política de la Junta como pro-oligárquica como si nada hubiera ocurrido en el país, donde parece reafirmar la conclusión de que si la realidad no se ajusta a los esquemas interpretativos peor para ella . . .

Las organizaciones foquistas, que preconizan el inicio inmediato del proceso insurreccional, a través de focos guerrilleros, son los que procedían más directamente del movimiento nacionalista-populista; lo que podemos comprobar con seguridad si nos detenemos un momento en la consideración de sus orígenes históricos: El MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) venezolano surge de un sector disidente de AD (Acción Democrática); el MIR peruano representa un intento de superación del Apra Rebelde, que a su vez fue constituido por sectores del Apra; el intento de formar un foco en Argentina fue dirigido y organizado por experonistas; la organización de guerrillas en Brasil fue intentada bajo la dirección de Francisco Juliao, que a su vez había empezado su carrera política en el Partido Socialista, el cual fue en Brasil siempre un partido social demócrata de nítido carácter liberal-burgués; posteriormente, el camino foquista va a ser intentado por brizolistas, seguidores de uno de los últimos líderes del nacionalismo populista que va quedando en el país; la radicalización de militares (cuyos ejemplos más expresivos son los grupos de Yon Soza y de Turcios en Guatemala) cuyo origen político es análogo; y así sucesivamente.

En general, su dirección (independiente de su origen social individual) no había logrado superar en el plano ideológico la influencia de nacionalismo populista, la unión de éste con el marxismo castrista, que adquirió el carácter de teoría estratégica de las obras del Che Guevara, en los dis-

cursos de Fidel Castro y posteriormente sistematizado en las obras de Régis Debray, se reveló insuficiente teórica y prácticamente para orientar y dirigir la revolución en el continente, que se enfrentaba a la nueva estrategia imperialista y a la reacción de las clases dominantes locales. Esa insuficiencia está demostrada teóricamente, por ejemplo, en la discusión que se verificó a propósito de la obra "Revolución en la Revolución" de Régis Debray —discusión que no nos cabe acá repetir—⁽¹⁾ y, en la práctica, en los resultados de los focos guerrilleros organizados, entre los que destacan el de Luis de la Puente Uceda y Guillermo Lobatón en Perú, que fueron rápidamente aplastados; los de Turcios, Yon Soza y César Montes en Guatemala, que aunque no hayan sido destruidos, se encontraron en una situación de impasse; lo mismo se puede decir en Venezuela del de Douglas Bravo del frente guerrillero de oriente, además del de Luben Petkoff que fue disuelto de la misma forma que el de El Bachiller; el de Fabio Vásquez en Colombia, también se encuentra en una situación de impasse y estancamiento; (la situación de Marulanda merecería un análisis especial por tratarse de un movimiento fundamentalmente campesino desde su origen, y bajo la influencia del PC, bien como las guerrillas prochinas que han empezado recientemente y que representan el primer intento de guerrillas, dirigido por pro-chinos cuyo resultado aún no se puede avaluar), y de muchos otros ejemplos, como los intentos ya mencionados en Brasil, Paraguay, Argentina, Nicaragua y Ecuador.

Finalmente, esta insuficiencia fue demostrada dramática y heroicamente con la muerte del Che y sus compañeros en Bolivia.

De entre todas las múltiples experiencias insurreccionales de toda Latinoamérica en la presente década, sin duda la

(1) Las tesis fundamentales de Debray son: el carácter de liberación nacional, antioligárquico, antifeudal y antimperialista de la revolución; el campesinado es la clase fundamental, el campo es el escenario principal de la lucha y las ciudades son la retaguardia; la dirección del movimiento revolucionario está en la guerrilla, el partido se forma durante el desarrollo de la lucha guerrillera; la lucha guerrillera es la forma principal.

más rica en enseñanzas es la venezolana, mereciendo una atención particular. Sea porque fue allí donde se dio en forma original la unificación de un PC con un MIR, para la conducción del proceso revolucionario; sea porque fue donde se desarrolló más la combinación entre guerrillas urbanas y rurales; sea porque allí se ha verificado una de las más fuertes represiones sin que la legalidad burguesa haya sido rota, aunque además del poder burgués se estuviera cuestionando también uno de los mayores intereses imperialistas en América Latina, vinculados al petróleo, lo que ha generado formas de resistencia y actuación hasta entonces inéditas en el continente; o, finalmente, porque aunque se viviese una situación de guerra insurreccional, el vuelco en ella fue determinado por la errónea actitud asumida frente a la cuestión electoral, por las organizaciones que conducían el proceso revolucionario. Hecho que mostró con claridad los riesgos que se corren cuando no se logra combinar las distintas formas de lucha.

Además, la experiencia venezolana ilustra bien, por un lado, la influencia populista que el foquismo nunca pudo desechar y, por otro, como se pueden unir el radicalismo y el izquierdismo al reformismo y una vez que el movimiento insurreccional entra en crisis, darse de nuevo el paso hacia sus formas originales.

Más de una vez, se han dado influencias recíprocas entre foquismo y reformismo en Latinoamérica. De hecho, muchos PC como el venezolano y el colombiano adoptaron en algún momento de la presente década una posición insurreccional (venezolano) o casi insurreccional (colombiano), influenciados por la revolución cubana. Lo que se explica porque en el fondo, en el análisis de la realidad económico-social del continente y de los países en particular, los supuestos de la posición reformista y de la foquista son muy semejantes especialmente en el análisis del modo de producción existente, del carácter de la revolución y de los enemigos principales; salvo en casos extremos, como el del partido comunista brasileño en que el reformismo se ha mezclado íntimamente con el oportunismo, como se ha mostrado anteriormente.

Tanto en el reformismo como en el foquismo ha influido

el análisis teórico y la práctica política del desarrollismo nacionalista y populista, de origen burgués. Además, ambos tienden a subestimar la capacidad de reacción que puede oponer el imperialismo y las clases dominantes a los avances del movimiento popular. Los primeros, por creer demasiado en que existe una correlación de fuerzas mundiales favorables al campo socialista (sin comprender que, como lo plantea Mao en su famosa tesis sobre el tigre de papel, hay que subestimar al imperialismo estratégicamente pero no tácticamente) y, automáticamente, a los movimientos de liberación nacional, lo que los lleva a preconizar, en muchos casos la posibilidad del camino pacífico; los segundos, porque prisioneros del ejemplo cubano, ven en las guerrillas el camino más rápido y seguro para la destrucción de los aparatos represivos.

La táctica general a ser adoptada diferencia la posición reformista de la ultraizquierda, pero dado que ambas interpretaciones del proceso revolucionario son tan próximas en sus errores básicos, el distanciamiento entre ellas puede ser fácilmente superado en determinadas circunstancias. Por eso, los PC reformistas que intentaron un camino insurreccional saltaron de una posición a otra sin tener que reajustar mayormente su línea política. El venezolano es el ejemplo más claro y su táctica capitulacionista de "paz democrática", decretada en un momento de crisis del movimiento insurreccional, no puede ser explicada por la cobardía y traición de sus dirigentes como lo pretendieron dirigentes del PC cubano. La táctica capitulacionista de un partido no siempre implica la capitulación personal de sus dirigentes. El impasse del movimiento insurreccional venezolano debe ser explicado por factores más globales y complejos y no sólo por factores emocionales. Centrar ahí las críticas significa oscurecer las posibilidades de comprensión de los factores políticos e ideológicos que deben guiar el análisis de lo que llevó al PCV a dar un vuelco en su táctica. Sin negar el papel de los individuos en la historia, no hacer diferenciaciones muchas veces conduce a privilegiar posiciones voluntaristas.

La explicación del vuelco en la táctica del PCV debe buscarse, a nuestro entender, en la forma como los diri-

gentes comunistas y miristas venezolanos concebían su estrategia revolucionaria. Aunque siempre plantearon la importancia de la lucha urbana y de la participación de sectores populares, eso no significa que hubieran superado la concepción foquista inspirada en la Revolución Cubana, predominante en ese momento en Latinoamérica. Su concepción seguía siendo foquista, no en el sentido del foco rural, pero sí en el de un foco de acción impulsado por una élite revolucionaria, que actuaba tanto en la ciudad como en el campo, y cuya tarea consistía en despertar las masas para apoyar la insurrección. Este apoyo se solicitaba a través de la propaganda de la iniciativa de la acción armada. La tónica de su actuación, por lo tanto, no era *preparar y organizar* política y militarmente a las masas para una guerra realmente popular y prolongada, sino utilizarlas como *punto de apoyo* para la captura rápida del poder por la vanguardia.

Así, su problema no era la falta de respaldo de masas, ya que todo indica que lo tenían en sectores populares importantes, sino la incapacidad —fruto de la concepción de guerra rápida y elitista, permaneciendo aún dentro de los marcos teóricos del populismo latinoamericano— para lograr profundizar ese apoyo a través de la organización del pueblo no como objeto de la guerra, sino como su sujeto, como actor de ella.

Teodoro Petkov, dirigente del PCV, hablando de la lucha armada urbana y de la actuación de las brigadas del FALN (Fuerzas Armadas de Liberación Nacional), en una entrevista publicada en la "Revista Internacional" N° 4, 1968, dice que tenían "...una enorme gama de recursos y de apoyo en el seno de la población urbana. Conviene señalar que aunque este apoyo era particularmente activo y masivo en los barrios pobres de la capital, sin embargo no se limitaba a ellos, porque como muchos de los muchachos eran estudiantes, procedentes de la pequeña burguesía de las capas acomodadas, no pocas casas ricas se convirtieron también en fuentes de recursos y de auxilio".

Pero, no lograron hacer que el pueblo fuera de hecho responsable de la guerra y no sólo su punto de apoyo. Por esto, cuando lanzaron la consigna del "boicot", a las elec-

ciones ésta se mostró muy superior a la disposición real de las masas para arriesgarse más definitivamente por la insurrección (el no votar tenía muy graves implicaciones jurídicas) y su resultado fue un rotundo fracaso.

Este fracaso, en vez de producir una autocrítica de la forma elitista con que se había tratado de conducir a las masas llevó sólo a una autocrítica del hecho de estar aislados de ellas, haciéndose necesaria por lo tanto una tregua —buscada mediante la “paz democrática”— a través de la cual pensaban volver a las masas. Ahí empieza el capitulacionismo: no por buscar una tregua, que puede ser un recurso tácito correcto y necesario, sino por la manera en que se propusieron hacerlo. De hecho, para el PCV “volver a las masas” significó volver al trabajo reformista convencional como posteriormente la vuelta al juego electoral, pero sin adoptar una posición propia y revolucionaria frente a las elecciones sino con la política de quien se pone a la cola de sectores “progresistas” de la burguesía.

Pero es preciso señalar que desde el primer momento de la “paz democrática” el PCV tuvo que enfrentar una fuerte lucha interna: una disidencia que se concreta inmediatamente con la ruptura de gran parte del sector militar, liderado por Douglas Bravo, en torno a la posición foquista; otra disidencia que aunque aceptando la necesidad de un repliegue táctico y posteriormente la participación en el proceso electoral, ha procurado afirmar en el partido una posición revolucionaria tratando de impedir que el repliegue táctico se transformara en concepción estratégica. Este sector, si bien bastante expresivo en el partido, no ha logrado hasta el momento cambiar el conjunto de la orientación reformista. Su líder Teodoro Petkov ha sido rebajado en sus funciones y todo indica que el PCV vive las vísperas de una nueva y más profunda escisión⁽¹⁾.

En cuanto al foquismo, debe señalarse que quizás muchos de los que actualmente siguen combatiendo ya están en proceso de superar las limitaciones iniciales, y, a pesar de ellas han generado un movimiento insurreccional que se con-

(1) Esta escisión se ha verificado en el segundo semestre de 1970. (N. del A.).

virtió en un hecho político, cuyo análisis y experiencia sirve de punto de partida crítico para la elaboración de una nueva estrategia revolucionaria latinoamericana.

De cualquier forma, aunque sirva de marco de referencia teórica a importantes sectores, el foco parece estar hoy día desechado en la práctica como concepción específica de la lucha insurreccional y, particularmente, de la lucha guerrillera. En otras palabras, lo que planteamos es que, después de varios fracasos e impasses, los revolucionarios latinoamericanos empiezan a cuestionar la eficacia de los métodos adoptados hasta entonces, a revisar concepciones e iniciar un gran esfuerzo creador para elaborar una estrategia que esté a la altura del enfrentamiento con las modernas fuerzas de represión nacionales y extranjeras.

Así, la concepción "rápida" de las tres etapas sucesivas del proceso insurreccional —es decir, primero la guerrilla móvil, luego la liberación de territorios y, posteriormente, la formación de ejércitos regulares que librarían los combates finales para la toma del poder— va siendo cuestionada. La experiencia de Vietnam hace pensar en concepciones mucho más flexibles y complejas, en las cuales no existiría una jerarquización rígida sino la combinación y utilización de formas múltiples de lucha, partiendo de las más sencillas, con la única condición de que tengan eficacia en condiciones específicas. Además, esta importante experiencia pone en el orden del día la necesidad de pensar, preparar y desarrollar concepciones del tipo "guerra popular", especialmente en países como Brasil y Argentina donde la lucha ha alcanzado niveles bastante elevados.

Por último, están las organizaciones que llamamos de "nueva izquierda" y que más arriba intentamos caracterizar a grosso modo. Aunque, en la práctica, los resultados de su actuación no se hayan mostrado claramente como los más efectivos y superiores, en el sentido de la orientación y conducción del movimiento revolucionario, hoy caben pocas dudas en cuanto a sus posibilidades de desarrollo y de ejercer una influencia definitiva en éste. Además, sus consecuencias son más difíciles de evaluar, porque —como señaláramos anteriormente— sus objetivos no eran inmediatistas.

Es necesario, sin embargo, precisar aún un poco más lo que se entiende por "nueva izquierda". Es cierto que la mayor parte de las pequeñas organizaciones que se formaron en el inicio de la década fracasaron o desaparecieron de los escenarios políticos nacionales, a causa de una serie de factores adversos como la precaria formación de sus miembros, la falta de experiencia, el carácter aficionado de muchas de ellas, las dificultades propias de su falta de preparación para enfrentar la represión y, sobre todo, debido a su incapacidad para formular una estrategia que fuera alternativa práctica y teórica al foquismo. Sin embargo, su experiencia sirvió de base para la creación ulterior, especialmente, a partir del 65, de organizaciones revolucionarias de nuevo tipo; éstas fueron el resultado de un proceso de reagrupamiento, con nuevas bases, producido a partir del fraccionamiento que sufre la izquierda, tanto reformista como foquista, desde la segunda mitad de la década. Este fraccionamiento fue consecuencia de la impasse en que se encuentran frente a la ofensiva burguesa-imperialista, que logra provocar un descenso del movimiento popular insurreccional y que pone al descubierto las debilidades de la izquierda en su conjunto para contestar tal ofensiva. Estas organizaciones son, entonces, por una parte, producto del aislamiento y las divisiones que sufren muchos de los PC tradicionales y, por otra, de la tendencia a la unidad que existe entre los disidentes de esos PC, los remanentes de las pequeñas organizaciones revolucionarias que se forman en el inicio de la década, de los ex foquistas y de vastos sectores de organizaciones de jóvenes cristianos de izquierda, que evolucionan hacia el marxismo.

Quizás sea en Brasil donde este proceso se manifieste más claramente. Como allí fue mayor el desarrollo del capitalismo dependiente, las contradicciones que éste genera se agudizaron más rápida y radicalmente exigiendo, por lo tanto, una respuesta más categórica de las clases dominantes, lo que fue hecho con relativo éxito en 1964. Sin embargo, como contrapartida ello ha generado una fecunda lucha político-ideológica que va superando los antiguos esquemas de análisis teóricos y de conducción práctica del movimiento popular, produciendo nuevas formas de en-

frentamiento en todos los niveles y revelando dos nuevas características: a) la estrecha vinculación entre el político y el militar; b) la concentración de la lucha en una primera fase en las zonas urbanas (fase que se verifica de hecho, aunque no siempre se haya logrado tener claridad sobre su importancia y carácter).

Estas organizaciones, que inauguran un nuevo estilo de lucha, para desarrollarse como una efectiva vanguardia deberán demostrar su capacidad para cambiar cualitativamente el carácter de la lucha —que hasta ahora se ha restringido a pequeños grupos— incorporando a sectores cada vez más extensos del pueblo, transformándola en una verdadera guerra popular. Pero eso requiere que estén preparados desde el punto de vista teórico, partidario y militar.

Este es el gran desafío, que cada vez se configura más claramente, para la nueva izquierda en Latinoamérica. La guerrilla urbana, inaugurada en la década pasada por los revolucionarios venezolanos, desarrollada en algunos de sus aspectos por los Tupamaros en Uruguay y por Mari-ghella (A.L.N.), Var-Palmares y VPR y otras disidencias del P.C. en Brasil hizo cambiar cualitativamente el carácter de la lucha, en la medida en que significó pasar a la ofensiva llevando la lucha hacia las ciudades en donde está el centro del sistema capitalista. Además, cuando bien orientada tiene una eficacia indiscutible, como fase inicial del proceso insurreccional, sea del punto de vista de capacitar materialmente los aparatos organizatorios, pues exige el perfeccionamiento de éstos, sea del punto de vista político pues funciona como instrumento de agitación y propaganda, como forma de desafío y cuestionamiento del régimen lo que prepara mejor las condiciones para generalizar la insurrección.

Sin embargo, genera toda una compleja problemática muy difícil de ser resuelta, pues en la medida en que las organizaciones revolucionarias se militarizan la represión se va haciendo cada vez más intensa, sea a través de la persecución (por ejemplo el caso de la Operación Bandeirantes en Brasil, que consiste en una coordinación de todos los organismos represivos especiales de la marina, aeronáutica y ejército, con la colaboración de las policías loca-

les en la búsqueda de detectar los subversivos, usando muchas veces las técnicas de la blitz nazista) o a través de la tortura. Esto hace precipitar el ingreso de la gran mayoría de los militantes a la clandestinidad, lo que se transforma en una pesada carga para las organizaciones desde el punto de vista de sus recursos materiales, obligando a que parte de las acciones sean para costear necesidades de sobrevivencia, y restringiendo al mismo tiempo sus posibilidades de contacto con la sociedad en general y con el movimiento de masas en particular. Saber contestar en forma efectiva a esa problemática es uno de los grandes desafíos que enfrentan los sectores de la izquierda revolucionaria en el continente.

El paso de esta forma de lucha, que aún es de pequeños grupos, hacia formas superiores que conduzcan a la guerra popular, a través de la formación de guerrillas y ejércitos populares, tropas de choque, etc., es la cuestión crucial. Ello no ha sido aún realizado en América Latina pero se preanuncia cada vez más como el paso próximo necesario. Quizás, los acontecimientos en 1969 en Córdoba y en Montevideo, que envolvieron grandes manifestaciones de masas, sean de sus primeras señales.

Pero, aunque el análisis de la realidad concreta latinoamericana esté indicando la necesidad de ese camino, ésta no es más que una posibilidad objetiva y no un determinismo absoluto, dado que la necesidad histórica no se cumple automáticamente y los individuos conscientes tienen un papel fundamental en la historia.

El sentido de la historia latinoamericana es, entonces, la guerra popular revolucionaria, pero su desencadenamiento dependerá básicamente de la capacidad de las vanguardias.

Al respecto, la experiencia venezolana sigue siendo hasta ahora la más rica: no es suficiente que sectores populares estén dispuestos a apoyar determinadas acciones, sea por su contenido revolucionario o por su carácter espectacular y audaz. La crisis por la cual atraviesan, de acuerdo a los indicios actuales, la nueva izquierda en función del aguzamiento de la represión y de su no penetración orgánica en los sectores fundamentales del movimiento popular

revela que sólo en la medida en que se logre que ellos sean parte constitutiva y orgánica del movimiento insurreccional, éste podrá desarrollarse y triunfar en Latinoamérica. Las tareas de organización y preparación directa del pueblo son hoy el definitivo de la nueva estrategia revolucionaria. El gran desafío a la nueva izquierda es saber pasar de la guerrilla urbana y rural a la guerra popular revolucionaria.

III. LAS PERSPECTIVAS DEL MOVIMIENTO INSURRECCIONAL LATINOAMERICANO Y LOS FACTORES QUE DETERMINAN UN PROXIMO ASCENSO.

Hasta la presente década no habían existido en Latinoamérica, salvo muy raras excepciones, expresiones de un pensamiento marxista militante creador. Por esto la lucha ideológica contra el pensamiento burgués que se hacía dentro de las organizaciones de izquierda, se limitaba al nivel puramente doctrinario siendo insuficiente, por lo tanto en el nivel de la crítica y en el de la proposición de nuevas alternativas teóricas y prácticas.

La formación que tradicionalmente daban los PC a sus militantes se restringía en buena medida a lecturas y cursos basados en manuales que generalmente deforman y simplifican, en uno que otro texto clásico, pero sin una rigurosa sistematización de cuestiones fundamentales. De este modo, el militante mediano y los mismos dirigentes no se acostumbraron a cuestionar y problematizar los planteamientos y se limitaban en general a aplicar las posiciones oficiales a las realidades específicas.

Pero, a partir de la Revolución Cubana, del conflicto Chino-Soviético, y de la profundización de la crisis del capitalismo dependiente y frente a la situación de impasse en que se encontró la izquierda, las nuevas organizaciones revolucionarias que se gestaron en los primeros años de esa década tenían delante de sí un inmenso campo teórico, político y estratégico que explorar y desarrollar. Es cierto que en muchos de ellos hubo una gran predisposición a adoptar en forma acrítica interpretaciones estratégicas hechas en

otros contextos, sea en China o en Cuba. Pero de cualquier forma, aunque muchas no hayan tenido éxito, el intento de reinterpretar el proceso y de dar la pelea al reformismo, exigía un esfuerzo muy grande y significaba un estímulo a la utilización de un marxismo creador. En esas organizaciones, al revés de los PC tradicionales, no sólo sus dirigentes sino también sus militantes medianos tenían como obligación constante discutir, cuestionar, reelaborar y proponer. Y aunque en muchos y muchos casos eso no pudo haberse a un nivel satisfactorio, en estos últimos años, ha ido madurando una situación tal de crítica, autocrítica y revigorizamiento de un pensamiento marxista, que hace recordar el clima existente en la Rusia zarista de comienzos del siglo, cuando fructificaban con mucho vigor las teorías y estrategias revolucionarias.

Este somero balance de los hechos que ocurrieron en Latinoamérica en los últimos diez años, puede resumirse en la existencia durante este período de un cambio fundamental en las coordenadas del proceso político-social latinoamericano, tanto desde la perspectiva de las clases dominantes como desde la de las clases dominadas y de las agrupaciones políticas que intentan representarlas.

Así, aunque la primera oleada insurreccional haya sido aplastada en algunos casos y contenida en otros, durante todo este período de transición los revolucionarios y el movimiento popular adquirirán una experiencia muy fecunda. El nivel de la lucha ideológica entre revolucionarios y de estos con las manifestaciones de ideología de las clases dominantes va adquiriendo cada vez más status científico de alto nivel; las concepciones estratégicas que consistían en copias mecánicas de las experiencias de otros pueblos en diferentes momentos históricos, están siendo desechados en la práctica y la cuestión de definir una estrategia adecuada a las condiciones actuales de Latinoamérica se plantea ya como una necesidad urgente en muchas de las agrupaciones de izquierda. Los PC reformistas fueron y siguen siendo rudamente golpeados y muchos de sus dirigentes pasan a conducir grupos disidentes que se oponen al reformismo. Además, la nueva generación de militantes revolucionarios entra con gran empuje en el escenario político, lo que los

lleva a afirmarse cada vez más como grandes líderes potenciales. La crisis del sistema es tan profunda y sin salida que, especialmente entre la juventud, el cuestionamiento de las instituciones que les son más próximas y de las cuales ellos participan directamente los conduce a una ruptura drástica, radical y sin concesiones, la cual los lleva a cuestionar el sistema en su conjunto, con un desprendimiento y entrega existencial tan grande como el de quienes no tienen nada que reivindicar y esperar dentro del viejo orden establecido.

¿Conducirá esto, en los próximos años, a un nuevo período de ascenso del movimiento popular capaz de abrir una nueva etapa insurreccional en Latinoamérica?

Creemos que sí. No sólo porque puede vislumbrarse mayor madurez de la izquierda, junto a toda la experiencia acumulada en el seno de un sistema que seguirá en crisis, sino también porque la crisis del capitalismo mundial nunca ha sido tan aguda como ahora. Los síntomas de ello son principalmente, los siguientes:

—La derrota que está sufriendo EUA en Vietnam y que ahonda aún más la profunda escisión que esa guerra ha provocado en la sociedad norteamericana; lo que se manifiesta en el crecimiento y radicalización del movimiento pacifista; en el descrédito que sufre la política tradicional, en el crecimiento de las organizaciones de izquierda, en la generalización de la rebelión negra que va superando su carácter fundamentalmente racial y se ha ido extendiendo hacia otros sectores de la población, especialmente entre la juventud, las mujeres, etc. . . .

—El fin del gran boom norteamericano, verificado en el período Kennedy-Johnson, que se refleja en la disminución del ritmo de crecimiento económico, en el aumento de la inflación, en la acentuación del desequilibrio de la balanza de pagos junto al agravamiento de la crisis del sistema monetario internacional (crisis de la libra, del dólar, del franco) que conduce —según todo lo indica— a una recesión que puede ser tan grave como la de los años 30.

—Frente a esta grave situación se hizo patente la ilegitimidad popular del sistema político-electoral norteamericano, reflejado en las candidaturas presidenciales. Nixon y

Humphrey eran aún mucho más impopulares que McCarthy y Rockefeller, los candidatos derrotados en las convenciones. Richard Nixon triunfó por un margen muy pequeño de votos y recibió un rechazo casi total en el sector negro de la población (De acuerdo a la agencia Gallup sólo el 5% del sector negro lo apoyaba).

—En medio de esta crisis del mundo capitalista se verificó un ascenso de las luchas del movimiento estudiantil en EUA y en Europa, tendiendo a una radicalización progresiva de éstos y al renacimiento del movimiento obrero en Europa, especialmente en Italia y Francia, junto a síntomas dispersos, pero significativos, en EUA.

—Por otro lado, la bomba atómica china seguida de la Revolución Cultural son los factores fundamentales que paralizan la escalada de la guerra hacia su territorio y agravan el impasse americano en el sudeste asiático; además, representan una alternativa para la crisis del socialismo burocrático y para el avance hacia el comunismo¹ lo que debilita la ofensiva imperialista.

—Junto a la crisis del capitalismo mundial se agravan las contradicciones del capitalismo dependiente latinoamericano (aunque en algunos momentos uno u otro país demuestren síntomas de recuperación, desde el punto de vista estructural la crisis es cada vez más profunda y sin salida viable lo que ya empieza a ser reconocido por organismos como la CEPAL, el BID, etc.), y se crean nuevas que se manifiestan:

—En la expansión y radicalización del movimiento popular en general y del obrero en particular, como lo han demostrado los acontecimientos de Córdoba, y de Montevideo y el nuevo carácter que empieza a asumir el movimiento revolucionario en Brasil, Chile, Guatemala.

—La contradicción entre la necesidad de una política militar cada vez más dura y la necesidad de un clima de liberalización en el cual se pudiera desarrollar algunas reformas burguesas que son necesarias, una vez pasado momentáneamente el período crítico de la estabilización

(1) Sobre esa cuestión ver: "La Revolución Cultural y el Marxismo", Vania Bambirra, "Estudios Internacionales", octubre-diciembre. 1968.

en algunos países, como en Brasil, donde esa contradicción se muestra de forma particularmente aguda en el momento en donde la economía empieza a acusar un ligero síntoma de crecimiento indicando la superación coyuntural de la crisis económica, pero que dado el acirramiento de las contradicciones estructurales no hay clima para una política reformista y liberalizante.

—Por último, la adhesión a las posiciones de la izquierda revolucionaria por parte de importantes sectores sociales, especialmente de las clases medias, pequeña burguesía y del proletariado, antes ajenos en gran medida a las cuestiones políticas, que aunque no se han incorporado considerablemente de forma orgánica en sus filas todo indica que así lo podrá ser.

Todos esos elementos van configurando una situación de radicalismos y tensiones que tienden a profundizarse y a generalizarse cada vez a sectores más amplios de la población, transformándose, por tanto en factores potenciales de un próximo ascenso del movimiento popular que podrá convertirse en un proceso insurreccional.

Pero las clases dominantes intentarán contener este nuevo ascenso a través del crecimiento de la ultra derecha fascista y de la utilización de métodos aún mucho más violentos.

¿Lo conseguirán...? La respuesta no puede buscarse sólo al nivel del análisis teórico, sino en la práctica cotidiana del trabajo de las vanguardias y de lo que sucede en cada fábrica, en cada escuela, en cada hacienda y en cada casa...

Santiago, 1968-1969.



ALVARO LOPEZ

**LA CRISIS POLITICA
Y LA VIOLENCIA EN
GUATEMALA**



La década del sesenta, en Guatemala, está caracterizada por el advenimiento de formas extremadamente violentas en el conflicto político-social, expresión inmediata de una persistente crisis estructural cuyo análisis se intenta en éstas páginas. Los acontecimientos políticos y la manera cómo se ha conformado el crecimiento económico a partir de la postguerra puede contribuir a aclarar la naturaleza de tal crisis y arrojar luz cerca de las modalidades que en el presente adopta el desarrollo social en las sociedades dependientes del tipo de Guatemala. La experiencia guatemalteca, resumida a manera de proposiciones generales, puede contribuir al enriquecimiento de la línea de desarrollo de la revolución latinoamericana, hoy día cuestionada en algunos de sus elementos tácticos por la transitoria baja marea de la insurrección popular; en efecto, la década que está

terminando, marcó el inicio, el auge y la decadencia de los movimientos guerrilleros en esta región. Ha llegado el momento de extraer las conclusiones más importantes de casi dos lustros de lucha popular armada y de contribuir a desarrollar, de tal suerte, la teoría de la lucha por la liberación nacional en América Latina.

La liquidación histórica de las ilusiones reformistas y de toda la línea política contenida en la llamada estrategia de la revolución democrático-burguesa, en el caso de Guatemala, ha consistido en una larga marcha frustrada de casi 25 años de luchas cuyo propósito último es el desarrollo y la modernización de la sociedad nacional de manera tal que asegure a todos los sectores una mejor participación en la riqueza social.

Los antecedentes nacionales y el clima postbélico facilitaron la elaboración de una ideología desarrollista de la cual se han extraído las justificaciones más diversas para hacer la revolución o para enfrentarla. Hoy día todavía continúan siendo debatidos los caminos mejores para realizar aquel objetivo, pero caben pocas dudas, por la manera como se ha procesado el cambio, de que la profunda crisis política que vive Guatemala, es sólo expresión del punto de ruptura a que se ha llegado; sin una sustitución de las fuerzas sociales en conflicto y de sus relaciones de poder, sin un reordenamiento básico de la estructura económica, la crisis institucional, ideológica y moral no podrán ser superadas.

1. LOS ORIGENES Y LA MECANICA DE LA VIOLENCIA

A partir de julio de 1954 se inicia un nuevo período en la historia social de Guatemala. No es simplemente un cambio de gobierno, de los muchos que han habido a lo largo de su crítica e inestable historia institucional, sino propiamente la inauguración de una etapa política caracterizada por un nuevo estilo de gobernar, la emergencia de nuevas formas de realizar el poder, en las que la situación nacional de dependencia cobra significación en su dimensión política por la vía de la intervención militar. La Ins-

titución armada, y en general el aparato estatal especializado en la aplicación de la fuerza, modernizado por efectos externos, homogeneizado en sus finalidades y alimentando un destino mesiánico, se autodefine como el sector capaz de realizar la dominación política que otros grupos sociales no son capaces, por sí solos, de implementar. Una élite militar, de oficiales de distinta extracción social, se convierten en mandatarios de intereses cuya representación ya no puede lograrse por la vía directa del juego de partidos y de la participación electoral, sino como una fuerza que se auto legitima por sobre el conflicto; en la intermediación política del grupo militar están presentes los intereses norteamericanos, menos económicos que políticos, pero contribuyendo a definir los contenidos de la presencia militar en el gobierno del Estado.

El rasgo más importante de este período es la violencia política. En la polémica política e ideológica más reciente, se dice con razón que el sistema capitalista genera violencia cotidianamente, refiriéndose en especial al tipo de violencia moral que la pobreza de las masas supone, desocupadas, mal nutridas y sin futuro. Los componentes de la situación de subdesarrollo, sin duda, acentúan los contenidos de violencia que son consubstanciales al régimen capitalista, pero no es esta la connotación específica que se le quiere dar al término, sino propiamente ubicarlo históricamente para definir en nuestro caso, por una parte, una modalidad extrema de funcionamiento del sistema político, en el que se alteran profundamente las "reglas del juego" que la democracia burguesa ha establecido y en el que las formas de relación y conflicto entre los grupos sociales se polarizan al extremo aún sin alcanzar una situación de guerra civil. En esta situación límite, el Estado exhibe abiertamente y de manera inmediata su vocación represiva.

Las fuentes primarias de la legitimidad, violentadas de manera brutal con la invasión mercenaria de Castillo Armas y la intervención física directa en la conjura militar, del embajador norteamericano, intentan ser renovadas o sustituidas en base a la movilización del prejuicio político. El "anticomunismo" es la negación práctica de una política que, dados los antecedentes nacionalistas y progresistas

de los gobiernos de Arevalo, es
desarrollo independiente del país; es
tiva del movimiento nacional-revolucionario que
ba aquella política y es la expresión de la orfandad inte-
lectual de la derecha nacional ya que nunca ha podido ser
concretado en un programa o traducido en una política
económica en los 15 años de vigencia. En resumen, es la
ideología de la dependencia.

De tal suerte que, en otras palabras, violencia significa
en nuestro caso la violencia política: el terror y la perse-
cución aplicada por razones ideológicas por las institucio-
nes del Estado, el ejercicio desplegado de la arbitrariedad
y la fuerza movilizándolo todas las instancias del poder po-
lítico, en contra de un enemigo de clase, políticamente de-
terminable. Para que un gobierno ilegítimo (en términos
de su constitución formal y dentro de la propia legalidad
burguesa) despliegue una actividad represiva de la natu-
raleza que la contrarrevolución hizo posible en Guatemala,
es necesario, cuando menos, que se combinen dos situacio-
nes precisas: que la lucha de clases se exprese cada vez más
como un abierto conflicto social y no meramente político
que polariza a las fuerzas en conflicto y que éste tenga co-
mo marco de referencia directa e inmediata la dependen-
cia estructural que en los momentos de crisis privilegia su
dimensión política. En otras palabras, la violencia contra
revolucionaria y el ciclo crítico que se inaugura a media-
dos de 1954 emerge como el resultado de un conflicto de
clases estimulado en muchos aspectos artificialmente por
la propaganda anticomunista pero especialmente facilitada
por la abierta y directa ingerencia norteamericana.

Quizás habría que hacer un paréntesis para señalar que
los términos "revolución" y "contrarrevolución" sólo pue-
den ser entendidos con toda la relatividad que fue antici-
pada en líneas anteriores; hoy día, en perspectivas cabe du-
da si los hechos y realizaciones del período comprendido
entre 1944-54, pero especialmente los dos últimos años,
pueden ser calificados, a secas, como una revolución, espe-
cialmente si se les juzga en función de la nueva óptica crea-
da por los revolucionarios cubanos en 1959. Pero justamente
la experiencia cubana ha revalorado la significación pro-

gresista y libertaria de la política nacional del mencionado período y en especial las medidas nacionalistas y anti-oligárquicas del arbenzismo. Debe recordarse que en el inicio de la década del 50, la reforma agraria y las nacionalizaciones no habían recibido el estímulo cubano ni el nuevo clima favorable de estos últimos años; además, el punto de partida en cuanto a desarrollo político y democratización, en Guatemala era muy bajo.

Tal como lo señala un valioso documento político producido en Guatemala⁽¹⁾, hablar de violencia en Guatemala es desenredar la historia de sus últimos quince años, aunque es bien cierto, como ese documento señala, que la violencia no tiene un cero histórico, se produce como un rasgo natural del enfrentamiento de clases en la sociedad capitalista, aunque en el país se impone "como forma de gobernar, por los grupos privilegiados en complicidad con el Ejército Nacional y los monopolios norteamericanos" a partir de 1954. No es el propósito de este trabajo pasar revista al derrumbe del gobierno de Arbenz y a los entretelones o a la naturaleza de la conspiración que lo derribó⁽²⁾ pero sí señalar que es por la naturaleza de la contrarrevolución que la revancha política y la violencia como estilo de gobierno, reaparecen como inseparables instrumentos de la dominación.

En junio de 1954 en aquella correlación de fuerzas existentes, el fiel de la balanza se movió cuando el Ejército, presionado por la embajada norteamericana, restó su respaldo al régimen democrático y por intermedio de sus principales jefes se sumó a la conspiración derechista. La fal-

(1) Comité Guatemalteco de Defensa de los Derechos Humanos. "La violencia en Guatemala", Fondo de Cultura Popular, México, 1969, pp. 14-15.

(2) Existen sobre el particular valiosos documentos y ensayos tales como los de G. Torriello, "La Batalla de Guatemala", Ed. Universitaria, Santiago, 1955; M. Galich, "Por qué lucha Guatemala: Arévalo y Arbenz, dos hombres contra un imperio", Elmer Editor, Buenos Aires, Argentina, 1956; L. Cardoza y Aragón, "La Revolución Guatemalteca", Ed. Cuadernos Americanos, México, 1955; G. Selser, "El Guatemalteco", Ed. Iguzú, Buenos Aires, Argentina, 1961; J. J. Arévalo, "Guatemala, la Democracia y el Imperio", Ed. Marcha, Montevideo, 1954 y otros.

ta de resistencia popular, a punto de manifestarse⁽¹⁾ quedó paralizada por la forma en que Arbenz y la dirigencia del Frente Nacional resolvieron la crisis, por la vía de su renuncia y de la entrega del gobierno a un militar de su confianza; el derrumbe fue tan inmediato que facilitó el despliegue de una feroz represión, dirigida especialmente contra las masas campesinas, que habían tenido la audacia de denunciar y recibir la tierra de sus antiguos propietarios.

Por lo tanto, la violencia en Guatemala corresponde al proceso contrarrevolucionario por el cual la burguesía terrateniente, en inestable alianza con todos los sectores propietarios pasan a la ofensiva en defensa cerrada de sus privilegios de clase. Lo característico de los últimos quince años es que la violencia política e ideológica, la ilegalización de las luchas sociales y la exclusión de las formas de representación y actuación popular se producen en una etapa histórica cualitativamente diversa de aquella que entre 1930-1944 permitió a Ubico y a los terratenientes, gobernar de esa manera al país; las consecuencias de ese estilo revanchista son ahora distintas, y se realizan no como expresión política de un poder económico indisputado sino de un inestable pacto en el que el factor decisivo ha sido la hegemonía de los intereses norteamericanos. Probablemente la inestabilidad político-social que ha padecido el país deba ser analizada, en última instancia, como la imposibilidad histórica de reconstituir una dominación hegemónica que sea la expresión directa de un poder social indisputado; se trata de una sorda pugna entre los grupos dirigentes que no alcanzan, o no tienen la posibilidad, de resolver sus contradicciones, relegadas en momentos críticos ante la obsesionante perspectiva de una revolución "comunista" inminente, pero lo suficientemente reales para traicionar la subjetividad del grupo dominante en el nivel de sus relaciones e intereses económicos.

(1) Más de 100.000 personas, en su inmensa mayoría campesinos, se encontraban organizados en brigadas patrióticas para defender militarmente al gobierno; el signo de la traición a Arbenz se consumó cuando los jefes del Ejército se negaron a acatar la orden de entregar las armas a las Brigadas populares, en la semana anterior al 24 de junio de 1954.

La pugna interburguesa, o la falta de unidad en torno a propósitos comunes es a veces difícil de distinguir y se encuentra además, disimulada por la defensa violenta de sus intereses frente a un enemigo creado a la medida de sus necesidades políticas. Los gobiernos surgidos de la contrarrevolución no tuvieron ninguna posibilidad democrática, inicialmente porque no la necesitaron ante la propia autojustificación de restauración del "orden" y la "seguridad" y posteriormente porque no la han podido reconstituir. Por ejemplo, Castillo Armas (1954-57), encabezó un gobierno *de facto* por sugerencia del embajador Peurifoy, hasta que un plebiscito "legalizó" su gestión y fue asesinado por elementos de una fracción de su propio partido. El General Ydígoras Fuentes, candidato derechista pero opuesto al partido de Castillo Armas, fue electo y tomó posesión en medio de una violenta pugna de los sectores anticomunistas; fue depuesto por un golpe de Estado del Ejército, encabezado por su propio Ministro de la Defensa, en 1963. El Coronel Enrique Peralta Azurdia gobernó *de facto* por mil días, sin Constitución ni Parlamento; durante los 39 meses que gobernó el país estuvo 30 meses bajo estado de sitio.

Bajo el gobierno de Castillo Armas la represión política fue dirigida contra todo el movimiento popular-revolucionario, ilegalizando las organizaciones sindicales, culturales, estudiantiles y políticas que apoyaban al régimen arbencista; la violencia se centró, sin embargo, especialmente en el sector campesino; fueron asesinados alrededor de 8.000 campesinos acusados de "agrarristas", iniciándose así la aplicación de la violencia oficial en gran escala y en algunas regiones, en forma privada.

Uno de los dirigentes castillo armistas definió la acción gubernamental como una política públicamente declarada de "violencia organizada" que trae recuerdo de la época nazi. La organización de la violencia tuvo manifestaciones diversas, desde las formas jurídicas de una Ley de Defensa de las Instituciones Democráticas hasta la caza de agrarristas en el campo. ¹

(1) Por ejemplo, fueron fusilados sin juicio previo los comités

Bajo el régimen de Ydígoras Fuentes, hubo momentos de distensión que se liquidaron con la crisis de marzo-abril de 1962, período en el que quedó al desnudo la fragilidad de los regímenes contrarrevolucionarios: una huelga general enfrentó al régimen militar frente a una casi total oposición civil encabezada por la Universidad y los estudiantes. Al régimen lo salvaron, como en el pasado, el ejército que aplastó la insurrección popular ² y la Iglesia nacional, probablemente la más reaccionaria de América Latina. Pero la escalada de la violencia alcanzó un nivel aún mayor luego del golpe militar de 1963. "Cuando el ejército tomó el poder y se convirtió en un partido político beligerante, Guatemala se empezó a conmover por todos lados. La injusticia, el crimen, la brutalidad, la cárcel, la tortura, el destierro, los desaparecimientos, el soborno, el robo y la corrupción en general, saltaron a la vida pública con más agilidad y vigor que en regímenes anteriores". ³

El golpe militar encabezado por el coronel Enrique Peralta Azurdia, en marzo de 1963 se inscribe en la nueva modalidad de los movimientos preventivos contrarrevolucionarios, que parecen constituir la función *par excellence* de la institución armada en la década del 60. Su justificación manifiesta fue superar el estado de desorden e inmoralidad administrativa prevaleciente bajo el gobierno de Ydígoras Fuentes, situaciones sin duda ciertas pero no ajenas al cuerpo militar; pero su intención profunda fue cerrar por la fuerza el cuestionable camino de la recuperación demográfica que se planteaba por la vía electoral con el retorno de Arévalo a la presidencia del país. A nueve meses plazo, la candidatura del ex presidente se vislumbraba como la más popular, aglutinado de nuevo a las fuerzas sociales que fueron desplazadas en 1954. Semanas an-

agrarios de Villanueva, Morán, Ipala, Morales y otros municipios del país, "La violencia en Guatemala", op. cit.

(2) Como resultado de la represión, murieron en las calles de la ciudad de Guatemala, 40 personas, en su mayor parte estudiantes y más de 1.000 quedaron heridos, sin contar, desde luego, millares de detenidos y expatriados.

(3) "La violencia en Guatemala", op. cit., p. 17.

tes del golpe, el Ejército como Institución del Estado y por boca de su jefe, el Ministro de la Defensa Nacional, señaló la decisión de impedir la elección de Arévalo, inadmisibles para el mando castrense por cuanto significaba el regreso "del comunismo" al poder; el golpe se produjo, precisamente, antes de las 24 horas del ingreso clandestino de Arévalo a la ciudad de Guatemala y tuvo como rasgo notable que el derrocamiento de Ydígoras fue acordado por el Ejército, en consulta directa con todos los jefes y oficiales del mismo, quienes decidieron por un sistema de voto que el Ejército debía hacerse cargo del poder. ¹

El rencor de los mandos militares por el movimiento arevalista no tiene, en ningún caso, los antecedentes que podrían justificar la fobia antiaprista en el Perú; pero como en el caso de Haya de la Torre, Juan José Arévalo había tratado de demostrar ante tirios y troyanos una aséptica y domesticada imagen de representante político de la desacreditada izquierda democrática latinoamericana. Sus ataques a la revolución cubana y su adhesión a la Alianza para el Progreso quedaron plasmados en documentos y testimonios personales y en la acción política de sus seguidores en el interior del país. Pero tales pruebas de contricción nada valieron ante la hipersensibilidad de los jefes militares, temerosos de revivir un nuevo 1945.

"Los Estados Unidos (ahora) han cambiado de comando. Los "dinosaurios" (así llaman en Estados Unidos a los políticos retrógrados), han sido *derrotados* y la gran República está ahora gobernada por gente nueva, por el ala *izquierda* del Partido Demócrata, hombres de Universidad, educados en Harvard, simpatizantes de las clases trabajadoras, como nosotros" "... Los Estados Unidos están ahora mucho más cerca de las corrientes democráticas de izquierda, como el *arevalismo*, que de las viejas guardas dictatoriales latinoamericanas". "Frente al Presidente Kennedy, como frente a F.D. Roosevelt, el arevalismo se siente

(1) Elementos anecdóticos pero útiles de este golpe militar así como un análisis del papel jugado por las Fuerzas Armadas aparece en Jerry L. Wemver: "Las Fuerzas Armadas guatemaltecas en política". Aportes, Nº 12, abril, 1969, pp. 134-136.

tranquilo y estaremos al lado de los Estados Unidos en cualquier emergencia . . .”¹

El ciclo represivo se acentúa de inmediato bajo el nuevo poder militar; no fue una simple continuación del período anterior pues ahora el grupo gobernante depende en mayor medida de la fuerza; más que exceso de gobierno hubo exceso de poder, derivado especialmente de la utilización en todos los niveles de las instancias represivas del sistema.

El sistema ubiquista, reflejo nacional de un “modelo” latinoamericano autocrático, tradicional, basado en el predominio social que da la propiedad de la tierra a través de la hacienda, funcionó como un sistema unitario, centralizado y sin comunicación intranacional, basado esencialmente en la ausencia de intereses socialmente organizados y representados; los 10 años de período democrático constituyen, en esta perspectiva, la experiencia irreversible de que el “número” es fuente de poder, vale decir, en la que la presencia popular es la primera instancia legitimadora del mismo. La contrarrevolución de 1954 es solamente en un sentido una vuelta al pasado, pero no pudo reconstituir el esquema ubiquista de poder señorial. Tal debilidad de los nuevos grupos dominantes sólo pudo resolverse por la vía de la aplicación de la fuerza en ausencia del consenso necesario y la violencia afloró de inmediato como rasgo consubstancial del sistema. El Ejército, que se modernizó con la Revolución de Octubre, completó su corporativismo —en opinión de Adams— con Castillo Armas, alcanzando un excepcional grado de integración, lealtad interna y celo autoprotector² estimulado y dirigido por la cooperación norteamericana; los contenidos ideológicos y empíricos de tal situación son, sin duda, de origen externo y el mesianismo castrense fue apuntalado por necesidades estratégicas de la política imperial de los Estados Unidos. El papel

- (1) J. J. Arévalo, “Carta Política al pueblo de Guatemala con motivo de haber aceptado la candidatura presidencial”, 3.ª Ed. B. Costa Amic, Editor, México, D.F., 1963, p. 35.
- (2) R. S. Adams, El problema del desarrollo político a la luz de la reciente historia sociopolítica de Guatemala, Revista Latinoamericana de Sociología, V, IV, Nº 2, p. 174 y siguientes.

del ejército es básico para entender el proceso de violencia que vive Guatemala.

Es un tema digno de estudio más profundo la forma de cómo el recurso de la fuerza desaparece cuando la legitimidad se erosiona o desaparece y aún más importante en el caso de Guatemala, es la justificación ideológica de la misma: el anticomunismo probablemente sin paralelo en otros países; los pretextos, social y políticamente respaldados de orden, moralidad y desarrollo que acompañan la intromisión militar en este continente son menos importantes que la utilización de la gran mistificación de la campaña "anticomunista". Es de nuevo, la movilización del odio político y del engaño en gran escala, con cuyo nombre se puede asesinar impunemente. El baño de sangre que recibe Guatemala desde 1954, pero especialmente desde marzo de 1963, recuerda por los estereotipos que moviliza, a una cruzada religiosa del pasado y guardando las proporciones, al genocidio de Indonesia por una explosión de fe musulmana y que costó la vida a más de medio millón de personas.

La contrarrevolución que comandó Castillo Armas contó con el respaldo activo de la alta jerarquía eclesiástica ¹; y fue vista por más de alguno con cierta razón como una encubierta subversión clerical; se utilizó la consigna carlista de "Dios, Patria y Libertad" que, según parece, se origina en la restauración de la monarquía católica con Alfonso XII, en España, en 1875. Con sanción religiosa, apoyo norteamericano y actuación de la élite militar de turno los mecanismos de la violencia sólo necesitaron de justificación ideológica del anticomunismo, que es sin duda ex-

(1) Antes del derrocamiento de Arbenz, se desarrolló una cruzada político-religiosa por la cual la imagen del Señor de Esquipulas, cristo moreno muy venerado por la población, recorrió todo el país; desde el Santuario de Esquipulas, a pocos kilómetros de la frontera hondureña, se instaló un radiotransmisor clandestino que jugó un importante papel en la invasión mercenaria; el grupo invasor recibió la bendición de la Iglesia y un Te Deum, en la Catedral de la ciudad de Guatemala, sancionó el arribo de Castillo Armas al poder; estos son sólo algunos ejemplos del color religioso que acompañó a la acción anticomunista en Guatemala.

presión de una crisis profunda, no sólo la crisis de la democracia liberal, que fue siempre débil en sus fugaces períodos, sino como manifestación de una crisis más general de nuestro tiempo: las limitaciones objetivas en el desarrollo económico y político de la sociedad dependiente. La sociología de la crisis política en América Latina se orienta hoy día tanto por el análisis del creciente proceso de erosión del liberalismo político y de la democracia constitucional, que aunque nunca llegó a funcionar como modelo adecuado de convivencia política, sirvió de marco legal a los persistentes esfuerzos por alcanzarla desde fines del siglo XIX, como por examinar que dentro de aquel modelo es imposible la incorporación popular producida por la diferenciación social de la sociedad urbano industrial que aparece en la región desde la década del 30. En Guatemala esto es aún más cuestionable, pero sin duda, el meollo crítico radica en la imposibilidad de incorporación de las masas populares movilizadas en el período anterior, lo que significa tanto como decir en la imposibilidad de realizar las reformas estructurales que tal incorporación supone y que el momento histórico podría facilitar. De tal suerte que la crisis política y su manifestación más extrema, la violencia, no sólo debe ser vista como el efecto de una voluntad política facilitada por el triunfo contrarrevolucionario (aunque tal fue el efecto preliminar bajo Castillo Armas), sino como la forma apropiada de dominación político-social en una situación nacional en la que sólo son viables por motivos políticos las meras reformas adjetivas, que la situación de dependencia refuerza. En otras palabras, la violencia surge de las formas nacionales del subdesarrollo y del capitalismo dependiente. Tal es la lección objetiva del gobierno de Méndez Montenegro que se analiza en la parte final.

La violencia anticomunista ha pasado por períodos distintos, que corresponde a diversos momentos de la resistencia popular; el primero, que va de junio de 1954 a marzo de 1963 empezó como una revancha política, producida por la política del régimen recién derrocado y expresada como un vago pero poderoso resentimiento social; su objetivo inmediato fue recuperar la dirección del Esta-

do y restaurar los privilegios económicos disminuídos o alterados por la reforma agraria y las medidas de protección y estímulo al movimiento sindical y campesino. El segundo momento empieza con el golpe de Estado de marzo del 63 y se extiende hasta el presente; su función manifiesta es asegurar el control del poder político y consolidar los privilegios de clase que lo hacen posible. En el primer momento, se desencadenó el terror contra los sectores políticos que apoyaron al gobierno de Arbenz, aunque en esencia socialmente la revancha fue contra el campesinado y los sectores agrarios movilizados con la reforma; en este período la represión se enseñoreó sobre un movimiento popular acéfalo, cuya dirigencia huyó al exilio, murió sin defenderse, cayó prisionera o en menor medida pasó a la clandestinidad. Es decir, contra un pueblo inerme cuya resistencia no quiso organizarse por la forma cómo la élite política del arbencismo resolvió la conspiración reaccionaria. En el segundo momento, la resistencia popular habría cobrado fuerza y experiencia y se expresaba esencialmente como un movimiento guerrillero en ascenso; al terror blanco empezó a oponerse la violencia revolucionaria en la forma de resistencia armada en las regiones rurales del nororiente del país, en la ciudad de Guatemala o en esporádicas explosiones de respuesta en otras regiones del país. En esta etapa, bajo el pretexto de combatir la resistencia armada, la sociedad guatemalteca se sumerge en la etapa más sangrienta de su historia, combinándose en frenética competencia la represión oficial, encabezada por el Ejército, y la represión privada, dirigida por grupos civiles para-militares de neta inspiración fascistoide.

2. ALGUNOS ELEMENTOS SOBRE EL MOVIMIENTO GUERRILLERO

El movimiento guerrillero —y en general, las formas de lucha insurreccional— surgen en el país por el efecto final de la existencia de condiciones que vuelven imposible al desarrollo político y el libre juego institucional de los intereses de clase; en tal sentido, se constituye como una res-

puesta apropiada a la violencia y la marginalidad política y es una manera anormal de participación desde afuera del sistema por cuanto se han cerrado los canales de acceso y representación que la legalidad burguesa es incapaz de garantizar.

En páginas anteriores se esbozaron algunos elementos de la crisis política iniciada en 1954; es dentro de esta crisis que se inserta y se explica el surgimiento de la lucha insurreccional. El movimiento revolucionario en Guatemala, afirma el trabajo de un antiguo dirigente marxista de Guatemala "no se abre paso frente a un poder reaccionario unido y sólido, sino en una situación en que a las contradicciones que debe resolver la revolución, se unen determinadas controversias internas en el seno de las clases dominantes". (1)

La inestabilidad de los regímenes contrarrevolucionarios debe considerarse como parte de la pugna interoligárquico-burguesa, sectores que no pueden o no tienen posibilidad real para resolver por otra vía sus contradicciones. El fraccionamiento de la clase dominante no sólo le ha restado potencialidad institucional a su gestión política, sino que ha vuelto declinante y desacreditado su liderazgo de clase; esta situación que se prolonga desde hace 15 años creyó resolverse por vía de la constitucionalización electoral del poder con Méndez Montenegro; sin embargo, se ha desenvuelto dentro de ciertos límites que han impedido que se configure una situación revolucionaria en el sentido clásico de término, es decir, junto a la crisis del poder dominante una imperiosa presión por el cambio por parte de las clases dominadas. Ciertamente los grupos comprometidos en la acción pudieron percibirla como tal en algún momento, pero la crisis política no ha llegado en ningún momento a constituirse en una crisis social total por la decisiva ausencia de masas. Otro elemento importante como factor de contención en una situación revolucionaria ha si-

(1) A. Guerra Borges, "Sobre la situación revolucionaria y algunos problemas de la lucha liberadora en América Latina: la experiencia guatemalteca", en Revista Internacional, Nº 3, 1964, p. 69.

do el respaldo que al *status quo* le han prestado políticamente los intereses dominantes de la burguesía norteamericana. De no mediar la situación de dependencia, por la que segmentos de aquella estructura dominante están presentes en el seno de la sociedad nacional, de la cual forman parte reforzando y compartiendo el sistema interno de dominación, la lucha insurreccional habría desbordado el cause de un enfrentamiento hasta ahora limitado social y geográficamente.

Que no hayan alcanzado a consolidarse tales regímenes como una alternativa política viable lo comprueban tanto la inestabilidad cíclica de tal período como la manera como algunos de esos gobiernos terminaron; el de Castillo Armas y Peralta Azurdia —más de seis años en total— fueron regímenes de facto, productos de la ingerencia militar en gobiernos constitucionales. ¿Eran ambos regímenes sólidos a pesar de contar en ambos casos con el respaldo total del Ejército, de los partidos políticos de derecho y con la abierta simpatía y colaboración de la mal llamada “iniciativa privada”, vale decir, el sector privado industrial, comercial, financiero, y agrícola del país? El primero de ellos se autoliquidó a los escasos 3 años de existencia y el segundo tuvo que gobernar sin parlamento ni Constitución; ambos, con prolongados estados de sitio. Los gobiernos de Ydígoras Fuentes y Méndez Montenegro son producto de elecciones populares, ambos candidatos de oposición, circunstancia que no es suficiente para asegurarles menor debilidad institucional o para tornar vigoroso el compromiso social que expresan; han sido todos ellos gobiernos débiles y, en algunos períodos, inconstitucionales y en todos los casos, ilegítimos por cuanto son el resultado de la marginalización violenta de importantes fuerzas políticas.

Esta notoria dificultad para constituir dentro de la sociedad política un gobierno que sea expresión de un compromiso social que, aunque heterogéneo sea capaz de conciliar los diversos intereses, le sirve de marco al movimiento popular de resistencia armada. Por lo tanto resulta inadmisibile la explicación simplista de que la inestabilidad

política en Guatemala tiene por causa los intentos guerrilleros de 1962-63; la acción insurreccional, por el contrario, no es más que un síntoma del síndrome crítico que afecta a la sociedad en general; pero tal simplismo periodístico se convierte en falsificación de la historia cuando la violencia revolucionaria es presentada como causa necesaria y suficiente del terror anticomunista de los últimos 5 años.

La lucha revolucionaria en Guatemala entró en una nueva etapa en 1962, cuando a la par de las manifestaciones populares brutalmente reprimidas por el Ejército en los meses de marzo y abril, aparecen los primeros intentos guerrilleros ⁽¹⁾. Por su desarrollo posterior, y por los antecedentes históricos que lo hicieron posible, la versión guatemalteca de la guerrilla es en parte la negación empírica de la teoría del "foco" insurreccional y de la práctica revolucionaria que apareja, en la formulación debretiana, extraída del ejemplo cubano y generalizada para América Latina.

En tales antecedentes históricos de que se habla líneas arriba hay cuando menos dos elementos complementarios ya precisados: la experiencia de los diez años de gobiernos democráticos que se liquidaron por la triple convergencia de la traición militar, la intervención norteamericana y la incapacidad de la dirigencia revolucionaria para articular la defensa del régimen; y en seguida, la experiencia de ocho años de gobiernos contrarrevolucionarios, que llevaron al país a la crisis de marzo-abril de 1962, en la que el poder reaccionario exhibió sus debilidades básicas, su ausencia de base popular y su capacidad represiva.

El examen de tales antecedentes constituye la mejor evi-

(1) En esa fecha se produjo una situación próxima a la huelga general que paralizó parcialmente la actividad económica de la ciudad de Guatemala. Fue ello un movimiento popular espontáneo, encabezado por la Universidad y los estudiantes universitarios y secundarios del país, casi como un gesto multitudinario de desesperación y rabia, pero sin disección orgánica y cuyo propósito final era la renuncia de Ydígoras Fuentes.

dencia de cómo se fueron creando, por agotamiento de las posibilidades legales de participación política y de una eventual canalización institucional del conflicto, las condiciones en base a las cuales se constituyó la estrategia de lucha que por sus propósitos, métodos y fuerzas sociales comprometidas, rompió con todos los antecedentes nacionales de la lucha política. La lucha guerrillera es, sin duda, un rompimiento con el pasado.

Algunos elementos de esa lucha pueden ser traídos a cuenta, aunque esta no sea una historia de la misma. Bajo la incontrastable influencia de la revolución cubana cobró mayor sentido el descontento retenido durante los años precedentes y encontró además una fórmula ya experimentada y triunfante, para canalizarlo: la guerrilla. Esa influencia no hubiera prosperado más allá de los límites de la impaciencia de grupos estudiantiles si no hubiesen existido los antecedentes de los gobiernos nacional-revolucionarios de la postguerra, y sin la ya referida crisis del poder reaccionario. La toma de conciencia de tal realidad y el paso a las acciones directas en la lucha armada recibieron la inspiración saludable del movimiento cubano pero no fue en el caso guatemalteco un simple reflejo de aquellas experiencias. No puede hablarse por supuesto de un camino "guatemalteco" ni de una experiencia local original, cuya elaboración resulta superior a los propósitos de este ensayo; pero por sus errores y éxitos, por sus limitaciones y su potencialidad, la experiencia nacional debería ser asumida como diversa en muchas de sus manifestaciones.

La lucha guerrillera se inicia como expresión de un cierto decidido voluntarismo pequeño-burgués, inicialmente con desprecio de lo que en la jerga oficial marxista se llaman las condiciones subjetivas para la revolución. Los sectores más expuestos a asimilar el ejemplo cubano, por un lado y a reflejar el descontento social por otro, pasan necesariamente en América Latina por la juventud; socialmente, esos grupos pertenecen a la clase media urbana, aún cuando en Guatemala correspondieran a vertientes políticas —originalmente— diversas: oficiales del ejército apolíticos, estudiantes rebeldes, cuadros políticos de la izquierda

marxista, desencantados frente a la impotencia de la vieja práctica reformista.

A partir de 1961 se inicia una rápida radicalización del grupo de oficiales que después del golpe militar del 13 de noviembre, decantada la organización de sus sectores de derecha, se van identificando paulatinamente con las posiciones de la izquierda marxista; estos grupos se organizaron con el nombre de Movimiento 13 de Noviembre bajo la jefatura de Marco Antonio Yon Sosa, oficial entrenado en contrainsurgencia en Fort Benning, EE.UU. y hasta hoy el único sobreviviente de los cuadros que iniciaron la lucha armada en Guatemala. Por su parte, en el seno del Partido Guatemalteco de Trabajo se desarrolla durante tres años una intensa lucha ideológica-política por abandonar los métodos burocráticos y las perspectivas reformistas del momento anterior, pero esencialmente, por adecuar el estilo de trabajo a las nuevas tareas políticas que empezaban a desarrollarse al margen del Partido y amenazaban con sobrepasarlo; finalmente, en los grupos estudiantiles, cuya tradición de militancia cívica y política tiene larga data en el país, se produjeron también condiciones que favorecieron la sustitución de su rebeldía juvenil por una claridad de objetivos y métodos revolucionarios. Estos grupos estudiantiles de la Universidad y de la enseñanza media se agruparon en el Movimiento 12 de Abril, de corta vida como organización pero que sirvió de cantera para fortalecer las filas de los futuros frentes guerrilleros. En este rápido recuento inicial debe subrayarse la notable influencia que ejerció la organización juvenil del PGT, que como tal y con iniciativa propia se convirtió en el núcleo constitutivo de las futuras Fuerzas Armadas Rebeldes.

En este intento descriptivo puede afirmarse que la lucha insurreccional ha pasado por tres etapas distintas. En un primer momento, la "guerrilla" fue considerada como un elemento táctico más dentro del juego político tradicional y a veces como una de las diversas oportunidades golpistas. Tal es la experiencia, autocríticamente confesada por el grupo de Yon Sosa, en sus acciones del 6 de febrero de 1962, cuando se proponían —como gran plan táctico— "tomar

la base militar de Zacapa, armar al pueblo y repetir un 13 de noviembre sin los errores cometidos unos años atrás⁽¹⁾; es decir, el Movimiento 13 de noviembre realizó varias acciones militares sin orientación política precisa, confiando en un triunfo inmediato y con el propósito de convertirse en un mero grupo de reemplazo⁽²⁾. El otro ejemplo de esta concepción es la aventura trágica de Concuá, donde la primera columna guerrillera organizada por PGT y otros grupos políticos de izquierda, fue dispersada y aniquilada antes que se cumpliesen las 48 horas de su partida. Cuando la crisis política de marzo-abril de 1962 irrumpe casi espontáneamente, bajo el impulso fervoroso de la juventud estudiantil, la gestación de las tendencias insurreccionales que sólo tenían vida intrauterina en el PGT y en otros pequeños grupos aliados, se precipitan y dan paso a la formación de la Columna 20 de Octubre, encabezada por el coronel Carlos Paz Tejada⁽³⁾ e integrada por un selecto grupo de jóvenes militantes y cuadros estudiantiles y obreros.

No está aclarado suficientemente aún cuál fue la verdadera finalidad de esta improvisada columna guerrillera; ¿un elemento de presión en el momento de la crisis para precipitar el derrumbe ydigorista? Lo más probable es que frente a tal coyuntura, un grupo armado en las montañas próximas a la ciudad capital aseguraba mejores condiciones para el regateo político inmediato, pero de ninguna ma-

- (1) Se hace alusión a esta manera al alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960, cuando casi un tercio del Ejército de Guatemala —más de 120 oficiales, 3.000 soldados y las Bases militares de Puerto Barrios, el Cuartel Justo Rufino Barrios y la Zona Militar de Zacapa— se alzó en armas contra el gobierno de Ydígoras Fuentes, con la finalidad de terminar con “la corrupción y el desorden político”.
- (2) M. A. Yon Sosa, “Breves apuntes históricos del MR-13”, en “Revolución Socialista”, órgano del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, 2ª Epoca, Nº 4, noviembre de 1967, p. 17.
- (3) El coronel Paz Tejada perteneció a la nueva generación de militares democráticos; como representante del grupo de oficiales revolucionarios fue Jefe de las Fuerzas Armadas en el gobierno de Arévalo.

nera fue concebido en el marco de una estrategia general de la revolución.

La experiencia de este primer momento fue sin duda la definición que se alcanzó en el terreno teórico y en virtud del cual se traza una estrategia de lucha a largo plazo, se señalan objetivos políticos revolucionarios y se da paso a la unidad orgánica de diversos grupos insurreccionales con la constitución de las F.A.R.⁽¹⁾. Se inicia así el segundo período que arranca de mediados de 1963 y corresponde al momento de auge en la lucha armada, cuyos elementos más importantes se analizan adelante.

El tercer momento puede ser situado a partir de junio de 1966, y coincide con la constitucionalización del régimen político y el aparecimiento de las bandas terroristas para militares de derecha. Es este un período de impasse en la guerra revolucionaria, de su posterior pérdida de iniciativa, del fraccionamiento de los grupos guerrilleros y, finalmente, del traslado de las acciones —ya a un nivel menor— a las zonas urbanas, vale decir en este caso, a la ciudad de Guatemala. En otras, objetivamente, esos 3 momentos pueden ser presentados —dentro de la perspectiva de los últimos nueve años— como los momentos de constitución, auge y declinio de la lucha armada en su forma de guerrilla rural, reconocimiento que por supuesto no niega ni su viabilidad histórica general ni impide, a su vez, la adopción empírica de otras formas de enfrentamiento. Hay algunos elementos sustantivos en esta esquemática presentación que conviene analizar en profundidad.

a) El problema general más importante planteado en la primera etapa fue la discusión de naturaleza teórica acerca de los métodos y los objetivos de la nueva situación, que pasó por una evaluación de la utilidad de ciertas formas de la lucha armada como medio “para resolver las contradicciones insalvables entre explotadores y explotados”; es de-

(1) Militantes del PGT, destacamentos del Movimiento 12 de abril y la totalidad de la Juventud del PGT, cuya independencia orgánica y política, como se señaló, constituyó la mejor contribución para definir y organizar las nuevas tareas revolucionarias.

cir, la polémica desatada por el ejemplo cubano acerca de la viabilidad de la lucha armada como la salida final de ese enfrentamiento. En aquel ejemplo, la revolución fue una praxis cuya ideología se definió por la acción misma; en la experiencia posterior, en América Latina, la teoría precede a esta última, intentando en algunos casos resolver todos los problemas previamente. Tal dilema fue resuelto en algunos casos, por la impaciencia que es madre de la improvisación y, consecuentemente, por el fracaso y el alto costo en pérdidas humanas; y en otros, por la demora irresponsable en proveer las medidas urgentes que la situación exige, con el consiguiente costo de oportunidades vitales perdidas.

El proceso de discusión teórica y de búsqueda de soluciones prácticas para abordar tal cuestión se realizó en Guatemala entre 1960-63 en medio de una profundización de la crisis política del poder oligárquico-burgués, cuyo diagnóstico era irrefutable a la luz de síntomas tan inequívocos como el desprendimiento militar del 13 de noviembre, en 1960; la matanza popular de marzo-abril de 1962 y el golpe de Estado preventivo, en marzo de 1963. Se ha dicho que este golpe, que cerró el camino a la elección del Dr. Arévalo, terminó por liquidar las posibilidades de enfrentamiento pacífico.

El proceso de radicalización política y esclarecimiento ideológico no fue solamente teórico; fue acompañado por un acrecentamiento del terror gubernamental y de acciones aisladas de resistencia popular, violenta, tales como las realizadas por el 13 de Noviembre a partir de 1961, o como las organizadas por el Movimiento 20 de Octubre, en la ciudad de Guatemala, con motivo de las tantas veces mencionada crisis de abril. Dos fueron los grupos cuya gradual transformación fue acelerada por la presencia de factores estructurales: el PGT y en especial su organización juvenil y el grupo de ex oficiales rangers que dirigía Yon Sosa. Ya en su Resolución de mayo de 1961, el Comité Central del PGT señalaba que las clases dominantes estaban cerrando el camino en el desarrollo pacífico de la lucha política y acordaba "tomar todas las medidas para participar en la

lucha armada cuando se tornara inevitable y maduraran las condiciones para ello", subrayando la necesidad de utilizar todas las formas de lucha y todas las posibilidades de acciones legales y de masas. El 20 de diciembre de 1963, cuando la lucha armada se había iniciado, el CC del PGT señaló que aunque las guerrillas se encuentran todavía en la primera fase de su desarrollo, "constituyen ya un factor político en nuestro país, son ya un hecho frente al cual todos los gobiernos tienen y tendrán que tomar posición. El movimiento armado es la expresión evidente de la guerra civil a que las clases reaccionarias llevan al país y ningún gobierno puede ni podrá ser indiferente ante esa situación".

Los textos citados arriba, casi a manera de ejemplo documental, testifican la difícil redefinición de métodos y propósitos operada en el seno de la única organización marxista de Guatemala; sin embargo, el reconocimiento programático de la inevitabilidad del enfrentamiento armado no fue acompañado por la modificación substancial de las anteriores formas de organización interna. Probablemente en ello resida la mayor debilidad de una orientación estratégica acertada; y ese hiato inevitablemente se reflejó en el estilo diario del trabajo político, expresándose en un comportamiento ambiguo que limitó en buen grado las medidas y acciones prácticas que la nueva orientación reclamaba. Aunque la fracción conservadora dentro de la dirección del PGT no fue sustituida sino hasta mediados de 1965, fue propiamente el peso de la tradición, del viejo estilo en la praxis cotidiana, la responsable de la lentitud o en la resistencia a adoptar los métodos propios de la lucha armada durante un cierto período.

En el otro grupo, con los oficiales del Movimiento 13 de Noviembre, el proceso fue más rápido y de naturaleza más empírica, en buena medida porque al romper con el Ejército, liquidaban el pasado y se convertían en un grupo disponible y prestos a la acción inmediata. Los primeros contactos de Yon Sosa y su grupo se realizaron con el llamado "tripartido" (1), que fueron desechados de inmediato.

(1) Formado por la virtual alianza existente en aquel entonces, entre los tres partidos legales bajo el régimen ydigonista.

Pese a su rápido desencantamiento —y fracasos— por los métodos exclusivamente golpistas, fueron tres los elementos decisivos en su definición ideológica; su experiencia en el trabajo con los campesinos de Izabal, de quienes recibieron un apoyo espontáneo y decisivo, el contacto con estudiantes de izquierda y elementos del PGT y la violenta represión que sufrieron por parte del Ejército. El propio Yon Sosa lo dice así: “Hay que hacer notar que en aquel tiempo (1961) ninguno de los elementos trecistas teníamos una ideología definida y a eso obedece que conversáramos tanto con elementos de derecha, del centro o de izquierda, toda vez que estuvieran de acuerdo con derrocar a Ydígoras. La radicalización que viene operándose dentro del MR-13 data de los primeros días posteriores a la derrota, a medida que íbamos tomando contacto o ligándonos con el campesinado y demás sectores pobres... Todo ello nos hizo meditar profundamente sobre su actitud y nos llevó a la conclusión de que el comportamiento de esa gente (los campesinos) se debía que trataban de ganarnos para su causa, querían líderes para encabezar su lucha, y en parte lo lograron, pues varios de aquellos militares que participamos en la revuelta de hace 7 años, hemos abrazado la causa de los explotados”.⁽¹⁾

b) La experiencia del grupo 13 de Noviembre fue, por las razones de su reconstitución, más rica en contactos campesinos; corresponde a ellos no sólo el mérito histórico de iniciar la lucha armada y de prepararse para un enfrentamiento prolongado y difícil, sino además fueron los que aprovecharon en mejor forma el apoyo campesino. A partir de 1963 se trabajó en la constitución de 3 focos guerrilleros que debían funcionar, uno en San Marcos, próximo a la frontera mexicana, otro en Zacapa y el tercero en Izabal, en la región noroccidental del país. Debilidades organizativas e inexperiencias hicieron fracasar el foco de “la Granadilla”, pero logró desarrollarse y consolidar durante 4 años al Frente Guerrillero “Alejandro de León”, en memoria de un brillante oficial asesinado por la policía política en las calles de la ciudad de Guatemala. Aunque en

(1) Breves apuntes históricos del MR-13, op. cit., p. 16.

forma prematura, las operaciones se iniciaron en de 1963, en ocasión de la primera incursión del ejército a la zona.

El año de 1964 es un año de ampliación del enfrentamiento armado, pero también una etapa de divergencias internas en el movimiento revolucionario. En octubre de ese año se produce una definición importante en el seno de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, en ocasión de la carta enviada por la Guerrilla Edgar Ibarra a la dirección nacional del PGT, que intentaba plasmar elementos ideológicos nuevos y dar una nueva perspectiva política al movimiento, tratando de agilizar la colaboración de todos los sectores comprometidos en la guerra. En marzo de 1965 se produce una reorganización de las FAR, luego que la crisis y polémica dentro del PGT incorporó a elementos jóvenes en su Dirección; fue esa la época del rompimiento con el MR-13, a consecuencia de la infiltración trotskista y la separación de este último de Luis Augusto Turcios Lima, sin duda el cuadro guerrillero más brillante de aquel período. (1) Las FAR se reconstituyen al redefinirse la participación de los cuadros y militantes del PGT, de la Juventud Patriótica (Juventud Comunista) y los comandos del Frente Guerrillero Edgar Ibarra (FGEI), y organizarse un Centro Único de Dirección Revolucionaria y trazarse, de manera muy imprecisa, lo que se llamó la Guerra del Pueblo. Descontados los detalles, imposibles de consignar, el movimiento guerrillero entra en una fase de ascenso, ampliando su zona geográfica de operaciones y su base social con la incorporación de grupos campesinos; simultáneamente, comienzan a aparecer, en algunos casos espontáneamente y en otros de inspiración comunista, formas de resistencia armada en otras regiones campesinas del país. (2)

(1) Turcios murió en un accidente de tránsito en las afueras de la ciudad de Guatemala, el 2 de octubre de 1966, causándole involuntariamente así un serio golpe a las fuerzas insurreccionales.

(2) Para una detallada descripción de estos años de lucha, véase la selección de artículos contenida en Pensamiento Crítico, Nº 15, abril, 1968, Habana y en especial los de O. Fernández, "Situación y Perspectiva del movimiento revolucionario guatemalteco" y J. del Valle, "Guatemala bajo el signo de la

El M-13 Noviembre sufrió durante varios años la influencia de elementos trotskistas de la IV Internacional (del sector Posadas) y la penetración ideológica así recibida se reflejó en una nueva definición de las perspectivas de la lucha armada, concebida no como un camino al que las masas hubiesen sido orilladas, sino como el camino escogido conscientemente, sobre la base de experiencias anteriores ("Revolución Socialista", órgano del MR-13, N° 2, agosto 1964, página 2). Probablemente el documento más importante de aquel momento sea la "Declaración de la Sierra de las Minas", aprobada por una reunión de todos los jefes y cuadros del Movimiento, en el que se hace un llamado para la instauración de "un gobierno de obreros y campesinos", instando por la extensión de las guerrillas, multiplicar las milicias campesinas, organizar comités de trabajadores de haciendas y sindicatos para unificar al pueblo y conducirlo a la toma inmediata del poder.⁽¹⁾ Ese documento expresa: "Ningún país de Latinoamérica, y en Guatemala menos, pueden las masas llegar al poder por elecciones o por la vía pacífica. En ningún país puede sostenerse en el poder un gobierno apoyado por las masas sin que éstas estén armadas; hay que desarmar el ejército capitalista y avanzar ininterrumpidamente en el camino de las medidas anticapitalistas y expulsar al imperialismo. Hay que lanzar, organizar y consolidar la guerrilla y enarbolar el programa del gobierno obrero y campesino".⁽²⁾

En tal coyuntura, a partir de 1964 se planteó un conflicto abierto entre el MR-13 y el PGT, que debilitó a las FAR en su unidad orgánica, aun cuando la pugna ideológica no mermó las actividades militares de los grupos. Las diferencias planteadas por la infiltración trotskista se resumen en un énfasis más explícito en el papel del campesino-

guerra"; C. Castaño, "Diez días guatemaltecos", en Cuadernos de Ruedo Ibérico, N° 13-14, París, septiembre, 1967, pp. 136 y siguientes y los artículos contenidos en la recopilación "América Latina", Problemas y Perspectivas de la revolución, ed. Paz y Socialismo, Praga, 1966.

(1) Normal Gall, "Entrevista a M. A. Yon Sosa", publicada en el Toronto Daily Star, 5 de noviembre de 1966, p. 16.

(2) "Revolución Socialista", op. cit., p. 2.

nado, en la negación de la burguesía nacional como clase y en el carácter socialista inmediato de la revolución, es decir, en una estrategia de lucha que conduzca a la creación de un Estado obrero-campesino.⁽¹⁾ En cambio, el PGT empezó a hablar de la guerra del Pueblo, sin duda de inspiración vietnamita, en la que la clase obrera debería jugar un papel hegemónico pero en alianza con otras clases, inclusive "segmentos de la burguesía nacional". "La posición de las capas que nosotros agrupamos bajo el término "burguesía nacional" es demasiado poco consecuente. La crisis económico-social y política contribuye a atraer a determinadas capas de la burguesía a la lucha antioligárquica y antimonopólica, pero asustadas por la perspectiva de cambios radicales y la "variante cubana", se inclinan, por regla general, al compromiso con el imperialismo y la reacción... Son una realidad sin embargo las contradicciones entre la burguesía nacional, de un lado y los monopolios extranjeros y la oligarquía de otro. El carácter objetivo del movimiento revolucionario en la etapa presente crea posibilidades para que determinadas capas de la burguesía puedan participar en la lucha contra la dictadura, y sus concepciones, los vestigios feudales y a veces, contra la dominación imperialista"⁽²⁾, para realizar una revolución democrática, antimperialista y agraria, prelude lejano o no, de un Estado socialista. Es cierto que el carácter de la estructura económica y del poder político determina el contenido de la revolución que se gesta en un país, pero también es decisiva la naturaleza de clase del enfrentamiento y de la decisión y organización de los grupos dispuestos a encabezarla.

(1) Es imposible hacer un recuento, en este trabajo, de la evolución ideológica de la guerrilla en Guatemala. Sin embargo, una exposición del pensamiento político de Yon Sosa y del MR-13 aparece en, A. Gilly, "El Movimiento Guerrillero en Guatemala", Monthly Review, Selecciones en Castellano, año II, Nº 22-23, 1965. Se trata de un reportaje en el que Gilly presenta una imagen distorsionada del movimiento campesino guatemalteco, al que adjudica opiniones y potencialidades que todavía no se han producido.

(2) H. Barrios Klee, América Latina, problemas y perspectivas, op. cit., p. 107.

Desde el punto de vista de las acciones directas, tanto las FAR como el MR-13 de Noviembre tienen en común el inicio de operaciones que pueden ser calificadas de "golpes de propaganda" que se justifican por sí mismos, tales como el ajusticiamiento de líderes militares a quienes la opinión pública señalaba como responsables de crímenes y ultrajes a la población. Por ejemplo el ajusticiamiento de Ranulfo González, Director de la temible Policía Judicial (cuerpo encargado de la represión política), realizado por el M-13 de Noviembre provocó la declaratoria del Estado de Emergencia en el país lo que no impidió una serie de ejecuciones de personas comprometidas desde hacía años en la represión y el terror.

En la formación de las bases campesinas fue un factor importante, por ejemplo, la aplicación de medidas de justicia popular, realizadas contra determinados terratenientes, notables locales, o esbirros odiados por la población del lugar tales como los "comisionados militares", que son miembros de los destacamentos militares de reserva y que están organizados en todos los pueblos y localidades del país; ejercen legalmente funciones de seguridad interna pero representan de hecho al poder militar y constituye, por lo tanto un poder dual que por la situación política que ha vivido el país han adquirido preeminencia. Estos fueron siempre juzgados sumariamente y en todas las oportunidades las organizaciones responsables hicieron públicos los cargos, delitos o culpas de las personas ajusticiadas.

c) La permanencia y el incremento de las acciones guerrilleras en la montaña se explican esencialmente por un relativo apoyo campesino logrado, aun cuando en la zona del nor-orienté del país los campesinos pobres o con muy poca tierra son una minoría frente al sector de pequeños propietarios, empobrecidos por la tierra escasa, la especulación de los intermediarios y una larga tradición de economía de autoconsumo. Es la región donde la United Fruit Co., tenía sus más extensas plantaciones y por ello viven también importantes grupos de obreros agrícolas; sin embargo, estas tres categorías de campesinos no pertenecen a lo que podría calificarse como la "mancha" indígena, ubi-

cada en el altiplano central. Aquellos son más bien descendientes de españoles o mestizos arraigados a la tierra y constituyen uno de los pocos núcleos ladinos rurales importantes en el país.

El Frente guerrillero "Alejandro de León", encabezado por Yon Sosa empleó una táctica que se acercaba más, por su concepción teórica y por sus logros prácticos a las zonas de auto-defensa, sugiriéndose en más de una oportunidad que se habían establecido zonas liberadas en donde surgía, lentamente, un nuevo poder. La influencia trotskista responsable de tal situación fue negativa no solamente para el MR-13, separado de las FAR, a partir de julio de 1964, sino para el desarrollo mismo de la lucha. En el marco de una concepción mundial de la revolución, el pensamiento trotskista pretendió hacer en Guatemala un nuevo experimento de sus ideas sobre el desarrollo de la lucha; clasificaron a la guerrilla no como órgano de presión sino como estímulo para la organización de las masas, en sindicatos y otras formas, llamando a crear allí donde se pudiera órganos "de doble poder" y haciendo constantes llamados a la insurrección que por supuesto, nadie podía implementar. "Su programa de revolución socialista —dice Del Valle— invocado machaconamente en cada uno de sus llamados y considerado como el más avanzado que podía encontrarse en Guatemala, no era en concreto sino un programa de lucha sindical dentro de la sociedad capitalista. De tal manera que no es cierto que el trotskismo haya impulsado determinada actividad armada que por sí misma agitara la conciencia de los militantes y los obligara a plantearse en serio el problema de la guerra; al contrario, su propósito fue transformar la actividad guerrillera existente en actividad puramente sindical para llegar a la ocupación de fábricas".⁽¹⁾

Uno de los propósitos declarados por Yon Sosa fue la educación política del campesinado y su incorporación como la base del nuevo ejército popular. Pero cabe la duda si la inmovilidad relativa del Frente contribuyó a su posterior liquidación.

(1) J. del Valle, op. cit., p. 67.

La Guerrilla Edgar Ibarra empleó tácticas más móviles y fue definida su estrategia como la Guerra Revolucionaria del Pueblo, según la concepción clásica de los tres momentos en el marco de un desarrollo de la lucha que parte del reconocimiento de la inmensa superioridad —inmediata— del enemigo, pero de su debilidad a largo plazo; la aplicación de una defensiva estratégica y de una ofensiva táctica, sin embargo, no se definió en las acciones prácticas y de hecho, el Frente Edgar Ibarra sólo alcanzó a cumplir la primera etapa, de la propaganda armada, en la región ya mencionada de Zacapa, y las zonas próximas de Baja Verapaz e Izabal; su vinculación logística con la ciudad capital era mayor y nunca llegó a fundirse, pese a las medidas que se iniciaron en 1966, la dirección política y militar de la misma. Desde este punto de vista, la dependencia del FGRI de las directrices y el abastecimiento llegado del exterior a su zona de operaciones, contribuyó a su debilitamiento siguiente.

En este orden de consideraciones, debe subrayarse la vitalidad interna del movimiento guerrillero, que se mantuvo durante más de cuatro años hasta alcanzar en 1966 su punto culminante. Un rasgo esencialmente nacional de la lucha armada en Guatemala es que ninguno de los focos guerrilleros logró ser aplastado militarmente, a pesar de por lo menos dos serias tentativas de cerco y aniquilación lanzadas por el Ejército, en 1965 y 1966. Las causas de su desaparición son otras y se insinúan en la parte final. En esta etapa, se realizó una combinación de resistencia en las zonas rurales, hostigamiento regular al ejército en casos de necesidad táctica, y sobre todo acciones de justicia popular en la ciudad y en el campo como una forma elemental, pero efectiva, de responder a la violencia oficial, y terminar con la conciencia de la impunidad del terror blanco. En este período la lucha armada realizó con notable éxito la tarea autofinanciamiento por la vía de asaltos a Bancos y Financieras, secuestros a personas pertenecientes a la burguesía y otras formas de expropiación revolucionaria. Sin duda que una historia detallada del movimiento guerrillero debería dar cuenta de la utilidad de tales acciones

y de la manera cómo hasta 1966, la actividad en frentes: la guerrilla rural y la resistencia y colaboración urbana, mantuvo dentro de ciertos límites, la iniciativa.⁽¹⁾ La tercera etapa en que hemos dividido analíticamente este trabajo, corresponde a la pérdida de impulso de la lucha guerrillera, cuando la iniciativa pasa paulatinamente a manos del Ejército pero más específicamente, a la acción represiva del Estado a través de la intensificación del terror blanco.

Uno de los estudios sobre este tema señala los siguientes rasgos de la ofensiva del Ejército contra las FAR y que denotan "una nueva visión y una nueva acción por parte del enemigo": un plan definido por separar a las guerrillas del pueblo, para someter a mayor control a las zonas campesinas y liquidar los baluartes guerrilleros; el principal énfasis de la ofensiva fue dirigido hacia el campo, aun cuando la mayoría de los choques entre las FAR y el gobierno ocurrieron en la ciudad y los golpes más espectaculares se produjeron allí. "Los asesores norteamericanos saben que este es el factor estratégico decisivo"⁽²⁾. Este mismo documento señala además la combinación sistemática de elementos políticos y militares, a través de la utilización del terror y la "acción cívica" del Ejército, todo lo cual supone un aumento en los recursos técnicos, financieros y organizacionales de los aparatos represivos, gracias a la eficaz y directa ayuda norteamericana. Ello confirma, sin duda, no una forma sutil de intervención sino la presencia física de asesores y boinas verdes en la dirección de la ofensiva castrense⁽³⁾.

(1) Un ejemplo de ello es la siguiente: "...en los últimos 7 años hemos sostenido 87 acciones de guerra contra los gobiernos de Ydígoras, Peralta y Méndez; en estas acciones hemos ocasionado al enemigo 182 muertos y 305 heridos. Por nuestra parte, hemos tenido 49 camaradas muertos y 12 heridos... Hemos expropiado más de 200.000 dólares, suma obtenida mediante dos secuestros y varios cobros forzosos, la cual ha servido para cubrir parcialmente los gastos ocasionados por la guerra revolucionaria...". *Revolución Socialista*, op. cit., p. 19.

(2) O. Fernández, op. cit., p. 4.

(3) Las ideas contenidas en este párrafo han sido extraídas del artículo de Orlando Fernández, op. cit., pp. 9-10.

Sin duda que no es esta la causa suficiente que logró desarticular la acción armada de las fuerzas de izquierda, y a ella deben sumarse el efecto combinado de disensiones internas, especialmente la pugna en el Centro de Dirección Revolucionaria de las FAR, en donde finalmente se produjo el rompimiento entre los dirigentes políticos del PGT y los cuadros militares de las FAR.

La separación existente a partir de 1964 entre el MR-13 y las FAR dio paso a un gradual acercamiento en los comienzos de 1967, cuando se iniciaba la represión aguda en las ciudades. La preocupación unitaria surgió en las FAR y fue en sus bases donde se presionó y se dieron los primeros pasos para reconstituir un frente armado común; en julio de 1967 se concretó tal tendencia al formarse un Frente Unico en la Acción Organizada, que pretendía constituir un comando único, una estrategia compartida y lograr la cohesión de las fuerzas revolucionarias. Sin embargo, la terminación de competencia política y la separación solamente dio un impulso relativo a la lucha, en la que los gérmenes de su debilitamiento empezaban a actuar.

Las razones de ese debilitamiento, sin olvidar las anteriores, pueden ser expuestas también a otro nivel: la muerte de Turcios Lima fue sin duda un serio golpe, pues dejó un vacío difícil de llenar; las defecciones de algunos cuadros militares que habían alcanzado posiciones importantes en el mando, contribuyó a hacer efectiva la represión ⁽¹⁾; el cerco del Ejército no liquidó por sí mismo a los focos guerrilleros, pero hizo difícil su subsistencia y cortó, además, todos sus vínculos con la población campesina y con

(1) El segundo hombre en importancia en el PGEI, C. Orellana, alias "Gallo Giro" defecionó y se convirtió de inmediato en un colaborador del Ejército; las delaciones de este personaje facilitaron los golpes represivos sobre todo en la ciudad de Guatemala, pues conocía la red clandestina de apoyo urbano, que fue en parte desbaratada por su traición. A ella se sumaron otras defecciones. El ascenso del "Gallo Giro" a posiciones de mando resultó una experiencia trágica, pues se trataba de un sujeto con antecedentes penales, que huyendo de la justicia se incorporó a la guerrilla, donde se destacó por su temeridad e iniciativa, pero sin que se hiciera paralelamente un trabajo de capacitación política.

el apoyo logístico de los centros urbanos; en opinión del sector que rompió con el PGT, encabezado por el comandante César Montes, las causas del debilitamiento residen en la crisis de dirección que se mantuvo en los últimos años y a consecuencia la separación de los aparatos político y militar, de una manera práctica y por la que un sector del PGT continuó realizando su anterior trabajo ilegal en las ciudades, intentando poner de pie las organizaciones de masas que la represión había desbaratado y otro sector que se integró a las FAR, realizando trabajo exclusivamente militar. Es decir, "lo principal de la crisis orgánica se planteó cuando la organización tradicional del Partido no respondía a las necesidades de la guerra revolucionaria" (1).

En los muchos documentos elaborados en la polémica interna por superar las deficiencias que se apuntan líneas arriba, se destaca la idea o el error fundamental de no haber constituido una verdadera dirección militar "y haberse dejado dirigir ideológicamente por compañeros cuya concepción del papel de la guerra en la Revolución, los aleja cada vez más de su proceso: por compañeros (alusión a la Dirección del PGT) que no se atienen ni conocen las reglas de la guerra revolucionaria ni han demostrado interés en estudiarlas o experimentarlas. En todos los aspectos se ponen de manifiesto la ausencia de una dirección centralizada, homogénea, operante, ejecutiva y eficaz. En todos los aspectos vitales y activos de nuestro movimiento, se ponen de manifiesto la debilidad o ausencia absoluta de pensamiento militar y el predominio de una concepción política burocrática..." (2)

Por su parte el MR-13, en esta nueva etapa, sufrió un serio estancamiento debido sin duda a la influencia trotskista que se ha anotado líneas arriba. El 2 de mayo de 1966 ese grupo fue públicamente expulsado por Yon Sosa, aun cuando en el momento de la reunificación de las FAR, en

(1) Julio del Valle, "Guatemala bajo el signo de la guerra", op. cit., p. 57.

(2) O. Fernández, op. cit., p. 6.

marzo de 1965, la influencia de aquel sector se había debilitado enormemente y sus orientaciones habían caído en un total descrédito.

La elección de Méndez Montenegro, en marzo de 1966 y la inauguración de un período constitucional, a partir de junio de ese año tuvo también efectos en los traspiés de la lucha. Con motivo de la elección de Méndez Montenegro se puso en evidencia las diferencias entre las FAR y el PGT, ya que este último llamó a votar por su candidatura, evidenciando así los remanentes de una visión conciliadora y en última instancia oportunista de la política revolucionaria. En este aspecto, aun antes del vergonzoso compromiso que hizo posible el ascenso al poder del candidato del Partido Revolucionario, era evidente que el eventual triunfo de Méndez Montenegro no era ni un triunfo de las fuerzas populares ni una derrota de la élite militar, a la que no se le combate, en las circunstancias guatemaltecas, por la vía electoral. La significación del triunfo de Méndez Montenegro, sin embargo, debe ser analizada en un doble aspecto. Los críticos del PGT, vale decir, los grupos que quedaron en las FAR señalan con razón que la sola personalidad de Méndez Montenegro no era un factor aislado de las fuerzas sociales y de las condiciones políticas existentes y que el apoyo primero y la tregua —aceptada de hecho— después, paralizaron la iniciativa del frente guerrillero y terminaron por “desmilitarizar” el pensamiento y la acción de las FAR. No es clara la relación entre ambos términos y la acusación, muy matizada en este y otros aspectos por el énfasis en lo “militar” exclusivamente sólo tiene de cierta la confusión política a la cual se sumó el PGT en plena campaña electoral. Lo cierto de todo ello es que después de la investidura de Méndez Montenegro, la situación empezó a modificarse paulatinamente. El segundo aspecto que debe señalarse es la naturaleza de la ofensiva del Ejército, que no se debe al cese de hostilidades que el frente guerrillero aceptó en junio de 1966, sino de acuerdo a un plan que quitó la iniciativa que las FAR habían arrebatado al Ejército en la época de Peralta.

3.— ¿CRISIS POLITICA O CRISIS SOCIAL? LAS PERSPECTIVAS Y PROBLEMAS DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO GUATEMALTECO.

Algunas proposiciones que líneas atrás han quedado establecidas al pasar, deben ser retomadas en esta parte final para ampliarlas y fundirlas en una perspectiva nueva de la situación nacional. Hay tres argumentos de esa naturaleza crítica que constituyen, a mi entender, factores claves del análisis: por un lado, la naturaleza social del enfrentamiento del cual la lucha armada y el terror "blanco" fueron o son simplemente expresión extrema; por otro, las características de clase y el sentido político del poder revolucionario, del cual, Méndez Montenegro y su equipo son solamente una representación transitoria; y finalmente, el sentido que la política adquiere en los países dependientes y la naturaleza de la larga crisis latinoamericana de la cual, Guatemala, es un trágico ejemplo.

Ya no es el caso discutir —luego de 7 años de enfrentamiento violento— si las actitudes emocionales y la desesperiación intelectual de clase media terminaron por convertirse en actitudes reales, cuya nueva dinámica tiene una base objetiva que explica y desarrolla la historia. El voluntarismo revolucionario no habría bastado para producir la ruptura que la lucha armada, como estrategia, ha planteado a la sociedad guatemalteca; pero la existencia de una aguda crisis política, cuyos antecedentes se han presentado en páginas anteriores, tampoco podría producir, por generación espontánea, un brote guerrillero de tan larga permanencia.

Se dice con razón que la lucha armada es por una parte continuación de la lucha política, vuelta difícil o imposible por las vías legales y, por el otro, consecuencia y complemento del ascenso de la lucha de masas. La cuestión importante es determinar ahora si ésta última circunstancia se produjo en Guatemala, entendida como la emergencia y configuración de una situación pre-revolucionaria en el comienzo de la década del sesenta, especialmente después de la agitación popular de marzo-abril de 1962. Esta fue una sacudida violenta, instintiva, llena de espontaneidad, limi-

tada a la ciudad capital y a ciertos sectores sociales. Nunca el espontaneísmo se basta por sí mismo para evitar que se agote un movimiento a corto plazo, si una minoría activa no es capaz de aprovechar y proyectar sus efectos a largo plazo; en esa fecha visto a la distancia, el hecho queda a lo sumo como una elocuente y audaz manifestación estudiantil de rebeldía, que creció en el marco de una coyuntura crítica del poder reaccionario. Es obvio que ni antes, ni después, y menos ahora, pueda hablarse en términos de “una crisis general del sistema”.

Existía desde hacía algunos años un deterioro del sistema político, ¿pero tal situación podría ser apresurada por el movimiento guerrillero? Su éxito no depende solamente de la voluntad y el trabajo abnegado de una vanguardia política —condiciones que han existido en Guatemala— sino de condiciones estructurales tales que permitan por un lado la incorporación de las masas campesinas y obreras y por otro, que debiliten aún más a la clase dominante. La teoría del “foco” supone que un núcleo armado, pequeño, capaz de sostener la lucha en diferentes sectores, puede *apresurar* la explosión de las muchas contradicciones de la dictadura militar-burguesa. La experiencia guatemalteca es doblemente contradictoria con el postulado anterior: primero, porque la lucha armada no fue factor de catálisis sino de síntesis para las contradicciones intraburguesas, aun cuando esté lejos de nuestro pensamiento suponer que han sido superados los factores causales de su crisis; y segundo, porque en su desarrollo, la lucha armada no llegó nunca a amenazar las bases reales del poder burgués. En otras palabras, no constituyó nunca, militarmente, una amenaza, aunque sí lo fue en el plano político. En este último radicaba su fortaleza y su potencialidad.

Seguramente que en este aspecto las diferencias entre Cuba y Guatemala son notables, ya que en aquel país la guerrilla no se presentó nunca como una amenaza ideológica y política; fue, en tal sentido, un problema militar. O dicho en términos más sofisticados, los contenidos “utópicos” —en el sentido de Manheim— de la derrota de Batista no son los mismos que hoy día surgen con una victo-

ria guerrillera, cuando el compromiso primero de la armada y su justificación última es la transformación radical e impostergable de la sociedad capitalista, subdesarrollada y dependiente. (1)

En resumen, la segunda condición para el desarrollo de la lucha armada no se produjo después de iniciada y por ello, la ausencia de masas constituye el rasgo más significativo de conflicto y de la crisis guatemalteca de los últimos años; la incorporación de nuevos grupos sociales al enfrentamiento, especialmente la mayoría indígena-campesina, no sólo habría profundizado la coyuntura crítica, sino que habría sobrepasado los límites estrictamente políticos del mismo. La guerrilla limitada y condicionada ecológicamente, debilitada socialmente y aislada políticamente al final.

¿Podía la crisis política nacional agudizarse con, o bajo el impacto del movimiento guerrillero, que se inició como la negación del orden social existente? Teóricamente, si y tal fue el razonamiento implícito en los documentos de la época, basándose en parte en la experiencia cubana y luego, con las experiencias de 1961-62, al proyectarse como una lucha a largo plazo, como un largo recorrido hacia la toma del poder, pero en circunstancias nacionales e internacionales absolutamente distintas. Lo cierto es que la lucha armada, como forma de enfrentamiento de clases, significa no sólo la negación del orden existente sino también un rompimiento con el pasado.

Ese quiebre con el pasado altera substancialmente la manera como se procesa el conflicto político y su continuidad, por lo menos por tres razones: 1) Busca apoyarse en nuevas fuerzas sociales, especialmente en la movilización e in-

(1) Este es el problema planteado por ejemplo, al proclamar el socialismo como objetivo inmediato de la lucha armada; el problema no es ocultarlo, pues la acción política no se define por sus proclamas, sino por las fuerzas sociales que moviliza, del enemigo que enfrenta y de los medios de que se vale. Así las cosas, la nueva sociedad es "inevitable", pero la utopía presentada como alternativa redefine el desarrollo del enfrentamiento de clase. Y, es esta redefinición la que no ha sido considerada en su dimensión debida por la práctica guerrillera o por la teoría revolucionaria en América Latina.

corporación de los campesinos pobres, de los mozos colonos y de los obreros agrícolas, sin cuya presencia la lucha armada carecería de materia. En este primer punto está implícita la exclusión de la “burguesía nacional”, en el plano programático de las FAR-PGT, o el desconocimiento de su existencia en el plano teórico como el M-13 Noviembre. En tal sentido, se produce la renuncia o el abandono paulatino de la búsqueda de aliados “contra natura” o de las tácticas que se apoyaban en los viejos modelos que como el Frente Democrático Nacional, demostraran su inconsistencia al producirse la traición de los jefes militares en 1954.

2) Utiliza nuevas formas de organización, renunciando de hecho en algunos casos y, conscientemente en otros, a la utilización de ciertas formas e instrumentos de lucha que en el pasado sirvieron —con virtudes y achaques— para asegurar la participación popular; desestimada la “lucha de masas” y las organizaciones adscritas a su lógica política (sindicatos, y gremios legales, organizaciones estudiantiles, juveniles, femeninas, culturales de fachada, etc.), se buscaron formas clandestinas, directas, para militares cuya finalidad última debía ser su contribución a la lucha armada (grupos de autodefensa rural, comités de resistencia y apoyo urbanos, unidades de combate, etc.) (1) 3) Abandona paulatinamente la estrategia general que bajo diverso ropaje retórico conduce a la formación de gobiernos democrático-nacionales (“gobiernos de Democracia Nacional”), encabezados por la burguesía para implementar objetivos reformistas o desarrollistas. Nuevos objetivos fueron señalados para el movimiento que se ponía en marcha; aunque con menos claridad en más de algún momento, era decisivo el énfasis en la toma inmediata del poder, la destrucción del orden burgués y la construcción del socialismo.

Esa desvinculación histórica significó en un momento posterior el debilitamiento de la práctica que tradicionalmente buscaba el compromiso o la alianza política con otras

(1) Problema distinto es que las innovaciones orgánicas no pudieran (o no tuvieran tiempo) de estructurar una auténtica alternativa para incorporar a las masas y servir a los fines de la lucha. Este problema se toma más adelante.

fuerzas de la izquierda no marxista, en el caso local, los restos de los partidos arévalo-arbencistas. Recuérdese que en Guatemala, todos los grupos guerrilleros, tarde o temprano, se constituyen con programas marxistas y no ha aparecido aún ningún tipo de apoyo orgánico de grupos católicos de izquierda. La contrarrevolución no solamente convirtió a los sectores sociales bajo influencia católica en pilares del nuevo régimen, sino que liquidó las posibilidades de reconstitución de los partidos populistas de la post-guerra, en parte por la represión pero de hecho y de manera no evaluada aún, por la deserción de algunos sectores de clase media neutralizados primero bajo el peso del terror anti-comunista e incorporados después, plenamente, bajo el gobierno de Méndez Montenegro⁽¹⁾.

Lo sucedido con tal sector social reedita nacionalmente la experiencia latinoamericana por virtud de la cual la "clase media" se convierte —al final de un ciclo más o menos breve— en apéndice burocrático de la burguesía oligárquica, luego de una puja transitoria por alcanzar expresión propia. En Guatemala, los hitos son más o menos claros; a partir de 1950 importantes sectores de clase media se neutralizan paulatinamente y no acompañan las medidas radicales nacional-revolucionarias del gobierno de Arbenz; la contrarrevolución las desorganiza y las amedrenta con la campaña clerical y anticomunista y la violencia; se convierten, finalmente, en socios del régimen que las combatió, a lo largo de la década del 60. El gobierno de Méndez Montenegro significa en esencia la renuncia a la opción revolucionaria que en 1944 pretendió escoger este sector; de

(1) El grupo político que ganó las elecciones en marzo de 1966, el Partido Revolucionario, logró aglutinar a muchos de los líderes de la época arevalista y a cuadros intermedios de los anteriores partidos revolucionarios. El Régimen, presentado a sí mismo como el 3er. Gobierno de la Revolución ha logrado captar la oposición de sectores de centroizquierda, democráticos en general y se ha convertido, aparentemente, en una alternativa de los gobiernos militares. En esencia, por el contrario, es sólo la fachada civil y constitucional de un poder militar y burocrático, bajo cuya égida, la violencia oficialista ha alcanzado niveles de una magnitud desconocida hasta ahora.

hecho constituyen la negación de su anterior conducta política. La sobrevivencia política de estos sectores de profesionales, profesores, burócratas, empresarios y comerciantes, etc., tuvo que pagar el precio del conformismo primero y de la colaboración, después. La juventud "frentepopulista" de 1944-1952, que tan brillante página empezara a escribir en la historia política del país, se ha convertido, veinticinco años después, en senil instrumento del poder reaccionario, en cómplice de la etapa más sangrienta de su historia.

El salto histórico que la lucha armada ha significado nacionalmente, ha terminado por dejar en el vacío las raíces de toda la tradición política y plantea de manera dramática varios interrogantes para el movimiento popular. El golpe militar encabezado por el coronel Azurdia no sólo es ejemplo de las dificultades para establecer un gobierno estable; es también el interregno buscado por la oligarquía y sus aliados para situar de una manera nueva el conflicto cada vez más agudo. Los sectores populares se vieron enfrentados en pleno con un régimen militar cuya tarea manifiesta es la *pacificación* del país. Esa respuesta creó, por así decir, una nueva "legalidad" que no facilitó ciertamente el deterioro de la dominación reaccionaria —aunque tampoco contribuyó a consolidarla; la crisis política llevó, de hecho, el enfrentamiento violento; pero éste pasa, necesariamente, por una etapa que puede ser breve o no, y en la que las contradicciones de los grupos dominantes se soldan momentáneamente. En efecto, las victorias tácticas de 1965-66 no condujeron la lucha armada a un nivel superior; alcanzaron el punto que sus limitaciones internas lo permitieron, en relación sin duda con los márgenes permitidos por la ofensiva contrarrevolucionaria.

Con lo anterior, quiere destacarse lo que podría ser un intento de síntesis de las experiencias de la lucha armada y del conflicto violento en Guatemala. Lo que habría que entender es que entre el equilibrio relativo de clases y la guerra total —en la terminología de Debray— hay un espacio social, político y cronológico tan fluido que hace que romper aquel equilibrio no suponga —necesaria o inme-

diatamente— la generalización de la lucha y su victoria inminente. Es esto un proceso dialéctico que implica, dicho de la manera más fácil, agregar tantos nuevos elementos sociales y nuevas formas políticas en el conflicto que se produzca un "salto cualitativo" en el enfrentamiento de clases; de no lograrse el desarrollo de la lucha de tal manera, la potencialidad interna de los grupos rebeldes se agota más o menos rápidamente. Ello no quiere decir que se suman a sí mismos sino que no pudieron ampliar social y políticamente los límites de su propia actividad. La guerra civil que debe desembocar en una guerra de liberación nacional, se ha convertido, transitoriamente y cada vez más, en una serie de respuestas espectaculares pero sin unidad ni sentido frente a la feroz violencia contrarrevolucionaria.

Dos son los elementos sobresalientes cuya ausencia plantea serias y decisivas consecuencias en la lucha y cuya solución tiene que encararse en América Latina de manera original; en nuestro caso de análisis —Guatemala— las dificultades de respuesta a tal desafío dan cuenta del estancamiento o de las dificultades que atraviesa la aplicación de una estrategia revolucionaria básicamente correcta pero llena de vacíos tácticos. En síntesis, estos elementos son, por un lado, la necesidad de encontrar *nuevas formas de organización para captar*, organizar y conducir el descontento social y el deseo de cambio y por el otro, *incorporar de manera efectiva al campesinado*, especialmente a su sector más importante, los indígenas del altiplano y del norte del país.⁽¹⁾

El descubrimiento de nuevas formas orgánicas que sean compatibles con la violencia revolucionaria y el terror de derecha no se encuentran como hasta ahora se ha hecho,

(1) M. U. Rodríguez plantea la tesis de que en los países latinoamericanos donde predomina un sector de la sociedad que está poco integrado al sistema capitalista, la guerrilla es una posibilidad mayor, pero no una inevitabilidad. Véase M. U. Rodríguez, "Opcoes da revolucao latino-americana", Ed. Paz e Terra, Río de Janeiro, 1968, pág. 120. ¿Es más fácil poner en movimiento a un sector social atrasado, pero poco integrado —los campesinos indígenas— que a otro moderno, pero participando de algunas ventajas —los obreros industriales—?

en la simple asimilación del ejemplo cubano. ¿Un movimiento o un partido? ¿Un grupo cerrado para resistir el terror o un frente amplio para evitar la soledad política? ¿Basta la justeza intrínseca de la causa, el coraje y la abnegación individuales para que la masa se ponga en movimiento? La respuesta no es fácil ni siquiera en el terreno teórico y apunta al núcleo de la polémica sobre la dirección política y la dirección militar de la revolución; es indudable que la lucha armada, en sí misma, no es garantía de nada si no forma parte de una orientación política que la incluye. Por otra parte está fuera de duda que la dirección política sobre la acción militar es imprescindible, cualquiera que sea el grado de identidad de ambas esferas: la experiencia del decenio es que resulta difícil coordinarlas cuando corresponden a personas y sitios distintos, pero es más difícil aun encontrar un cuadro político que sea a la vez un eficiente cuadro militar. El otro problema que plantean las preguntas de este párrafo es el destino de los partidos comunistas latinoamericanos, sobrepasados sin duda por la coyuntura política que debieron enfrentar, tanto porque responden a una tradición y a un estilo de trabajo que se debe superar como porque surgieron para enfrentar necesidades y metas que se han ido liquidando. Cuando hablábamos que la lucha armada —planteada como la forma decisiva del enfrentamiento de clase y no como el camino de la revolución—⁽¹⁾ significa un quiebre histórico, nos referíamos a las dificultades de adaptación que se han hecho evidentes en la década del sesenta en la mayor parte de los partidos marxistas latinoamericanos. El caso guatemalteco ilustra, en parte, esta situación, pues se trata de un Partido que se convirtió desde 1954 en el eje de la resistencia y de

(1) Pareciera pedante aclarar que las formas de lucha y el "camino de la revolución" no son la misma cosa; éste pasa incuestionablemente por la lucha armada, para asegurar la derrota militar de las clases dominantes. Pero el poder reaccionario puede ser enfrentado de múltiples formas. La frecuencia con que tales cosas se confunden, según M. U. Rodríguez, pareciera significar que las raíces del pensamiento dogmático tienen tanta vitalidad que el dogmatismo reformista ha querido ser sustituido por el sectarismo guerrillero.

la oposición a la política contrarrevolucionaria y acumula en medio de errores tácticos una gran capacidad de resistencia y de organización clandestina; su cambio de estrategia (1961/63) y la decisión de enfrentar con las armas al terror oficial ha puesto al desnudo su debilidad orgánica para las nuevas tareas⁽¹⁾.

¿El carácter no revolucionario de un partido marxista deriva de su estructura interna y de sus funciones concretas? ¿Basta su programa político y su ideología de clase para reconocerle aquel carácter? Tal como lo señala una reciente polémica, "ningún partido (de masas) que se organice para trabajar dentro del marco de las instituciones burguesas puede ser al mismo tiempo revolucionario"⁽²⁾; no hay que olvidar que toda la estructura y funcionamiento de numerosos partidos comunistas en América Latina los empujan a constituir, en última instancia, el ala izquierda, económico-populista, del establishment burgués-oligárquico, en una reedición criolla y deslucida de la social democracia europea. ¿Un movimiento? No existe, salvo la del 27 de Julio, otra experiencia para examinar sus virtudes en las condiciones actuales. Queda en pie, por lo tanto, el desafío, ¿cómo darle destino orgánico a la impaciencia de unos y al malestar de la mayoría? En resumen, los problemas no resueltos de la organización de las masas constituye a nuestro entender la primera debilidad básica del movimiento revolucionario guatemalteco, y por qué no decir, latinoamericano.

El segundo, ya insinuado líneas arriba, es el problema de la participación de los sectores populares que han estado ausentes, decididamente, del escenario donde el conflicto

- (1) Lo anterior no tiene nada que ver con la acerba crítica que ha surgido contra el PGT en el seno del movimiento revolucionario guatemalteco, a fines de 1968, con motivo del rompimiento de las FAR y muchas de las cuales carecen de sentido al reducir a lo inmediato y a lo particular del núcleo crítico. Véase O. Fernández y J. Del Valle, op cit.; "Turcios Lima: Biografía y Documentos", La Habana, Cuba, 1968 y M. S. Jonama, "La lutte pour l'unité", La Nouvelle Revue Internationale, Nº 3, Praga, 1969, págs. 149-163.
- (2) Editorial de Monthly Review, Año V, Nº 56, noviembre, 1968, pág. 8.

político se desarrolla. Lo anterior no contradice en nada de cuanto se describió en la parte relativa a la guerrilla en su momento de auge. Lo tuvo justamene cuando inició contactos campesinos y lo perdió cuando la táctica del poder reaccionario lo obligó a aislarse de su base social. No se discute la sentenciosa afirmación debreyana de que la guerrilla es la expresión de la "alianza obrero-campesina"; esa es manifestación de un saludable 'deber ser' teórico. Se pone en duda que en Guatemala, fuerzas sociales decisivas para que el enfrentamiento violento se transforme en una crisis social, se hayan puesto en movimiento⁽¹⁾; este punto tiene menos interés teórico que desafío pragmático: la incorporación de los sectores sociales "marginales" (en la fraseología de moda), de los campesinos pobres y sin tierra, los obreros agrícolas, los desocupados o subempleados de la ciudad y, por supuesto, en el límite, los obreros industriales y en general el sector asalariado urbano.

La definición teórica de las clases sociales que participan en la lucha contra el poder reaccionario es menos difícil que determinar las formas de su contribución específica a la misma y, aún más, las medidas prácticas para lograrlo. Sin la contribución activa del campesinado —y especialmente del sector indígena— no se podrá amenazar nunca la base social de la dominación oligárquico-burguesa; en la base de la pirámide, con cuya ayuda suele graficarse la estratificación nacional, se encuentra una mayoría hu-

(1) Es imposible, por la naturaleza de este trabajo, ocuparse de la definición de quiénes son las clases interesadas en la revolución y quiénes la enfrentan. La contradicción principal de la sociedad dependiente NO se da entre la "nación" en su conjunto y el imperialismo, pues es a través de la dominación burguesa-oligárquica que pasa y se expresa la explotación imperialista; en el interior hay contradicciones que no escapan sino refuerzan el inevitable enfrentamiento con el imperialismo. La dependencia tiene una expresión nacional y esta situación determina que la lucha contra la burguesía se convierta en una lucha antimperialista. A. G. Frank establece que el enemigo inmediato en A. L. es tácticamente la burguesía propia, aunque el enemigo principal es el imperialismo norteamericano. "Latinomérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista", Hora Cero, Nº 4, 1969, México, D.F., págs. 105 y 106.

mana, segmentada y cuya articulación a la cultura y a la economía moderna, dominante, es precaria en cuanto "participa" como masa explotada económicamente, sin derechos políticos y culturalmente aislada. Mientras aquello no se logre, la lucha de liberación nacional se reduce transitoriamente a un conflicto violento, a veces sumamente sangriento entre fracciones políticas, una que actúa a nombre de las masas explotadas y dominadas de la nación y otra, apoyada en los aparatos represivos del Estado; se transforma, como lo dijo acertadamente un sociólogo guatemalteco en una lucha entre sectores de los grupos medios del país⁽¹⁾. Esta visión corre el riesgo de ser falsificable si se presenta en términos tan simples, pero es útil como la caricatura que subraya los rasgos extremos de una situación. Los límites de clase del enfrentamiento, en Guatemala, no están dados por la contribución masiva de las clases explotadas, sino por su ausencia; al definirse negativamente queda solamente la dirección y conformación militante de los grupos insurreccionales de procedencia urbana, de clase media, intentando remover la apatía obrera, el interés de los campesinos y de los sectores populares "marginales" en formación.

Los grupos insurreccionales son sólo la expresión moral militante, de una pirámide de ancha base social que debe, paulatinamente, ser interesada activamente en el cambio revolucionario. Este fenómeno del "sustituísmo" no debería utilizarse como pretexto para pasar por alto la contribución de los campesinos y los otros sectores populares; son muchos los casos en que tal fenómeno se presenta como legítimo y en América latina no hay razón para que la acción de un partido, un movimiento o un grupo represente inicialmente los intereses de una clase social ausente o transitoriamente inactiva. En una cierta etapa histórica, la retracción obrera, la dispersión campesina y el inevitable fraccionamiento de las "clases medias" crea un vacío

(1) G. Guzmán Bockler, ponencia presentada al VII Congreso Latinoamericano de Sociología, San Salvador y publicado en la Revista Mexicana de Sociología, Año XXIX, Nº 4, octubre-diciembre, 1967, pág. 239.

que puede ser ocupado por una vanguardia dispuesta a la lucha en defensa e intermediación de los intereses de las clases dominadas; "ocupar" el lugar de otra clase plantea, sin embargo, serios problemas que dados los trágicos ejemplos del sesenta en Latinoamérica, obliga a redefinir toda la futura actividad guerrillera. ¿Es la clase media radical el "agente" histórico, real, del socialismo y la revolución en América latina? ¿Cuáles deben ser las formas de participación de los campesinos?

Y esto último trae a cuenta la cuestión del *apoyo* campesino como *medio* para alcanzar el éxito en la lucha armada; no se trata de utilizar las energías campesinas —en Guatemala el potencial de cambio que duerme en el 50% de la población nacional, indígena— sino de movilizarlos activamente en la transformación total de su existencia como clase, como la clase social explotada y dominada en casi 5 siglos de poder colonial español primero y de poder burgués republicano después. El cambio revolucionario de la estructura del poder burgués en Guatemala comprende sustantivamente la profunda alteración de las relaciones existentes hoy día con el campesinado indígena. Pero no a la manera indigenista sino por la vía de la guerra revolucionaria. Aquella es una manipulación del blanco o mestizo (ladino, en el lenguaje nacional) dominante para aliviar las condiciones permanentes de su explotación; en el mejor de los casos, es sólo la manifestación intelectual de una mala conciencia histórica. Se trata de empujar la movilización del indígena para que altere por sí mismo la matriz socio-económica en la que se conforma hasta hoy su destino. Con otros propósitos, Jean-Loup Herbert ha señalado que el problema indígena es propiamente la transformación del "ladino"; dialécticamente el indígena se libera y así libera al ladino, pues sólo el esclavo puede liberar al amo, liberándose a sí mismo.⁽¹⁾

(1) Herbert señala lo anterior a propósito de la política indigenista y los mecanismos de aculturación. Señala que ladinos e indígenas están unidos por su destino económico y también en la formación de su conciencia. El ladino es el producto de una situación de dominación colonial y la "aculturación" es la creencia de una conciencia reificada se.

El movimiento popular guatemalteco tiene que resolver de manera original esta necesidad, a fin de que el "sustituisimo" sólo sea un fenómeno pasajero y la crisis política que afecta al país pueda ser superada, por la vía de su transformación en una crisis social, en la que las clases dominadas asuman directamente la representación y defensa de sus intereses y la tarea de transformar totalmente a la sociedad.

Desde otro punto de vista, el riesgo de arrinconar la lucha armada en una pugna sangrienta entre aparentes fracciones políticas permite analizar el último de los elementos que a nuestro juicio califican la situación guatemalteca: el contenido, la dirección y las formas que la violencia ha adquirido en el país son claramente rasgos cuya novedad debe tomarse en cuenta por cuanto anticipan el futuro conflicto latinoamericano. Ello sucede cuando las tareas de orden, seguridad y castigo son asumidas, públicamente, por grupos privados que representan los intereses de las clases dominantes; se trata de formas experimentales para sustituir o cooperar en las funciones represivas del Estado, trasladando el peso de las mismas a grupos civiles paramilitares. La iniciativa de los agentes de la llamada "violencia legalizada" (la policía, el ejército, la función judicial, etc.) estatal es sustituida por la violenta gestión privada, que se realiza, de esa manera, al margen de la propia legalidad oficial, y tiene por ello, una dinámica propia: en más de tres años de actividad, las bandas fascistas paramilitares de derecha han asesinado o desaparecido a más de diez mil personas, luego de ser bárbaramente torturadas.⁽¹⁾

gún la cual una conciencia podría vivir solamente por apropiación de algunos rasgos particulares sin reconocer las fuerzas creadoras de esa conciencia. Cuando el ladino quiere transformar al indígena lo trata como cosa, desde afuera, relación que es reproducción de la conciencia enajenada del ladino. Y así, el ladino no puede ver que solamente por la ruptura o la "vuelta" en las relaciones de dominación se puede transformar. Cfr.: "Apuntes sobre la estructura nacional de Guatemala y el movimiento de ladinización", Revista Mexicana de Sociología, op. cit., págs. 761-773.

(1) "El 11 de enero de 1968 apareció el cadáver de la estudiante de Arquitectura y Exreina Nacional de Belleza, Rogelia

Este nuevo elemento de coerción y violencia, consubstanciales al Estado va a producir paulatinamente una modificación de la lucha política, ahora bajo el signo del terror y va a afectar la estructura del propio régimen. De hecho, el ejército respalda la constitución de los primeros grupos represivos, que se hacen presentes en las postrimerías del régimen de Peralta Azurdia, en febrero/marzo de 1966, y se consolidan en los dos primeros años del gobierno de Méndez Montenegro, en 1967-1968. No son solamente parcelas de poder en las que el gobierno civil resulta cercenado, sino zonas geográficas de autoridad donde queda disminuido. El primero en aparecer fue el llamado Movimiento Anticomunista Nacional Organizado ("MANO Blanca") que anunció su propósito de pacificar al país y devolver a la ciudadanía un clima de orden, seguridad y trabajo alterados por la actividad comunista; siguieron la Nueva Organización Anticomunista, NOA, que está en estrecha conexión con el Ejército, en tanto que la MANO lo está con la Policía; también surgió el Consejo Anticomunista de Guatemala —CADEG— y otras.⁽¹⁾ La represión ha afectado

Cruz; la señorita Cruz fue sustraída de su domicilio, por secuestradores del 4º Cuerpo, bajo las órdenes de Noé Delgado y luego trasladada al Cuartel General del Ejército, donde el coronel Máximo Zepeda Martínez la tuvo detenida por algunas horas. Luego fue conducida a una casa de campo en la localidad "Mira al Lago" y violada personalmente por Zepeda Martínez; fue torturada con insania y una herida sufrida en un accidente reciente, le fue rebanada; fue asesinada de un garrotazo en el cráneo y llevada a un río de la costa sur donde apareció totalmente desnuda...". Descripciones como ésta se encuentran, con apoyo documental, en la mencionada publicación del Comité Guatemalteco de los Derechos Humanos, op. cit., pág. 140 y siguientes.

(1) "A las amenazas, directas o por carta o teléfono, suceden los secuestros, los atentados, las torturas y asesinatos. Comunista visto, comunista muerto rezan los boletines de la NOA, que depende directamente del ejército: no es por una licencia poética que la NOA ha dicho, en uno de sus comunicados a la prensa, que opera "junto al glorioso ejército de Guatemala". La MANO arranca la lengua y corta la mano izquierda de sus enemigos; en la noche del 16 de mayo (1967) distribuyó panfletos aconsejando marcar con cruces negras las casas de los izquierdistas... Tanto la NOA como la MANO han

a diversos sectores sociales del país: estudiantes, maestros, obreros, profesionales, amas de casa, campesinos y hasta desocupados. El centro de la represión se trasladó, sin embargo, al oriente del país (Zacapa, Izabal) y se ha cebado especialmente con los campesinos de la región. El terror blanco ha sido aplicado sistemáticamente, casi sin discriminación y de acuerdo a una definición de comunismo "que haría enrojecer de vergüenza a la John Birsh Society"⁽¹⁾, aun cuando las víctimas de la represión no son propiamente los grupos insurreccionales, sumidos en una clandestinidad defensiva sino el sector de antiguos revolucionarios, o personalidades militares de sindicatos o grupos de izquierda e incluso ha alcanzado al propio partido de Gobierno. Entre 1966-67, cuatro diputados y 7 Secretarios Generales Departamentales o Municipales del Partido Revolucionario fueron asesinados por las bandas terroristas⁽²⁾ e incluso han habido casos de conflicto de "jurisdicción" delictiva y de pugna entre el Ejército y algunos de tales grupos. El líder de la MANO fue asesinado por el Ejército en 1967.

Pero la violencia y el terror no sólo se aplican a través de mecanismos político-administrativos; una vez iniciado, se entronca y fortalece en las bases mismas de la realidad socio-económica del país, especialmente en el campo; esa dinámica se ve reforzada por la represión de los terratenientes y notables locales. Habría que decir que la escalada se vio facilitada además por la vía de 2 mecanismos en el área rural: la autorización oficial a los terratenientes y dueños de propiedades y negocios para portar armas y defenderse en casos de amenazas o ataques terroristas y la creación de una red nacional de espionaje y represión a través de los llamados "comisionados militares", organi-

publicado datos confidenciales que sólo estaban en poder del ejército o de la policía". E. Galeano, "Guatemala: país ocupado", Ed. Nuestro Tiempo, México, D.F., 1967, págs. 48-49.

(1) Op. cit., pág. 49.

(2) E. Galeano, op. cit., págs. 46, 48, 52; "La Violencia en Guatemala". Op. cit., p. 199.

zados en todas las comunidades rurales del país⁽¹⁾; así, se ha constituido una espesa red policíaco-burocrática que representa la coyuntura mejor lograda de colaboración civil-militar en el nivel local y una forma original de hacer coincidir los intereses económico-políticos de un sector de la población con los propósitos represivos del Ejército. En el "comisionado militar", que es él mismo un civil reclutado para funciones paramilitares, se confunde además, el ámbito de su jurisdicción oficial con la esfera privada del poder. Un observador de la situación nacional ha descrito así la actividad de los "comisionados":

"Los comisionados y sus delegados se encontraban en cada ciudad, en cada pueblo, en cada aglomeración y aún en los caseríos dispersos de los trabajadores de las plantaciones. Aparentemente, los comisionados sólo comandaban los *destacamentos militares locales de reserva* y servían como centros locales del contingente. Sin embargo, durante el Gobierno militar (se refiere al gobierno de Peralta Azurdia, n. del a.) estos agentes no retribuidos se encargaban de muchas tareas adicionales: observar y dar cuenta de la presencia de insurgentes, organizadores políticos y extraños; acompañar patrullas militares contra los insurgentes; interrogar, consignar y ordenar el arresto de sospechosos. Durante el período en que el Gobierno suspende los derechos civiles (estado de alarma o de sitio), los comisionados ejercen una autoridad sólo limitada por su subordinación a la jerarquía militar. En otras palabras, una limitada autoridad con respecto a los civiles. Individuos que habían sido consignados por los comisionados fueron, en efecto, re-

(1) "La extensión y las actividades del sistema de los comisionados se guardaban con mayor de los secretos, pero puede tenerse alguna idea de su alcance en toda la Nación a partir de los datos de un solo Departamento: en Jutiapa durante el verano de 1965 estaban empleando alrededor de 971 comisionados, lo que equivale en la región a un agente por cada 50 hombres adultos". John Durston, "Power Structure in a Rural Region of Guatemala", M. A. Thesis, University of Texas, 1966, citado por Jerry L. Weaver, "Aportes", N° 12, abril, 1969, págs. 143-145.

tenidos por las Fuerzas Armadas y sustraídos a la jurisdicción de las cortes civiles y de los procesos legales normales.

Mientras los comisionados eran formalmente responsables ante los Comandantes de las Reservas Militares departamentales y la jerarquía militar, en la práctica los notables locales (plantadores, hombres de negocios, políticos, oficiales militares retirados, etc.) influían en la selección y distribución de los comisionados. Este arreglo informal hace del comisionado local un individuo realmente poderoso; él posee tanto la autoridad del Gobierno, como el poder derivado de su estrecha asociación con la estructura de la élite local.

A veces, la conexión entre el comisionado y la élite local se verifica públicamente. Por ejemplo, durante la cosecha de 1966 los periódicos informaron que un destacamento de la reserva militar local había sido enviado al campo a participar en la recolección del algodón. En otra ocasión, el comisionado militar local actuó como proveedor de mano de obra a una plantación...”(1)

El terror organizado a nivel nacional y aplicado sistemáticamente desde hace ya cuatro años no pudo haberse desatado sin la concurrencia decidida de diversas voluntades; existen documentos donde se justifica tal conducta y planes para su desarrollo y está fuera de duda que bajo la inspiración de Mathew D. Smith Jr., y la Misión Militar norteamericana, a partir de 1965, se estructuró un plan de largo alcance para hacer aparecer la represión como una reacción popular de rechazo a la lucha armada(2) en la que concurren el Movimiento de Liberación Nacional, de

(1) J. L. Weaver, op. cit., pág. 144.

(2) Memorándum del 4 de agosto de 1966, del Movimiento de Liberación Nacional (el partido fundado por Castillo Armas). En este documento, el fascista MLN fundamenta la necesidad de organizar una cruzada "cívica" contra el movimiento popular en ascenso: "Una asesoría puede solicitarse de gobierno a gobierno o por intermedio del organismo internacional correspondiente (OEA, Consejo de Defensa Interamericana, etc.), sin que ello represente poner en entredicho nuestra soberanía. La ayuda militar es indispensable para lograr resultados efectivos y el gobierno, a través del Ministerio de la

extrema derecha, representantes del sector privado de la economía, dirigentes del Partido Revolucionario (de gobierno) y la élite militar de turno. En la práctica y vistas las cosas en una perspectiva histórica es innegable la responsabilidad del gobierno de Méndez Montenegro y de la asesoría norteamericana en esta gigantesca maquinaria de terror y muerte.

En las condiciones creadas en 1966 comienzan a manifestarse síntomas de desorganización social, no solamente a través de manifestaciones individuales de delincuencia sino de naturaleza colectiva; el odio político se confunde y sobrepasa las identificaciones de clase. La contraviolencia revolucionaria, que es siempre la búsqueda de una expresión popular propia tiene cada vez más posibilidades de confundirse en las acciones cotidianas y es sobre todo en el campo, donde la violencia ha echado raíces más rápidamente, en un terreno ya preparado: comienzan a jugar por igual los rencores personales y la intolerancia política, de cualquier matiz. En las regiones rurales la violencia no sólo significa tortura y muerte, muchas de ellas sin motivo visible, sino robos, latrocinio, destrucción de la propiedad, etc. La lucha contra el "comunismo" —la oposición de izquierda— del aparato burocrático-represivo se convierte en bandidaje, venganzas y odios locales que afectan a millares de personas jamás comprometidas políticamente, y en el centro del cual aparece inequívocamente la mano militar, ya sin ninguna justificación ideológica.

Es necesario agregar que el fenómeno "anticomunista" se nutre de raíces emocionales e irracionales de diversa naturaleza y tiene referentes locales muy precisos, por lo menos, entres diversos aspectos: i) con posterioridad se le presenta como la justificación del terror oficial y de la violencia revolucionaria y, en tal sentido, se le utiliza para identificar a un enemigo político arbitrariamente. ii)

Defensa Nacional, puede solicitar el equipo más moderno, el elemento bélico más adecuado para librar una guerra de esta naturaleza así como el adiestramiento de personal militar y civil en escuelas extranjeras de esta naturaleza". El Memorandum MLN contiene un plan pormenorizado para organizar las bandas fascistas que más tarde empezaron a aterrorizar al país.

se constituye como un rechazo a la política nacional-revolucionaria de Arbenz, en 1954 y en tal sentido moviliza la defensa del status quo. iii) finalmente, en más de algún momento, el anticomunismo tiene un contenido clerical, de defensa de la fe católica y de la Iglesia y por tal motivo, reproduce el estereotipo del "anticristo" que en Guatemala han tenido sucesivamente los masones, los protestantes y los marxistas. Es en esencia una subversión valorativa que al ser manipulada ideológicamente quiebra las auto-identificaciones de clase en extensos sectores sociales, explotados y dominados por la burguesía. Por lo tanto, podría ser considerado como un fenómeno socio-sicológico que tiene por base, menos el resentimiento que el prejuicio, y que se traduce en una pérdida de las posibilidades de apareamiento de una conciencia de clase y de desarrollar el conflicto en base a la identificación de los propios intereses.

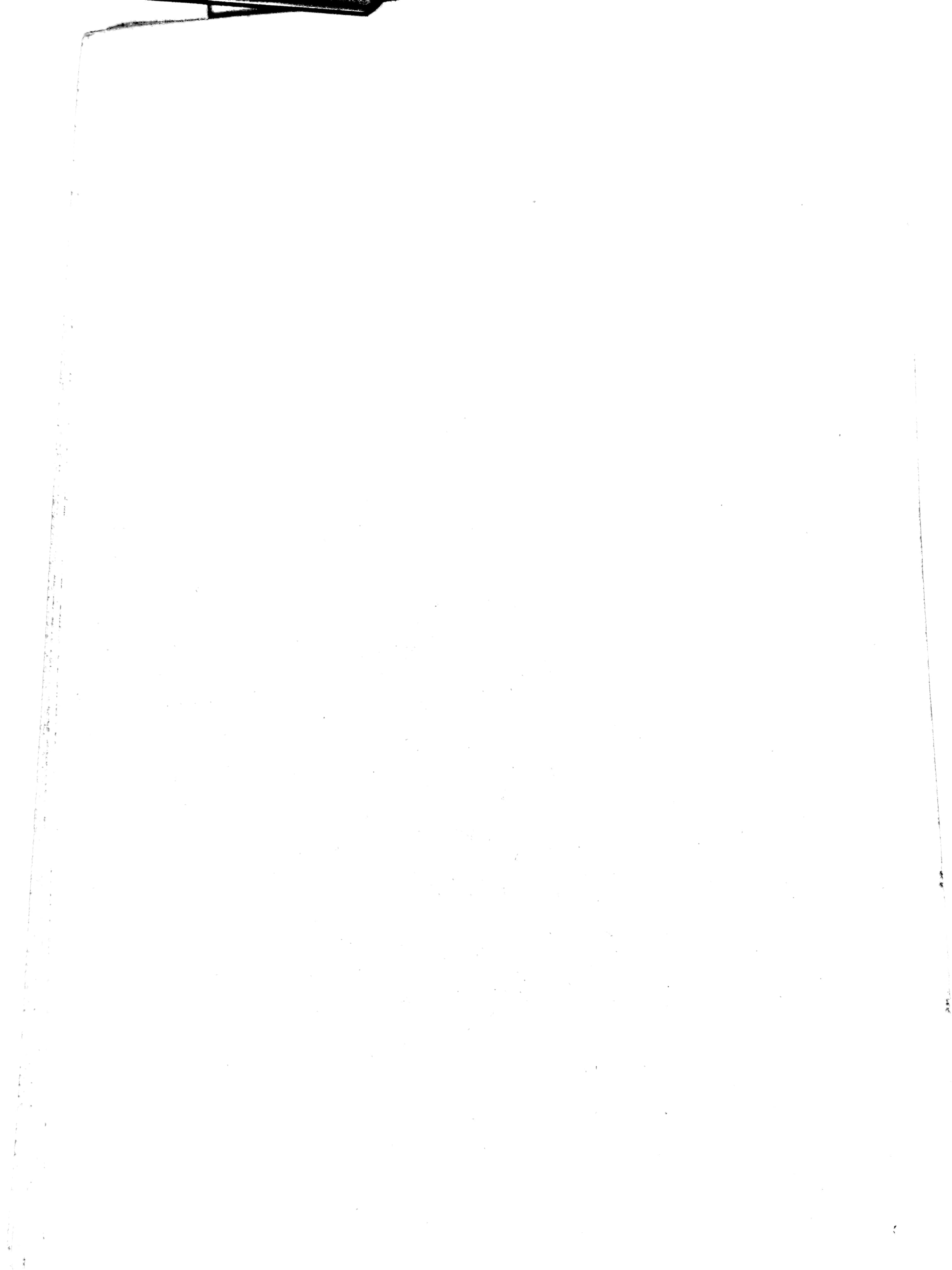
La lucha política y la crisis del sistema han tenido en la década del sesenta rasgos que se han presentado sumariamente a lo largo de este análisis; nuevas formas de enfrentamiento vendrán en el futuro y las experiencias precedentes habrán de constituir la garantía del éxito final en la lucha por la liberación nacional. Algunos síntomas parecen definirse ya en América Latina, aunque en Guatemala aún no surgen nuevos elementos de cambio. La cuestión última que se deja planteada es el problema de si en esta etapa de la coyuntura internacional es posible el éxito del movimiento armado en un solo país. En Guatemala ha habido condiciones internas favorables para su desarrollo, pero la situación internacional, especialmente la de América Latina se ha mostrado paulatinamente adversa. ¿Las condiciones nacionales para la victoria de la revolución corresponden a situaciones internacionales de debilitamiento del sistema imperialista o viceversa? ¿La revolución nacional será únicamente la revolución continental, y en tal sentido, deja de ser el Estado nacional el lugar donde se procesa el conflicto político-social? ¿No acarrea tal estrategia un debilitamiento de la lucha emancipadora frente al imperialismo, al menos, para los pequeños países del continente?

México, julio de 1969.

ALVARO LOPEZ

MOISES MOLEIRO

**LAS ENSEÑANZAS DE LA
GUERRA REVOLUCIONARIA
EN VENEZUELA**



Hasta hace un tiempo, los ojos de la América Latina y aún del mundo, estaban fijos en el movimiento popular venezolano. Día tras día, las páginas de la prensa reseñan encuentros entre los guerrilleros urbanos y la policía Betancourista, daban cuenta de acciones audaces, testimonio de victoria tras victoria en las elecciones estudiantiles y aun en algunos sindicatos obreros cuyo peso específico era notable. Como para remachar esta cadena de trofeos, de síntomas de fuerza y vitalidad, se conocía la existencia de diversos frentes guerrilleros y esto era prueba no sólo de la ineficacia tradicional del ejército opresor para hacer frente a la guerra del pueblo, sino también pasaporte seguro hacia el triunfo definitivo: por más que la represión lograra destruir los reductos revolucionarios en las ciudades, allí, en las montañas se avanzaba a paso lento pero seguro en la

construcción de la vanguardia en armas, del dispositivo para obtener el poder. Era como convivir con el futuro y sentirlo coexistiendo con los sobresaltos y angustias del presente.

Hoy los revolucionarios venezolanos aparecemos divididos. Un debate interminable erizado de acusaciones mudas: revisionistas, anarco-aventureros, putchistas, debrayistas, etc. (nunca como ahora esta palabra ha tenido mayor vigencia). ¿Qué ocurrió? A primera vista parece haber ocurrido una catástrofe que impulsa a unos y a otros a lanzarse adjetivos para encubrir el amargo sabor de la derrota, de los contratiempos y dificultades. Pero no es sólo esto. La dispersión y división actuales de los revolucionarios —y eso no debe olvidarlo el Partido— son la apariencia de un proceso más hondo y complejo. Se discute a veces con calor y furia, porque las recetas aplicadas no han servido, las fórmulas se revelaron incompetentes. La discusión es una búsqueda de causas y al mismo tiempo un esfuerzo para dar con lineamientos teóricos eficaces a fin de avanzar, recuperando el terreno perdido. Se entrecruzan tácticas contrapuestas, modelos diferentes, ejemplos tomados de una y otra revolución. Esto es signo de vitalidad. De una vitalidad volcada, quizás con exceso en la controversia: pero vitalidad al fin. Si las actuales divisiones y disputas se conducen hacia la búsqueda de una concepción correcta, lograremos una nueva forma de unidad superior a la del pasado y esta desagradable etapa habrá servido para dotarnos de un elemento indispensable para el triunfo. Por supuesto, calificar de apariencia al fenómeno descrito, no le resta nada en cuanto a su aspereza, a su fuerza incómoda. Aún cuando sólo sea porque la esencia —como buena esencia al fin— se mantiene oculta tras las nubes de divisiones y desacuerdos aparentes.

No está de más insistir en que las rupturas y diferencias no obedecen en lo fundamental ni al peso de ambiciones de personas o grupos ni a esas vaguedades pseudo-sociológicas que presentan a los venezolanos como “ingobernables y anárquicos”. Obedecen al peso de una derrota transitoria (el sistema no se ha debilitado en lo esencial), de una profunda puesta en discusión de la vía correcta (lucha armada,

de masas, guerrillas, etc.), y del intento por encontrar un medio propicio para que el pueblo venezolano sienta y haga suyo este combate, participando en él (relación entre la vanguardia y las masas).

En todo caso, aún discutiendo furiosamente entre sí, los revolucionarios venezolanos están en mejor situación que quienes se mantienen engañados y satisfechos dirigiendo las posibilidades de una inexistente vía pacífica hacia el poder. Quienes de este modo mienten y se mienten no confrontan una controversia en torno al modo de tomar el poder por lo mismo que el camino por ellos escogido no conduce a él. La crisis que sacude a los revolucionarios, en cambio, nos dice de la presencia de un objetivo (el poder) así como de las dificultades para acordarse en torno al modo de lograrlo.

De un lado se vive, entonces, en una ilusión con toda la tranquilidad suicida que comportan las ilusiones al sepultar toda posible lucidez. Del otro se debate incesantemente acerca de los medios y maneras de alcanzar una meta entrevista, de los errores cometidos en su persecución, de las inevitables correcciones de rumbo, en medio de un camino áspero y difícil.

Creemos en la necesidad de la discusión ideológica y confiamos en los resultados finales esclarecedores de la misma. Debe habituarse nuestro Partido a mirar más allá de los elementos negativos que la configuran, como son el uso y abuso de los calificativos. Esto no es sino la muestra de que en la complejidad del problema planteado se basa el poder teórico y el nivel político actual del movimiento en su conjunto. Se recurre al adjetivo cuando se carece de instrumentos de análisis capaces de orientar los criterios hacia una concepción global. Cuando las palabras ocultan los argumentos hay un aspecto de los problemas que no se ha comprendido. En esta como en otras materias la culpa principal recae sobre la dirigencia del PCV, quién educó en tal práctica de corte staliniano a muchos de sus miembros hoy en otras organizaciones y continúa utilizándola en cada nueva diferencia entre su línea y la de los revolucionarios.

Comencemos, a fin de opinar en el debate y determinar los límites del mismo, por un análisis de las bases o supuestos de la lucha armada en Venezuela. Con ello veremos

si tiene fundamento en la teoría revolucionaria y en la propia situación concreta del país. Nada mejor para eso que tomar los argumentos de quienes la impugnan bien sea directa o tangencialmente.

¿Cuál es la vía?

Hay, como hemos dicho, quienes hablan de la "vía pacífica". La vía pacífica ha sido trazada por varios Partidos Comunistas de Europa Occidental y recibió el "visto bueno" teórico después del XX Congreso del PCUS. Desde ese entonces, los Manuales de la Academia de Ciencias nos obsesionan con una detallada explicación acerca de las posibilidades de capturar el poder en los países capitalistas avanzados, a través del control mayoritario del parlamento. Este control del parlamento ha de combinarse con la "lucha de masas extraparlamentaria" a fin de posibilitar el tránsito. Todo luce bien. El único problema está en que el verdadero núcleo del poder del Estado opresor, el centro de la dominación de clase, no se halla en el parlamento. Ya Marx, Engels, Lenin, habrán visto tal cosa, recordada hoy con insistencia por el Partido Comunista chino y otros revolucionarios. Es el aparato militar-burocrático de las clases dominantes quien ejerce el control: los Estados mayores tanto de Ejércitos, y policías, como de las corporaciones financieras. Ellos son quienes administran para sí y para sus representados el poder. Si bien Lenin creyó conveniente utilizar el parlamento como una tribuna propicia para hacer ver la falsía de la democracia capitalista, no padeció jamás el delirio —Lenin no era iluso— de creer que a través de una acción parlamentaria pudiese conquistar el poder nadie. Hubo, sí, un político socialdemócrata contemporáneo de Lenin que soñó con ese tránsito: Karl Kautsky. Su argumentación es casi idéntica a la de los Manuales que nos referimos.

La vía pacífica y parlamentaria conlleva además otro elemento que conspira contra la toma del poder por los revolucionarios. Es el de que estos se instalan en el sistema, utilizando sus mecanismos —el voto sobre todo— recibiendo cada día de muchas maneras la influencia de la rutina y de la misma vida estructuradas *en contra* de un cambio sustancial. El Partido se hace entonces parte del orden de cosas. Su lado crítico, su aspecto opositor; pero todo ello dentro

del sistema ya establecido y estructurado. Si se produce un sacudimiento brusco, algo que propenda a modificarlo todo (dentro de ese todo los planes electorales y parlamentarios del Partido), éste reaccionará amargamente contra ese algo y tratará de no tomarlo en cuenta primero y aplastarlo después bajo una catapulta de citas de los clásicos del marxismo —citas seleccionadas para el caso, se entiende— y de unas cuantas invocaciones doctrinales a la clase obrera. El poder aparece como un objetivo remoto, lejanísimo, y entretanto el Partido está furiosamente dedicado a luchar por mejoras y a obtener más votantes. Sumergido en el orden, en el movimiento espontáneo de las cosas, le molesta cualquier alteración brusca que les “desordene” y descomponga el cuadro construído. Manipula consignas equívocas a fin de atraer votantes irresolutos como es el caso de la palabra “democracia” y el Partido Comunista Francés. Su uso exasperante olvidando su correlato clasista lleva a pensar si no aman la democracia burguesa más que los propios beneficiarios de ella.

Pero si la vía pacífica es dudosa en los países capitalistas que gozan de las ventajas y limitaciones de la democracia burguesa, se convierte en algo risible en los países latinoamericanos. La democracia entre nosotros es una caricatura deforme que convive con los métodos represivo-dictatoriales más desafortunados, un engendro sui géneris que no nace ni siquiera como la creación histórica de las burguesías vernáculas sino como fórmulas para confundir el pueblo y garantizar la entrega revistiéndola de un barniz de legalidad. En Venezuela, por ejemplo, la democracia convive con campos de concentración, con ciudadanos “desaparecidos”, por los cuerpos policiales, con un control absoluto de los medios informativos por las grandes empresas y con medidas económico-sociales cuyo contenido entreguista y calidad dependiente son notables. Ver nuestra democracia como regímenes de libertades aún no perfeccionadas es sustituir lo concreto, lo real, por una abstracción vacía e inexistente. No hay margen a ninguna “etapa democrático-burguesa” en medio de un orden político mantenido contra el pueblo asaz, beligerante y represivo y que excluye por principio toda po-

sibilidad de cuestionarlo, ponerlo en tela de juicio y muchas veces hasta la de criticar simplemente las ejecutorias de las clases dominantes. No olvidemos que nuestro Partido nació creyendo en las posibilidades del juego democrático (“somos la alternativa constitucional frente a Betancourt”) y las consecuencias represivas y policiales de esa ilusión si hay algún movimiento revolucionario en el mundo que pueda alegar haber sido empujado a la violencia por los gobernantes de turno, somos nosotros. Tales hechos represivos revelaron la verdadera esencia del régimen y su disposición a violar alegremente su propia legalidad cuando lo juzga necesario.

Hay quienes no plantean abiertamente la “vía pacífica”. Explican: “recurriremos a la violencia si el enemigo nos obliga”. Se mantienen entonces entre los marcos del sistema, colgando de la amenaza por ellos mismos formulada. Prescindamos del carácter sumamente elástico de tal “obligación”. Partamos de que tal amenaza es pronunciada con el ánimo sincero de adoptar formas de lucha violentas en cuanto el enemigo, violando su propia legalidad, recurra al atropello descarado. ¿A qué se reduce la amenaza tantas veces oída, la resolución adoptada en múltiples congresos y conferencias partidistas? Si se intenta seriamente, con sinceridad pasar a la violencia de un día para otro, de un momento en el cual el enemigo aún respetaba ciertos límites y no incurría en atropellos por encima de lo “normal” a otro signado por la represión brutal, si se intenta, repetimos, a los revolucionarios los espera una derrota de proporciones globales, ¿por qué? Porque la violencia popular ha de organizarse y debe ser cuidadosamente preparada y ello sólo es posible cuando se desarrolla como tal a través de una práctica persistente. Práctica cuyos resultados, alternativas concretas y situaciones específicas deben los revolucionarios analizar día a día a fin de poder extraer de todo ello enseñanzas con un cierto grado de generalidad y validez para el movimiento en su conjunto y con un mínimo de eficacia para prever los próximos pasos. Lo contrario es pretender una respuesta eficaz decretando una violencia indeterminada en cuanto a medios y formas de cumplimiento.

to atropellado. Con ella pretenderá derrotarse a ejércitos y policías perfectamente instruídos, con abundante poder de fuego e incontables reservas logísticas y humanas. Organizamos entrenados que ya tienen prevista su conducta en un trance como el que aquí analizamos. Si la violencia del pueblo no se organiza en un proceso largo y paciente que incluye como una de sus notas la práctica concreta de esa misma violencia, será un estallido espontáneo e inorgánico, una directiva partidista sin los mecanismos indispensables para poderse cumplir. Los revolucionarios enfrentados a una ilegalización, “fomentarán disturbios” (como dicen las agencias noticiosas), y después de controlarlos el régimen se consolida ganando fuerza y autoridad.

Este enunciado candoroso tiene un agravante: la iniciativa queda no en manos de la gente revolucionaria sino del enemigo. Es este, quien en un momento determinado decide aumentar desmesuradamente las formas de violencia propias para contener el movimiento popular. Los Partidos embarcados en una vía pacífica o simplemente con el grueso de sus medios y efectivos dedicados a la lucha legal, no están preparados, no son aptos, para desencadenar una respuesta triunfante por no saber manejar —y no haber manejado— múltiples aspectos prácticos que son quienes determinan la eficacia de la violencia popular. Quedan entonces limitados a un choque decimonónico entre una muchedumbre desarmada y soldados con armamentos contemporáneo y ello en el mejor de los casos, en el supuesto de que su llamamiento sea obedecido. Este absurdo nace de confundir dos niveles de razonamiento: se identifica un principio político general (la violencia de los explotados nace como respuesta a la de los explotadores) con una directiva concreta (por ahora hacemos lucha legal pero si el enemigo nos obliga pasaremos a la violencia). No es por ello extraño que muchos Partidos que tienen la amenaza de marras inscrita en su estandartes son “obligados” y ni quieren ni pueden responder.

Hay otros que se refugian en las condiciones. Lenin señaló que se puede tomar el poder cuando concurren condiciones objetivas y subjetivas, dicen. Es cierto: lo señaló.

Para lanzarse al asalto del poder deben concurrir esas condiciones.⁽¹⁾ La unión de las condiciones objetivas (que figuran la situación revolucionaria) con las condiciones o factores subjetivos (papel de la vanguardia) hace posible la captura del poder. Pero esas condiciones tan citadas son necesarias para eso: para tomar el poder. No para comenzar a luchar con las armas en la mano. Lo que en época de Lenin constituía un solo y mismo acto se ha desdoblado en dos actos vinculados entre sí por una relación causal pero separados en el tiempo. Me explico: Cuando Lenin trató estos temas sólo se conocía una forma de tomar el poder: la insurrección. Al tomar las armas los obreros se estaban lanzando al asalto del orden establecido. Pero ocurre que nuevas experiencias desarticulan tal esquema. El pueblo puede tomar las armas y tras largos años de combates y sacrificios, victorias y derrotas, aniquila el ejército opresor y captura el poder. Es lo que ocurrió en China, Cuba, Viet-Nam del Norte, Argelia. Si Mao Tse-Tung hubiese esperado el cumplimiento de las condiciones señaladas por Lenin para empuñar las armas, no hay revolución en China. Las empuñó en la década del 20 y ese hecho impulsó las posibilidades de condiciones objetivas y subjetivas contribuyendo decisivamente a crearlas. Una vez creadas lanzóse al asalto del poder con el ejército construido en años de lucha y experiencias. Las clases dominantes para ese momento tenían erosionadas sus posibilidades de maniobra y su propia fuerza política y militar por la acción del ejército del pueblo durante más de 20 años.

Meter a la fuerza las condiciones de Lenin para decidir cuando se empuñan las armas es absurdo. Participa de la idea de que tomar las armas es lanzarse al asalto del poder instantáneamente. En el fondo es el viejo maridaje entre

(1) "Sólo cuando las "capas bajas" no quieren lo viejo y las "capas altas" no pueden sostenerlo al modo antiguo, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otros términos esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a los explotados y a los explotadores)". "—La enfermedad infantil del Izquierdismo en el Comunismo", V. I. Lenin. Obras Escogidas. T. II - 778-9.

posturas oportunistas y dogmáticas y la reverencia a los textos por los textos mismos. Sobre la guerra de guerrillas como forma de lucha las opiniones de Lenin resultan extemporáneas por la sencilla razón de que su uso como medio de combate de una vanguardia marxista es un hecho histórico posterior a la muerte de Lenin. Nace con Mao Tse-tung. Siempre hubo guerra de guerrillas; pero el desarrollo de las mismas como instrumento idóneo para capturar el poder político entra a la práctica y a la teoría marxista con la Revolución China.

Lenin no conoció la lucha guerrillera sino en tanto que en forma auxiliar (y por cierto la justificó calurosamente), nacida más o menos de modo espontáneo a raíz de la represión zarista en 1905.

Hay otros que aceptan en principio la violencia: se debe trabajar para promover una insurrección victoriosa. A este respecto es aún más importante no caer en espejismos históricos, no ver a la realidad a través de esquemas heredados que sintetizan otra realidad diferente sin expresarla del todo. Un ejército más o menos tecnificado, inferior por ejemplo al de las clases dominantes en Venezuela, es invencible en una insurrección urbana, salvo que la presencia de factores coyunturales lo conduzcan a una descomposición casi absoluta (Rusia 1917). Hay otro ingrediente: la experiencia de Santo Domingo es ilustrativa a este respecto. El ejército regular se dividió en patriotas y partidarios del dominio imperialista. Los patriotas de uniforme, sumados al pueblo, constituían la fuerza dominante en la confrontación y llevaban las de ganar. Se produce entonces la intervención de los infantes de marina que restablecen la correlación de fuerzas anterior y el pueblo es derrotado. La insurrección no conduce a la victoria sino cuando resulta producto del aniquilamiento y derrota del ejército opresor por otro que ha ido constituyéndose a través de los combates, al calor de las masas y motorizado por una vanguardia. Así como pudieron tronchar el desarrollo de la lucha revolucionaria dominicana, los yanquis no han podido contener al pueblo vietnamita pese a utilizar recursos cientos de veces mayores.

En la insurrección concebida como una coyuntura pro-

picia donde el pueblo tome las armas y una parte del aparato militar represivo se le suma, se juega el destino del proceso a una carta y una carta desventajosa tanto por el poder de fuego de los ejércitos contemporáneos como por el papel gendarmérico de los infantes de marina de USA, destinados a restablecer la correlación de fuerzas favorable al statu quo.

En beneficio de los defensores de dicha idea insurreccional no abundaremos en otro argumento: es imposible estar presto para una insurrección y saber adelantarla si durante años la tarea central de los militantes del Partido es de índole pacífica y legal, si no tienen esta idea como centro de sus preocupaciones y si la misma vida, el movimiento espontáneo de las cosas tiende a integrarlos al sistema. Siempre hallarán razones para aplazarla. El caso de la lucha guerrillera es distinto. El guerrillero combate cuando lo desea, escoge las confrontaciones favorables y rehuye las desfavorables. Su sola presencia entre los campesinos constituye un desafío al poder opresor y éste no tiene otra salida que intentar aniquilarlo. Después de muchos obstáculos, de centenares de incursiones improductivas del enemigo, la guerrilla deja de ser una pequeña partida para convertirse en un ejército del pueblo.

Si no admitimos la vía pacífica tendremos que convenir en que la única forma de lucha armada en la cual el movimiento popular gesta su propio instrumento de combate, su estructura de poder cuya meta es derrotar el ejército enemigo, es la lucha guerrillera. Quizás esta derrota se produzca después de un largo tiempo y no sin pasar por sufrimientos y privaciones, pero a través de una "insurrección" más o menos impracticable —como a través de la vía pacífica— no lo derrotará jamás.

Puede producirse entonces una insurrección en las ciudades a resultar de la constante confrontación entre el ejército del pueblo y el de las clases dominantes y como fruto del desgaste de este último; pero sobre la base de la descomposición militar y política del instrumento armado de los opresores. Posiblemente intervengan los infantes de marina (de hecho ya los cuerpos de cazadores tienen asesoría yanqui, como se sabe). Pero lo seguro es una cosa:

ni aun así logra derrotarse la revolución cuando ésta ha pasado por el largo camino de crear su propio instrumento armado e irlo expandiendo y consolidando a través del trabajo político en el seno de las masas y de la irreemplazable práctica del combate contra el enemigo. Hay aún otros aspectos que aconsejan la lucha guerrillera: si el Partido revolucionario no se resigna a someterse al sistema aun habiendo escogido la vía de no fomentar guerrillas, será un invitado de piedra en él. Oscilando entre la prohibición de sus actividades por parte del poder constituido y la tolerancia ocasional respecto a las mismas. Tenemos entonces el caso de un Partido dedicando esfuerzos y energías —hasta el caso corriendo riesgos— para mantener un periódico de circulación escasa —donde se refleja un punto de vista crítico y hasta revolucionario— en competencia con la gran prensa, la radio, la T.V., los mecanismos sutiles de propaganda y coacción con que cuenta el statu quo.⁽¹⁾

Este convidado de piedra que se sobrevive en el sistema sin poder utilizar ningún medio realmente eficaz para desenmascararlo, comienza a “cuidar” la legalidad precaria de la cual disfruta, a reservarse y convertir la sobrevivencia en un mérito, a recomendar prudencia y calma, a descubrir posibilidades de un golpe reaccionario que “barrera con todo” si las masas protestan y escandalizan.

Las razones que aconsejan la lucha armada guerrillera son, entonces, tanto militares como políticas y es la guerrilla el único medio efectivo para derrotar al enemigo a largo plazo destruyendo la esencia de su poder, el núcleo del Estado opresor: su aparato militar-burocrático y den-

(1) Otro caso de apego dogmático a fórmulas: Lenin habló del periódico como organizador del Partido. Desde la época en que fue hecha esa afirmación hasta hoy, se han multiplicado los medios informativos y de comunicación de masas. Todos estos nuevos medios están en manos de las clases dominantes (TV, cine, radio, etc.) y hacen casi inefectivo el clásico diario partidista con eternos problemas financieros y de circulación. No proponemos que no se edite un periódico, por supuesto, pero es necesario meditar en su papel hoy —en 1970— y no en 1905. Igual ocurre con muchas formas tradicionales del debate político y ello vuelve a demostrar que el mundo cambia y con él deben cambiar nuestros modos de combatir.

tro de él la parte más eficiente y organizada, la de mayor disciplina y peso específico, el ejército regular.

Pero hay más. A medida que se desarrollan las guerrillas conforman a los ojos de las masas una alternativa distinta, opuesta frontalmente a un sistema donde los diversos Partidos y grupos pactan y se atacan, se unen y se separan desgastándose ellos y desgastando las esperanzas ilusorias de sus seguidores. Es inevitable que en épocas pre-electorales hagan promesas fabulosas e imposibles de cumplir; tan inevitable como la posterior traición a las mismas pues las cosas en Venezuela se plantean de modo tal que ni siquiera reformas de un nacionalismo tímido pueden acometerse sin tropezar con la tarea de transformar toda la estructura económica dependiente y deformada. Todo ese proceso en el cual se carcomen los Partidos y las ilusiones se agotan, es simultáneamente el de fortalecimiento y consolidación de la guerrilla. El resultado, entonces no puede ser sino uno.

Aparte de las razones anteriores se esgrime contra la lucha armada guerrillera el argumento de la población. En Venezuela el grueso de la población está en las ciudades y eso ha llevado a determinados dirigentes del P.C.V. a decretar la no vigencia de la lucha guerrillera.⁽¹⁾ Es cierto que la distribución de los pobladores influye, y mucho, en las formas de lucha de los revolucionarios y en el papel asignado bien a las ciudades o al campo; pero de allí a imaginar que la acción fundamental ha de emprenderse donde haya más habitantes media un abismo. Si la guerrilla logra desarrollarse, consolidando su influencia, determina toda la vida política del país. Los sostenedores de esta tesis deben comenzar por demostrar la imposibilidad del desarrollo guerrillero y no refugirse en la densidad poblacional de las ciudades para encubrir sus deseos de

(1) Uno de ellos, Guillermo García Ponce, llega más lejos aun y elimina al campesinado como una de las clases fundamentales del combate nacional liberador al mismo tiempo que admite a la burguesía "nacional" como integrante del frente antimperialista del pueblo venezolano. Es decir, la tesis de los mencheviques rusos, históricamente derrotada por el hecho de la revolución de Octubre con más de 60 años de atraso.

“vía pacífica”. Las razones en pro de la lucha armada guerrillera son políticas y militares —como hemos visto— y no se anulan por el hecho de la superpoblación urbana y la relativa despoblación rural. En el campo venezolano puede sobrevivir, crecer y desarrollarse un movimiento guerrillero aun con la escasa población residente en él y esto es lo importante. Es una especie de regazo electoral indigerido el de acomodar las formas de lucha en función de la cantidad de habitantes (votos).

Claro está, esa distribución poblacional, así como otros factores que analizaremos, imponen al movimiento revolucionario venezolano determinadas modalidades tácticas y le obligan a intentar acometer imprescindibles tareas. Pero se trata de dilucidar primero la forma de llegar al poder, la que permite no ser ni derrotado ni absorbido por el sistema y, posteriormente, tomando en cuenta las peculiaridades de lo concreto, los rasgos específicos de Venezuela y la lucha en ella, desarrollarla con un máximo de lucidez y eficacia de modo tal que se gane a todo el pueblo para el combate.

No de asirse a las peculiaridades para negar la posibilidad de una forma de lucha determinada —en este caso garantía de victoria— y luego guardar un silencio “hábil” sobre los objetivos de fondo que conduce a la ilusión pacifista o a trasladar toda la problemática del poder para un determinado día en el cual se llamará a la insurrección, dedicándose entretanto a desarrollar una política que en la práctica conduce a negarla.

¿Y cómo ha de adelantarse la lucha?

Este es el problema central. Para resolverlo acertadamente deben los revolucionarios venezolanos extraer enseñanzas de su propia experiencia de 8 años de vida —y consolidación parcial— de la lucha armada en nuestro país.

A grosso modo, la lucha en Venezuela ha pasado por tres etapas con una neta diferenciación entre ellas:

1) El desgajamiento de lo que luego fue nuestro Partido del Tronco de AD. y el ejemplo de la Revolución Cubana llevan al Partido Comunista a desechar la tesis del “viraje”, según la cual mediante la presión de masas podría lograrse un cambio en la política de Betancourt sin alterar el orden

constitucional. Desechado el viraje Mir y P.C.V. marchan unidos y la oposición de las masas contra la política entreguista del gobierno se acentúa. La represión no se hace esperar y como respuesta nace la lucha armada. Sus primeras formas organizativas se dan después que el gobierno allana varias veces los institutos de Educación Media y las Universidades, ametralla los barrios populares usando para ello el ejército regular, clausura órganos de prensa, tortura, asalta sindicatos, asesina. La lucha en esta etapa es centrada en la toma del poder a corto plazo y adquiere ribetes putchistas. Si bien se atiende a la estructuración de núcleos guerrilleros eso no es lo esencial. Lo esencial viene dado por las conspiraciones militares y para provocarlas, al mismo tiempo que para chantajear al gobierno y obtener ventajas políticas, la lucha urbana adquiere proporciones increíbles. Los guerrilleros urbanos realizan proeza tras proeza. Es en esas condiciones que Betancourt resuelve detener los parlamentarios de izquierda e ilegalizar tanto al Mir como al P.C.V. El movimiento popular venezolano llama a la abstención electoral y ésta no se produce o se produce muy escasamente. Es entonces cuando algunos dirigentes del P.C.V. opuestos a la lucha armada y otros partidarios de ella hasta el momento de ser encarcelados, comienzan a enunciar una línea política nueva: la "táctica de paz democrática". La táctica de Paz Democrática tiene distintas y opuestas interpretaciones por parte de sus sostenedores; pero predomina una según la cual no constituye un modo de abandonar la lucha armada sino un medio hábil para proseguirla.

El Mir rompe su unidad interna y Domingo Alberto Rangel y otros abandonan el Partido. Dicen franca y abiertamente lo que los dirigentes del P.C. ocultan con la paz democrática y encubren con citas de los clásicos del marxismo: es necesario abandonar la lucha armada. El Mir denuncia la política de "Paz Democrática" y se opone tercaamente a ella. Insiste en que conduce al abandono de la lucha armada pero los dirigentes del P.C. rechazan como "calumniosa" tal afirmación.

Es entonces cuando algunos de ellos —significativamente García Ponce, Jesús Faría y Eduardo Machado, es decir el

ala derecha— eligen atacar la lucha armada a través del Mir. ¿Cómo? Exacerbando el narcisismo partidista mediante el planteamiento del problema de “la hegemonía” y otros similares. Como no se atreven a enfilear sus ataques contra una actividad en la cual embarcaron al grueso de su partido y que saben prestigiosa en él, plantean las cosas como si denunciar la “paz democrática” fuese una conspiración contra el Partido Comunista. Dado el sectarismo, el espíritu de secta “representante” de los intereses de la clase obrera hagan lo que hagan, el que años de sobrevivencia sin proponerse la toma del poder introducen como medio de sentir y vivir el Partido, muchos caen en la trampa.

2) Se produce la escisión interna en el P.C.V. y éste paulatinamente abandona la lucha armada convirtiendo la “paz democrática” de un medio astuto para continuar en guerra en un repliegue en toda la línea. Farías impertérrito declara que el P.C. tuvo razón tanto al emprender la lucha armada como al abandonarla por ser el Partido de la clase obrera. Entre los revolucionarios la reacción contra esto es un tanto primitiva y crece un sectarismo atroz. Como el P.C. abandonó la lucha invocando la táctica y la lucha de masas estos conceptos se hacen sospechosos. Se desdeña la política y no se presta suficiente atención a lo inmediato, a lo cotidiano por vivir apegados a los principios generales. Los revolucionarios —o muchos de ellos— hacen suyas las tesis de Régis Debray y las caricaturizan convirtiéndolas en una negación de toda actividad distinta a la lucha guerrillera. Algunos niegan la necesidad de un Partido Revolucionario y el voluntarismo se expande. Es la época de “bastan doce hombres resueltos” y de la simplificación esquemática; de intentar repetir la Revolución Cubana ignorando las peculiaridades concretas de Venezuela. No se hace un balance de la lucha armada y los intentos por desarrollarla se limitan a insistir en las fórmulas aprendidas, a veces con heroísmo. A esta terquedad obedece el que las guerrillas sobrevivan pero también se debe su escaso desarrollo. Entre la vanguardia y las masas se abre un foso y hasta ahora se mantiene.

3) Los militantes intuyen que las cosas no marchan bien

y se suceden las rupturas entre unos y otros. Es el período de discusiones y debates del cual hablamos en la Introducción. Rendirá frutos si se atiende a las experiencias habidas; y se produce una generalización acertada de las mismas; si se presta seria atención al problema de los vínculos de la vanguardia con las masas y a la táctica como medio de reavivar y revestir de carne y de sangre los principios estratégicos. Aquí vale la pena volver a un planteamiento hecho por nosotros desde poco más o menos algún tiempo y sugerido en este informe. Nos referimos a los *rasgos específicos* de cada revolución como forma de darse y existir en una coyuntura histórica concreta, que es la única manera conocida hasta hoy de existencia de las Revoluciones.

Cuando los bolcheviques tomaron el poder tras largos años de lucha, pensaban fundamentalmente en la Revolución Mundial. El derrocamiento de Kerensky sería el prólogo de hechos aún más profundos y de mayor contenido. Toda Europa —“los países capitalistas avanzados”— debía sucumbir a la ola revolucionaria. Guiados por esa certeza, dedicáronse a preparar en la medida de sus recursos un acontecimiento de tal magnitud, y hubo decisiones políticas concretas tomadas en vista a él. No ocurrió, sin embargo. Las revoluciones fueron derrotadas en los países en los cuales estallaron y sólo 32 años después, en un país atrasado como China, se reinició la socialización del planeta. ¿Causas de este atraso? La política de la Internacional después de la muerte de Lenin fue torpe, tímida a veces, y aventurera en otras. El centro, el eje de todo en torno al cual giraba esa política no era la revolución mundial sino el conservar y consolidar al Estado Soviético. El “chauvinismo de gran potencia” de los dirigentes del PCUS, señalado por muchos de sus críticos actuales, no es nuevo ni nació en el XX Congreso. Es bastante entrado en años: sobrepasa la treintena. Recuérdese solamente, para no abundar, el Consejo de Stalin a los revolucionarios chinos después de los acuerdos de Yalta (1945). De haberle hecho caso, no habrían tomado el poder los comunistas. Pues bien, estos consejos, repiten otros, dados en una fecha tan lejana como 1927 y causa entonces de una agria discusión entre Stalin y Bujarin —autores de la “línea”— y sus opositores en el

seno del Partido Soviético. El mismo corte conservador, el mismo sobreponer la necesidad de paz para la construcción a cualquier otra cosa, el mismo trato irrespetuoso y señorial a los revolucionarios de otros países.⁽¹⁾

Pero aparte de esta desviación hubo otra causa: el intento de "volver a hacer" la Revolución Bolchevique: de fundar soviets donde, como en Petrogrado en 1917, se centrara la representación popular y a través de una política audaz como la seguida por Lenin, se crearon las condiciones para emprender el asalto. En una palabra, olvidando los rasgos específicos de sus respectivos países y movimientos, los revolucionarios pretendieron "repetir" el Octubre glorioso desdeñando cuanto había aprendido el enemigo. Resultado: fracasos repetidos en muchos sitios. En China ocurrió en cambio la Revolución. ¿Por qué? Allí la dirigencia, que padeció como la que más los desaciertos e imposiciones de la Internacional supo en el curso del proceso comprender las peculiaridades de la realidad en medio de la cual tocábale desenvolverse: una nación campesina; la posibilidad de crear un ejército del pueblo; de combinar la lucha internacionalista del socialismo con la lucha por el rescate de la nación china, de su libertad y dignidad. Partiendo de tales peculiaridades, de estos rasgos específicos, creció y se organizó a través de la lucha y el combate el ejército del pueblo chileno y, tras muchos años de sacrificios y heroísmos, se obtuvo el triunfo.

La vía seguida estaba tan vinculada a los rasgos específicos de la realidad china, que toda ella constituye una novedad para el marxismo. La guerra del pueblo —con todo el complejo teórico que implica— no había sido vista por nadie, por ningún dirigente bolchevique, para no hablar de otros, como un medio de capturar el poder. Stalinistas y trotskistas discutieron furiosamente en torno a China y no dieron con este medio o expediente revolucionario. Ninguno de los dos bandos tuvo razón y la dirigencia

(1) Igualmente vieja en años es la "coexistencia pacífica" como pivote de la política exterior soviética, la amplísima escala de salarios, el peso de burocracia. Los chinos no han hecho sino recordar críticas hechas hace tiempo en esta materia.

del P.C.Ch. los sobrepasó a ambos planteando las cosas en un terreno distinto y no visto por ellos.

Este es el gran mérito histórico de Mao Tse-tung tanto desde el punto de vista de la teoría como de la práctica. ¿Qué pasó? La historia tuvo una de sus "astucias", como diría Marx, y los dirigentes bolcheviques eran hombres de una gran solidez teórica aunada a una experiencia muy rica en la práctica. Venían de tomar el poder en un país cuya vida política fue sacudida por tres revoluciones en menos de 13 años, de una lucha interna prolongada y rica en todos los matices y actitudes posibles. Contaron con un genio de la talla de Lenin, mezcla de audaz clarividencia y cautela política, de vigor y decisión para el ataque y serenidad para la retirada, de intransigencia principista y flexibilidad táctica. Constituyeron, en suma, un equipo dirigente como pocas veces se ha visto. Trotsky, Stalin, Bujarin, Sverdlov, Zinoviev hubiesen sido dirigentes notables en cualquier combate político. Y sin embargo, se equivocaron al "proyectar" su toma del poder como un modelo. Sobreponerse a un triunfo les fue más difícil que lo otro, lo hecho varias veces en el curso de su evolución: sobreponerse a una derrota.

Pareciera que reivindicando la superioridad del ser sobre el pensamiento, la primacía de la materia sobre la conciencia, la historia les hubiese impedido poder volver a mirar con claridad y distinción nuevos dilemas semejantes al por ellos vivido y visto con penetración inteligente y precisa lucidez. Semejantes pero no idénticos, con rasgos parecidos pero también diversos, con hechos "iguales" pero mezclados a otros, novedosos.

El problema de los rasgos específicos de la formación económico-social de que se trate y, por ende, de las contradicciones nacidas en ella, es pues, el problema decisivo. Jamás contradicción alguna se da en abstracto y siempre nace vinculada a las condiciones concretas que la rodean.

Cada revolución al mismo tiempo que ratifica leyes generales, las cambia. Ofrece una confirmación de algunos pronósticos y una sorpresa en cuanto a otros: no se repiten jamás y el modo más improbable de lograr el triunfo en un proceso es repitiendo la conducta de los revolucionarios,

sin variantes, en otro proceso diferente. Ya Lenin recordaba que el alma del marxismo es el análisis concreto de una situación concreta. La ley más importante de la revolución vendría a ser entonces esa: su especificidad en cuanto a las formas, entendiendo el término en su sentido más amplio.

Así ocurrió también con el proceso cubano. No sólo echó por tierra la cómoda teoría de las etapas y la prédica de conquistar primero la democracia burguesa, no sólo llamó la atención bruscamente sobre la necesidad de tomar las armas y, por último, no se agotan sus enseñanzas con el súbito derrumbe de esquemas esclerosados. Si la "sorpresa" cubana hubiese consistido solamente en hacer la Revolución en contra de los pronósticos del P.S.P. y haberla mantenido como tal pese al intento de una parte del mismo por burocratizarla, no habría pasado de constituir un restablecimiento de la verdad revolucionaria por encima de los manuales entorpecedores y de una política sectaria y oportunista al mismo tiempo. Tuvo de eso y mucho, claro está. Ya ningún revolucionario puede mirar el poder político como una remota recompensa ofrecida a los fieles cumplidores de distintas y extensas etapas iniciáticas para arribar tras muchos años a la consagración, sino como un objetivo real y concreto al cual hay que perseguir. Pero además la Revolución Cubana planteó el desarrollo de la guerra del pueblo en condiciones distintas a la Revolución China. Un foco guerrillero que se extiende y consolida a través de sus victorias militares y políticas pudo descomponer y derrotar al ejército opresor en un país donde el campesinado no era una aplastante mayoría de la población como lo fue en China. Consignas democráticas largamente anheladas, muchas veces prometidas para volver a escamotearlas, fueron el soporte político de la revolución. El carácter amplio de dichas consignas y su contenido democrático hicieron posible que el trabajo de ganar a las masas para la lucha antibatistiana no necesitara pasar por una fase de convencimiento previo. De entrada solo Batista y sus allegados junto a una capa de la burguesía cubana —importadores, dueños de centrales azucareras, especuladores y traficantes del vicio— eran partidarios de un sistema político criminal,

desembozadamente proimperialista y sin ningún recato en cuanto a la voracidad con los dineros públicos. Cualquier cubano patriota, seguidor de los ideales de Martí, podía coincidir con un marxista-leninista en la idea de salir de la dictadura. La revolución se movió dentro de un supuesto político aceptado por todos y traducido por ella en unas cuantas consignas muy amplias, resumen de viejas luchas del pueblo cubano durante casi un siglo. No tuvieron necesidad los combatientes de la sierra de adelantar un trabajo político sistemático con respecto al campesinado, como hubieron de hacerlo los guerrilleros chinos. No tuvieron necesidad los dirigentes del pueblo cubano de orientar en medio de bruscos cambios internacionales, y a través de largos años de luchas internas y ensayos no exitosos ni de enfrentar una invasión extranjera. Tuvieron, sí, que derrochar heroísmo y poseer una profunda comprensión del proceso —como ocurre en toda revolución triunfante— para, encabezados por Fidel Castro arrebatarse al imperialismo un territorio que consideraba seguro.

Fue una guerra del pueblo —como la China— pero con sus peculiaridades nacidas, tanto de la formación económico-social en la cual actuaban los revolucionarios, como de toda una serie de condiciones políticas nacionales e internacionales.

Así ocurrirá con la Revolución Venezolana y con el resto del proceso latinoamericano. Somos un inmenso país balcanizado; pero nuestra unidad e integración se darán después del triunfo y no pueden suponerse de antemano. Vale también para nosotros y es el caso que nos ocupa, el problema de precisar los rasgos específicos que asumirá el combate contra los opresores.

Esto viene a cuento por las apreciaciones que un revolucionario —Régis Debray— ha hecho en torno a la revolución cubana y sus implicaciones en el continente. Una vez más sobreponerse a un triunfo —en este caso estudiado de cerca— ha devenido en una faena más dura, que sobreponerse a la derrota. Los mecanismos puestos en práctica para obtenerlo hacen de fijaciones y dificultan la posible apreciación de lo concreto. Los síntomas de la diversidad pasan inadvertidos así como se archiva el hecho de que ya

hubo revolución cubana y ella es un hito irreversible a partir del cual —es decir, asimilándolo en sus enseñanzas— actúa el enemigo y debemos actuar los revolucionarios.

Nos adelantamos a señalar que las tesis de Régis Debray han sido muy atacadas y no siempre con buena intención. Hay incluso un estilo y método de crítica a sus afirmaciones radicalmente opuestos a cuanto pretendemos decir sobre el tema. Algunos partidos comunistas latinoamericanos, en efecto, aprovechan por demás las debilidades del ensayo “¿Revolución en la Revolución?” para justificar su política, ignorando los aspectos valiosos e importantes del mismo. Son las críticas de sabor litúrgico, donde se cita frecuentemente a Lenin sin motivo y se dedican párrafos enteros a reclamar por herencia un papel de vanguardia defendiéndolo de todo, hasta de la misma Revolución, se reivindica mañosamente el “papel del Partido” justificando la prerrogativa por medio de citas y olvidando demostrar en la práctica la condición que reclaman.

La crítica del ensayo “¿Revolución en la Revolución?” ha de hacerse partiendo de lo que intenta: destruir algunos mitos perjudiciales y dogmas aberrantes cuyo culto dificulta y entraba la tarea revolucionaria; poner en el centro del debate la lucha armada.

La primera observación al escrito de Régis Debray es no tomar en cuenta las peculiaridades de los países latinoamericanos y pretender erigir un patrón de conducta sobre la base del proceso cubano extrapolándolo de su contexto. Después de asentar en parte la irrepetibilidad de las revoluciones Debray pasa a operar con la categoría “América Latina” de un modo en exceso generalizador. No puede operarse sobre una realidad política inmediata haciendo abstracción de las diferencias, máxime si ellas determinan modalidades en la lucha. Una aspiración histórica no debe convertirse en hecho presente y vivo, determinante en el juicio, cuando no pasa de ser hipotética. Si hay una verdad general para la América Latina: la necesidad de emplear la lucha armada; pero ello hasta hoy vale para cualquier formación económica-social, pues aún no se ha visto a las clases dominantes de ningún país cediendo pacíficamente

el poder. Es, por tanto, una vieja verdad de la teoría revolucionaria. Igualmente pueden hacerse reparos en el empeño en aplicar esa categoría nacida de una excesiva generalización, rasgos peculiares del proceso de lucha cubano: un supuesto político general compartido por todo el pueblo que hace innecesaria la lucha en las ciudades salvo como escenario de actividades terroristas y reserva logística del movimiento guerrillero. Basta pensar en la democracia gorila y su flexibilidad y posibilidades de maniobra distintas a las dictaduras de corte tradicional para entender la necesidad perentoria de adelantar otras tareas en los centros urbanos.

Puede añadirse que la experiencia de la cual parte no es analizada en todos sus elementos. La propensión a demostrar la importancia e inevitabilidad de la guerrilla, lo lleva a olvidar aspectos esenciales de la lucha y aun a dar por sentadas verdades dudosas. Por ejemplo: no es cierto que el partido de la Revolución nació en la guerrilla. Existió antes y ayudó a estabilizar el foco con recursos traídos de las ciudades y con su propia actividad combatiente. Hablamos del 26 de Julio. Su ineficacia ante tareas de más fondo contenido y otras circunstancias que no es del caso analizar aquí, llevaron a los revolucionarios cubanos a fundirlo después en un Partido único con el P.S.P. y el Directorio. Pero el carácter liberal-burgués y reaccionario de muchos miembros del 26, así como las pugnas entre la sierra y el llano —como los llama el Che—, que eran entre dos alas de la Revolución en sus inicios y luego se ampliaron y enriquecieron en un enfrentamiento entre el pueblo y el imperialismo dentro de un mismo Partido, no pueden llevarnos a prescindir de la existencia del Movimiento antes del desembarco del Granma ni de su eficacia y como auxiliar de la guerrilla. Tampoco es cierto que el guerrillero sea una figura mística, suerte de arcángel revolucionario armado siempre de la razón y la verdad frente a un militante urbano que inevitablemente se aburguesará. Un somero estudio de los cuadros del Comando en Cuba nos hará ver que la composición de los organismos dirigentes desmiente tal diferencia de calidad entre guerrilleros y militantes urbanos. Estar en la sierra fue motivo de orgullo e indicio

de una indoblegable voluntad de combate; pero también lo fue luchar en las ciudades bajo el acoso policial.

Un ejemplo práctico de la indispensable necesidad de tomar en cuenta las peculiaridades nacionales y al mismo tiempo enérgico recordatorio de la importancia de la lucha en las ciudades, como medio de ampliar y profundizar los triunfos obtenidos en los combates armados lo tenemos en la guerrilla boliviana. El Che Guevara, quizás el héroe más alto de la América Latina en lo que va del siglo y producto legítimo de una revolución que se niega a burocratizarse, cayó combatiendo y el movimiento en general sufrió golpes muy duros. Fue decisivo para ello el no contar con apoyo en las ciudades ni desde el punto de vista logístico ni, lo que es más importante aún, desde el punto de vista político. Conocidas son las discusiones y negociaciones con el burócrata Monje y la propensión de éste a pretender "asegurarse la hegemonía" obedeciendo con ello a las tradiciones políticas en que fue educado. A resultas de la actitud de Monje y sus secuaces la guerrilla quedó aislada. Fue decisivo también el hecho de las desigualdades y peculiaridades nacionales. De las cansadas páginas del diario del Che, se desprende que los campesinos bolivianos reaccionaron de un modo pasivo ante la guerrilla y no se sintieron expresados ni representados en ella. El gobierno bufo de Barrientos pudo entonces crear la ficción exactamente opuesta a la verdad de que él y sus asesores yanquis "defendían" la patria amenazada por un invasor extranjero. ¿Cómo fue posible esta inversión de la realidad? Porque Bolivia ya no era —como en la época de las guerras independientes— una región simplemente colonial no estructurada en República, sino un país neocolonizado y sometido a una influencia política y cultural y a una estructura jurídica y económica-social que la diferencia del resto de los pueblos latinoamericanos a más de hacerla semejante a ellos. Es una Nación, con guerras contra sus vecinos en el pasado, símbolos patrios, un pretérito común para sus habitantes que la resume como entidad política y cultural. Las desigualdades en el desarrollo, en el régimen político y en la propia historia se dan dentro de una identidad general pero existen y es

necesario partir de ellas, moverse entre ellas y a través de su consistencia como hechos.

Claro está, de no ser por la conducta incalificable de Monje, el Che hubiese podido superar los dos elementos más fuertes en su contra: su aislamiento con respecto a las ciudades y la actitud pasiva de los campesinos bolivianos por no sentirse representados en la guerrilla y verla como algo lejano, es importante aclarar que no consideramos ese movimiento vencido por el enemigo aun cuando los reveses parecen continuar. La muerte del Che y de muchos de sus compañeros es una derrota que, como todas, se convertirá en su contrario si los combatientes prosiguen adelante asimilando las experiencias deparadas por el curso mismo de la lucha. También resulta necesario alertar contra quienes deducen del hecho razones para su política cómoda y no osando por ahora defender a Monje recurren a definir al Comandante Guevara como "equivocado". Quien no se equivoca es aquel que no actúa y es a través de errores corregidos y asimilados sobre la marcha, unidos con aciertos, como se llega al triunfo si hay voluntad y deseo de alcanzarlo. El Che no se equivocó en lo esencial: el medio para vencer es la lucha armada. Esos críticos seguramente no cometerán una equivocación semejante a la que señalan pues cuidan de no arriesgarse y —sobre todo— están orientados no hacia la toma del poder sino a la supervivencia dentro del sistema.

Después de un rodeo explicativo tan largo, vale la pena reseñar algunos de los rasgos específicos del hecho venezolano, los cuales, en unión de aquello que lo hace semejante a otros procesos, constituyen factor determinante de las modalidades y giros necesarios para adelantar el combate nacional-liberador. Partiremos —pues deben ser específicos con respecto a otro hecho concreto— del proceso revolucionario cubano. No solamente por la identidad entre ambos pueblos y la influencia de la Revolución Cubana, en el curso de la política de los revolucionarios de nuestro país, ni tan siquiera por ser la última de las Revoluciones triunfantes habidas en este siglo (el caso argelino es sumamente peculiar y distinto al nuestro) de la que pueden deducirse experiencias válidas. Por todo eso y algo más: en la etapa

de repudio a la politiquería de los dirigentes derechistas del P.C.V. reinó una interpretación deformada del proceso cubano y ella es una de las raíces del sectarismo y del aislamiento relativo de la vanguardia. Interpretación nacida de las generalizaciones de Debray, a veces caricaturizadas.

Hay rasgos referidos a la estructura de la sociedad venezolana, a la formación económico-social sobre la cual pretendemos actuar, transformándola, los revolucionarios. Hay otros referidos fundamentalmente al régimen político. Hay los vínculos al movimiento revolucionario mismo, visto "desde adentro". Preferiremos sin embargo no ser muy rigurosos en cuanto a la clasificación (objetivos y subjetivos, estructurales y superestructurales, etc.) pues el objetivo de este trabajo no es, ni con mucho, académico: dotar a los compañeros de elementos de comprensión, para nuestra cotidiana faena. Hablaremos de los rasgos específicos en un orden lógico, casi gramatical, a fin de facilitar la inteligencia del fenómeno.

¿Contra quién? El régimen político.

Lo primero que salta a la vista de quien estudió la experiencia de Cuba es la diferencia entre el régimen batistiano y el sistema político que padecemos en Venezuela. Pese a su identidad de propósitos anti-nacionales y a sus rasgos comunes represivos, los dos regímenes políticos guardan entre sí diferencias y no de poca monta. Ello no es casual: la democracia gorila fue creada como fórmula nueva de contener al pueblo y sus luchas al fracasar como tales las antiguas dictaduras —Pérez Jiménez, Trujillo, Batista— originando cuando menos en un caso, un proceso revolucionario triunfante.

Estas dictaduras eran regímenes de fuerza descarados y brutales cuyas ejecutorias no creaban ninguna ilusión en el seno de las masas, ni tan siquiera en los sectores más atrasados de las mismas. Negaban con la mera existencia de un estilo de gobierno absolutamente bárbaro las consignas democráticas que por más de un siglo sirvieron de bandera de lucha de los pueblos latinoamericanos y no abrían ninguna posibilidad de juego político. Eran, entonces, una imposición sin parlamento legal alguno, de todo cuando la gran mayoría repudiaba. Esta fórmula, como ya dijimos,

se agotó. En su lugar, y para seguir obteniendo los mismos beneficios y prebendas, el imperialismo y los oligarcas nacionales crearon la democracia gorila.

Este es un sistema que, aun cuando igual en esencia al anterior, posee en Venezuela no sólo el prestigio de lo nuevo, de conquista alcanzada hace relativamente poco tiempo al dar al traste con el perezjimenismo, sino también, toda una serie de resortes y medios cuyo desenmascaramiento no siempre es fácil a los ojos de las grandes masas. Uno de sus más importantes supuestos es la alternación en el poder de Partidos políticos diferentes y en apasionada pugna por conquistar votos. Otro, quizás, el más sólido, está en el sufragio "Universal", directo y secreto. Centenares de miles de venezolanos creen realmente —como lo demuestra el porcentaje de votantes— que determinan el destino del país con el acto de introducir en una urna de madera papeletas pertenecientes a uno u otro partido. Existen sindicatos y a veces se dan huelgas. En el Congreso los diputados de oposición votan contra el gobierno en contraste con los congresos máximos del perezjimenismo o el Trujillato, pongamos por caso. Se habla de Reforma Agraria y en su nombre se montan "reparos de tierras" y se conceden créditos menudos e inútiles para impulsar la producción en apasionada rebatiña. Es, en síntesis, un régimen que crea ilusiones (aun cuando sea la ilusión última de salir de un mal gobierno que ya no engaña a nadie votando por el Partido opositor como ocurrió con AD y su "enemigo" el Partido Copei). Es un régimen que dispone de un amplio campo de maniobras y de la flexibilidad suficiente para agotarlas unas tras otras.

La verdad se mantiene más o menos oculta. El voto de cada uno es aproximadamente libre (decimos aproximadamente porque siempre hay funcionarios temerosos de perder el empleo que pasan por encima de la "legalidad" instituida), pero se depositará por uno de los dos o tres candidatos posibles y seleccionados de antemano por el sistema, con posibilidades financieras para pagar campañas electorales de decenas de millones de bolívares y con el necesario y saludable respeto a la propiedad privada que les abre las páginas de la "gran prensa" y de las estaciones

televisoras y radiales. Es un voto libre pero posteriormente los Partidos y candidatos cocinan acuerdos a espaldas de sus electores y totalmente contrapuestos a sus promesas electorales.

Los sindicatos son tolerados pero los manipula una burocracia dócil a los patronos nacionales o extranjeros, integrada por señores ajenos desde hace décadas al proceso productivo y "expertos" en obtener mejoras insignificantes y posponer las grandes conquistas reivindicativas (decimos reivindicativas porque, como es sabido) por una suerte de inversión casi cómica de la realidad a los obreros venezolanos se les predica que "su" conquista política es el régimen democrático-burgués en este caso democrático-gorila).

No todo marcha siempre tan fácil y entonces el sistema muestra su otra faz: la tortura, el asesinato, la "desaparición" pura y simple de uno cualquiera de los ciudadanos, el asalto a los locales sindicales o el consabido decreto declarando "ilegal" una huelga. Pero, en líneas generales la esencia del régimen, la raíz de sus actos, lo que lo emparenta a las viejas dictaduras y establece una perfecta continuidad con ellas, está clara para los revolucionarios, para los integrantes de la vanguardia y no para las masas.

Hay, a no dudarlo, un sordo descontento entre los desempleados, los obreros mal remunerados, los sectores campesinos empobrecidos, pero este descontento no tiene claro el motivo de su malestar, el objetivo contra el cual dirigir la cólera. Las masas se van desengañando de éste o el otro Partido, de éste o el otro líder; pero aún confían en el sistema en su conjunto. La mejor prueba de ello está en el voto. En dos ocasiones, los revolucionarios venezolanos han llamado a la abstención y no por ello el porcentaje de votantes deja de ser altísimo (más del 90%). Gentes ligadas al movimiento revolucionario, simpatizantes estrechos que prestan ayuda en momentos difíciles se ilusionan de pronto con la idea de "salir de los adecos" o descubren el deber de "no perder el voto". Hay incluso los profundos que razonan "abstenerse no es solución" como si votar lo fuera.

El sistema recibió en los últimos años un refuerzo ines-

perado: el Partido comunista resolvió presentarse a elecciones, apoyar la candidatura presidencial de uno de los cómplices más íntimos de Rómulo Betancourt durante 30 años hasta que éste no le dio su "visto bueno" como candidato presidencial y obtuvo algunos diputados y senadores como consecuencia de los votos recibidos.

Pero un error tan grueso como el del P. C. lo cometen los revolucionarios que tomando sus deseos por realidades declaran a las masas "decepcionadas de la democracia". Hay incluso un documento conocido por el MIR donde se nos explica al detalle que la democracia es falsa y represiva, con algún acierto en la caracterización, para concluir abruptamente en que "las masas se decepcionaron del sistema en Venezuela". Trae como ejemplo las cifras electorales ¡de Colombia! Como no pueden apoyar sus deseos en lo real, los compañeros eliminan lo real para que sus deseos no necesiten apoyo ⁽¹⁾.

La existencia de un régimen democrático-gorila, más hábil y apto para crear ilusiones y desorientar a las masas; por un lado, y el creciente malestar y descontento de las masas, aún no dirigido contra el sistema pero no por ello menos vigoroso, por el otro, hacen urgente para los revolucionarios la tarea de organizar y conducir esas masas. Un trabajo político sostenido y consecuente, legal o ilegal, reivindicativo y vinculado a metas más audaces, avanzando hasta donde sea posible, combatiendo al frente de las masas por sus derechos. Organizar el (y a los) descontento(s) en cada caso concreto. Ese trabajo multiforme y complejo no estuvo planteado como tarea para los revolucionarios cubanos en las ciudades por razón del supuesto general de coincidencia del cual ya hemos hablado. Pero en el caso nuestro es la única manera de establecer un vínculo orgánico entre las masas y la vanguardia.

En las principales ciudades del país, se hacían centenares de miles de campesinos desarraigados, obreros sin trabajo y artesanos empobrecidos en barriadas carentes de casi todo, tanto lo necesario como lo superfluo. Ellos no

(1) Es un documento de crítica a las revoluciones del Comando Nacional del MIR, hecho por la célula "Van Troi", como saben los compañeros.

logran ser asimilados por el sistema ni siquiera como mano de obra; es decir, no obtienen ni el status de explotados regulares. Están condenados al paro forzoso, al hambre, a las carencias más inconcebibles. Lograr un vínculo sólido y estable con ellos es urgente. Y es posible. Por no ser precisamente una dictadura desembocada, la democracia gorila se ve en el caso de tolerar un margen mínimo de lucha reivindicativa. Ella podrá ser conducida a integrarse al sistema y servirle de válvula de escape o a prescindir de él, organizándose las masas de acuerdo a sus propios medios y formas de combate y con objetivos distintos al del simple regateo. Todo ello depende de quienes (y para qué) lo hagan. Pero la urgencia del trabajo político en las ciudades nos viene por otra vía. Veremos, en el aparte dedicado a ello, que las guerrillas en las condiciones socio-económicas y poblacionales del país, dependerán durante mucho tiempo de las organizaciones urbanas en cuanto a renglones logísticos completos. Ellos no serán satisfechos si esa tarea descansa en un reducido grupo (y hay experiencias concretas, no olvidarlo).

Organizando a las masas que no pueden ser absorbidas por el sistema, luchando incansablemente con ellas, por ellas y entre ellas, podrán los revolucionarios hacer de sus anhelos y metas algo real y posible, de su combate un combate del pueblo. Al mismo tiempo demostrarán en la práctica el carácter verdadero de la democracia, desnudando su condición dictatorial y gorila.

Si es un error fiarse a los mecanismos parlamentarios y electorales renunciando a la lucha armada e identificando en términos absolutos la lucha de masas con la lucha legal también lo es cederle las masas al enemigo, estar ausente de sus preocupaciones cotidianas, y no hay ninguna explicación, ninguna invocación a los principios revolucionarios, ningún razonamiento acerca de la dependencia, que basten por sí solos para nuclear a las grandes masas en torno a la vanguardia. Para ello se necesita el trabajo diario, paciente, obstinado.

Puede afirmarse entonces que el régimen político contra el cual luchamos es una forma refinada de opresión revestida de un aparato legal y destinada a confundir al pueblo

acerca de quiénes son sus enemigos y cuáles sus objetivos. Este sistema no elimina el malestar y el descontento por razones estructurales y es deber de los revolucionarios organizar ese malestar y ese descontento a fin de crear un vínculo orgánico entre la vanguardia armada y el pueblo. De este modo, la vanguardia ampliará su influencia y radio de acción y las masas hallarán en la práctica diaria el hilo que une sus luchas y sus derechos a otros objetivos. Para cumplir esta tarea resulta necesario un vasto, complejo, paciente y minucioso trabajo político en las ciudades en el cual se combinen todas las formas de lucha y las maneras de organizar al pueblo. No pueden entonces las ciudades tener entre nosotros el mismo papel que en la lucha del pueblo cubano tuvieron: retaguardia guerrillera y teatro de operaciones terroristas, sino uno mucho más complejo y arduo que incluya tanto la asistencia a los frentes armados como la vinculación de las grandes masas a la vanguardia a través de la lucha por sus derechos.

Hasta tanto esto sea entendido marcharán los dos términos de la ecuación revolucionaria independientemente el uno al otro: las masas descontentas sin relacionar sus problemas a los grandes objetivos históricos; la vanguardia aferrada a esos grandes objetivos y no pudiendo avanzar en el logro de los mismos.

LA ESTRUCTURA ECONOMICA

Hace más de siete años se reunió en "Punta del Este" el CIES a fin de aprobar un plan cuyo propósito era evitar el contagio del ejemplo cubano promoviendo el desarrollo —"progreso"— de nuestros países con la ayuda —"alianza"— de quien los ha sometido a un imperio y los mantiene en la dependencia y el atraso. La conferencia fue precedida de una promoción publicitaria notable. Kennedy afirmó en la sesión inaugural, serio, sin reirse: "ustedes, los participantes de esta Conferencia atraviesan un momento histórico en la vida de este hemisferio"⁽¹⁾. Esta fue la señal para que demócratas y dictadores saludaran alborozada-

(1) Che Guevara —Obras Completas— Página 414.

mente los resultados de la Conferencia aún antes de concluir, vaciando sobre ella adjetivos grandilocuentes. Betancourt cacareó —tierno y jubiloso— sus esperanzas de solterona endomingada sobre el continente. Igual hicieron todos los gobernantes, los delegados, los expertos a sueldo, los columnistas de la gran propaganda. Sólo Cuba, por boca del Che Guevara, aguó la fiesta argumentando con cifras y razones el seguro fracaso del “Decenio del Desarrollo” en Latinoamérica e ironizó en torno a la propensión épica de algunos empleados y capataces eufóricos que hablaron del “reto con el destino” para resumir la construcción de letrinas y alcantarillas a lo largo de nuestros países. ¿Cuál fue el resultado? La “Alianza para el Progreso” languidece en manos de Nixon y no produjo desarrollo alguno como no sea el de la dependencia y la condición semi-colonial latinoamericana. Nadie recuerda los vaticinios de “Punta del Este” y si lo hace es para decir como la Revista “Life”: “las remesas de utilidades extraídas de América Latina... han llegado a pasar de 1.000 millones de dólares por año, lo cual representa un aumento de 300 millones de dólares anuales”. (1)

Es dentro de ese marco de mayor empobrecimiento y descapitalización como debemos ver a Venezuela. En efecto, pese a los ríos de tinta gastados en alabar la “Reforma Agraria” y las frecuentes alusiones al desarrollo y a un “despegue” anunciado como realidad desde hace años, los hechos nos muestran una mayor dependencia y una cada vez más acentuada deformación de la estructura económica, constituida por sectores no integrados entre sí.

Están acorde los economistas de la izquierda en describirnos la estructura económica venezolana como integrada en lo fundamental por tres sectores: 1) el sector capitalista extranjero, con cuantiosas inversiones en petróleo y en el hierro, dueño de una alta productividad en el trabajo y cuya producción, está destinada al mercado externo, del cual, provienen también los insumos con los cuales opera. Su integración con el resto de los sectores es casi nula y se da a través del pago de impuestos al fisco y de salarios

(1) Life, “El escándalo de la Alianza para el Progreso”, 13-7-69.

a los trabajadores empleados en esas industrias extrac-
tivas. 2) el sector capitalista interno constituido por las
empresas estatales y la industria, desarrolladas sobre la
base de la sustitución de importaciones. Dicha industria
funciona sobre la base de insumos importados casi en un
50%; proporción ésta que es significativamente mayor en
las ramas con mayor importancia: química, metalurgia, etc.
para las cuales los materiales de importación llegan a un
80 y 90%. Emplea una tecnología elaborada para otros
países (avanzados) y esta peculiaridad la lleva a ser una
industria con una alta densidad de capital y por consi-
guiente con un nivel empleador ínfimo. No absorbe la
mano de obra abundante en el mercado de trabajo y con-
dena al desempleo de modo irremediable a vastos sectores
de la clase obrera. También la lleva a crecer y desarrollarse
aumentando su vulnerabilidad y su carácter dependiente.
Las inversiones directas norteamericanas han aumentado
en el sector capitalista interno. La industria, entonces, es
controlada parcialmente por el capital imperialista y remite
al extranjero parte del excedente económico tanto para fi-
nanciar insumos proporcionados por la tecnología norte-
americana como por el mecanismo de la banca comercial,
penetrada en altas proporciones por el capital foráneo. 3) el
sector pre-capitalista, caracterizado por una muy baja pro-
ductividad. Una parte no desdeñada de esa economía pre-
capitalista es de subsistencia y así como no produce los
insumos requeridos por la industria tampoco demanda en
cantidades apreciables los productos manufacturados por
el sector capitalista interno.

Los tres sectores no están integrados, entonces, en la
esfera de la producción y tienen una muy débil integra-
ción en el mercado. Pero no para allí la cosa: de los sec-
tores técnicos (primario, secundario y terciario) Vene-
zuela presenta un predominio de las actividades primarias
y terciarias lo cual caracteriza una deformación de la es-
tructura técnica de la producción. El desarrollo de los ser-
vicios y el comercio no se produce —como en los países
capitalistas avanzados— debido al auge de la industria sino
porque en esencia no realiza la producción interna sino
que se expande por sus conexiones con la importación.

Una economía, pues, deforme y dependiente. Una industria frenada en su desarrollo por no contar con insumos ni con un mercado amplio en el país y tan vulnerable que cualquier interrupción en la regularidad del flujo de divisas traería casi una parálisis total de sus actividades. Una agricultura improductiva. El 70% de las divisas y más del 60% de los ingresos fiscales provenientes del petróleo, cuya manipulación se decide en centros ajenos a Venezuela y con intereses distintos a los nuestros.

De tal estructura económica se desprende un conjunto de rasgos significativos de la sociedad venezolana, vinculados a la situación de cada una de las clases que la integran:

1) El peso del sector capitalista tomado en conjunto es mucho mayor que el de los sectores pre-capitalistas y ello viene a reforzar la importancia de las ciudades en la lucha revolucionaria. Venezuela vive un proceso de crecimiento capitalista. Es un proceso cuya consecuencia no es otra que acentuar las deformaciones estructurales y la colonización del país. Un desarrollo inducido desde afuera y que lleva en sí los gérmenes de su propia interrupción y estancamiento. Pero no por ello deja de tener implicaciones políticas y sociales.

2) Una de ellas es la creciente urbanización, el despoblamiento del agro venezolano y el fenómeno de las migraciones internas a través de las cuales centenares de miles de campesinos vienen a engrosar las filas del proletariado y el semi-proletariado urbano. El presente cuadro nos permite ver cómo cambia la relación porcentual y cómo, lo que es aún más significativo, de un momento determinado en adelante (1970) la inferioridad poblacional del campo no será sólo en términos porcentuales sino

		<i>Urbana</i>	<i>Rural</i>
1936	3.364.347	28,9	71,1
1941	3.850.771	31,3	68,7
1950	5.034.848	47,9	52,1
1961	7.034.848	62,5	37,5

absolutos. Cada año, en otras palabras habrá menos campesinos. (1)

Ahora bien, en los países que conocieron un desarrollo capitalista real, el proceso culminó con una escuálida población rural que por elevarse vertiginosamente la productividad en el trabajo y por crearse nuevas relaciones de producción, abastece los renglones agrícolas decisivos. Es decir, un campo "saneado". Ese no es el caso del agro venezolano, en él siguen existiendo relaciones de producción semi-feudales y la productividad es bajísima. Pese a las incursiones capitalistas y las colonizaciones de las llamadas "Tierras de frontera" subsisten trabas para el desarrollo de la agricultura y subsisten los viejos problemas: hambre, miseria, carencia de tierras aptas para el campesino.

Los comunicados oficiales mezclan al señalar el incremento de la producción agrícola, lo producido por los asentamientos campesinos con lo producido en las unidades capitalistas; pero ello no pasa de ser un manejo fraudulento de las cifras y el hecho real es que a la ridícula cifra de familias asentadas habría que restar las que abandonan las unidades de producción creadas por él.

Por ello, pese a contar menos en la vida del país, el campo seguirá siendo escenario de agudos conflictos sociales y de una sorda irritación campesina. Salta a la vista que el campesinado sigue siendo una de las clases fundamentales para el avance del proceso liberador: oprimidos, burlados y explotados son de los que no tienen nada que perder salvo sus cadenas.

3) El proceso de crecimiento capitalista arroja centenares de miles de campesinos a las ciudades, como vimos. Además, la industria —como explicamos en su oportunidad— no absorbe mano de obra. ¿Qué se obtiene del cruce de estas dos verdades? El subproletariado urbano, marginal al sistema y cuyos mecanismos no pueden absorberlo.

(1) Observamos que el criterio no es exacto, pero importa la tendencia.

En las ciudades venezolanas pueden contemplarse esos hacinamientos de miseria donde millares de hombres viven privados de los bienes y servicios más elementales en viviendas hechas con residuos: cartón piedra, planchas de zinc, trozos de vallas publicitarias. Ven diariamente el lujo ostentoso de los otros, los que tienen, los dueños de cuanto ellos carecen. Esta masa si bien es cierto que ofrece inconvenientes para ser organizada (aquí viene a cuento aquello de que la gran industria disciplina a los obreros), ofrece también posibilidades: el increíble grado de miseria y carencia de todo tipo al cual están sometidas; su homogeneidad relativa (en cada bariada se hallan concentrados y padeciendo problemas comunes); el hecho de no estar mediatizados y manipulados en sus luchas como lo está la clase obrera industrial a través de los burócratas sindicales y —sobre todo— la terrible verdad de no existir solución para ellos dentro del sistema. Sin salario, sin trabajo, sin las comodidades ínfimas de que disfrutaban otros sectores explotados.

4) La burguesía venezolana es dependiente: tanto la importadora como la burguesía industrial. Hemos visto que la sustitución de importaciones engendra una industria que se abastece de insumos en el exterior y es por ello vulnerable y determinada por quienes le suministran los insumos, que el capital norteamericano ha penetrado el sector capitalista interno aumentando con ello la dependencia y, por último la raíz foránea de la tecnología usada por la industria venezolana. La burguesía industrial depende del imperialismo y está vinculada a él en el proceso productivo e igualmente dependen las burguesías comercial y bancaria. Si a ello agregamos el entrecruzamiento entre industriales, capitalistas agrarios, importadores y exportadores muchas veces unidos por vínculos económicos y hasta familiares, comprenderemos con claridad que la burguesía no tiene ningún interés en el proceso nacional-liberador. Ninguna de sus capas deja de percibir beneficios del actual estado de cosas y todas están fuertemente vinculadas al capital extranjero en lo económico, en lo político y en lo ideológico. Si bien es cierto que en el seno de la burguesía hay contradicciones éstas no tienen relevancia decisiva. Hay

contradicciones internas a un proceso, a una estructura, que carecen de peso fuera de ella y este es el caso de la burguesía venezolana en sus distintas capas. Son contradicciones bloqueadas en su desarrollo: uno de los términos aplasta siempre al otro y sólo un cambio completo de toda la estructura puede generar un cambio en esta relación. Los industriales progresistas sólo pueden enfrentar al término dominante con posibilidades de éxito, apoyándose en el movimiento revolucionario cuyos objetivos últimos le son más perjudiciales aún. No lo harán, precisamente por ser burgueses y serles imposible llevar su progresismo hasta un extremo tal que los liquide como clase. No puede esperarse entonces ninguna actitud anti-imperialista sostenida de ninguna capa de la burguesía venezolana tanto por su posición en el proceso productivo como por sus vínculos ideológicos y políticos con el imperialismo. Pueden haber problemas donde coincida con los revolucionarios (y aun esta coincidencia jamás será plena) una de sus capas progresistas y será entonces más o menos oportuno llegar a compromisos y acuerdos concretos; pero de allí a decretarla "aliado" hay un largo trecho.

Tampoco habrá en Venezuela ninguna capa "democrático-burguesa" de la revolución porque precisamente la burguesía —actor principal en ella— está fuertemente vinculada a quienes tratan de impedir la revolución. Así de sencillo es el problema.⁽¹⁾

5) La clase obrera vive bajo el doble acoso de la represión y el recurso de torcerle sus aspiraciones, administrado por la burocracia sindical. El principal objetivo de los sindicalistas de los llamados Partidos democráticos es

(1) No hay ni tiempo ni espacio para tratar este problema de las etapas, nacido de la revolución bolchevique. Basta decir que Lenin —citado abundantemente al respecto— no previó etapas con la burguesía en ninguna de sus alas. En China jugó ella un papel por tratarse de un país campesino y semi-feudal y por circunstancias concretas: invasión japonesa, etc. En cuanto a la conducta de la burguesía cubana, es precisamente ella lo que impide a la nuestra coincidir con el movimiento revolucionario.

es el de apartar a los obreros de todo tipo de lucha política reduciéndolos a la lucha reivindicativa y, en ella, moderar las conquistas obreras cuando los patrones lo creen necesario, imponiendo "treguas" en aras de la paz y la concordia. Frente a esta burocracia, que engendró dirigentes obreros millonarios, intentó contraponerse una central obrera de izquierda que fuese en todo y por todo su negación. Ya es tiempo de hacer un balance real de su fuerza verdadera, casi nula. Los Patrones, la policía y los dirigentes reformistas pueden anular la lucha de una central de izquierda y aún les sobran fuerzas. Sobre todo si en torno a ella existe el mismo fenómeno de apatía e indiferencia, por parte de la clase obrera, ajeno a las estructuras sindicales reformistas. Tales estructuras soportan (y hasta celebran el secreto) el ausentismo de los obreros porque no dependen de ellos, de su calor combativo ni mucho menos, sino de las asignaciones oficiales y patronales. Los líderes de la burocracia sindical adeco-copeyana, los "foss" que viven de los obreros, consiguen migajas; pero los líderes de izquierda, muchas veces burocratizados, no consiguen nada pese a ser honestos y trabajadores. No consiguen nada porque se los impide un vasto frente que va desde la policía hasta los sindicalistas pasando por los patrones.

Ello plantea una indiferencia casi absoluta de la clase que se pretende representar: en ninguna rama de la industria asisten a las asambleas haciendo vida sindical activa más del 10% de los obreros. La tarea es sencilla de enunciar y difícil de cumplir en la práctica: el sindicato tal como existe no sirve a los fines de la clase obreros y es necesario partir de otros principios de representatividad y de nuevas formas de organización sindical.

Aquí vale la pena alertar acerca de un hecho importante: no pasa de ser un escamoteo la propensión a identificar el hecho "clase obrera-vanguardia" con el movimiento reivindicativo de los obreros: el movimiento sindical. No siempre el obrerismo organizado es la vanguardia de la revolución. Esto pertenece al mismo género de mistificaciones que lleva a muchos P.C. a proclamarse Partidos de

la clase obrera y pasar desde ese momento en adelante a la posesión de un poder excomulgatorio sin límites y un maridaje permanente con la verdad. Ni en China ni en Cuba el movimiento obrero organizado fue vanguardia (1). Lo fueron gentes —unos de origen proletario y otros no— que vieron más allá de la lucha reivindicativa en la cual por entonces se ahogaba el movimiento obrero organizado y sus líderes. Invocar con frecuencia a la clase obrera para justificar posiciones conservadoras es un truco no por usado menos peligroso. La idea de una clase vanguardia ha de extenderse en un sentido filosófico e histórico y no estrechamente político. Los propósitos son claros: se usa a un proletariado cuyo poder de respuesta está anulado transitoriamente para —en nombre de su quietismo transitorio— justificar otros quietismos un tanto permanentes. Marcuse con todo y sus limitaciones nos muestra como en USA debe esperarse mucho más —por ahora— de los “marginales” al sistema (distintos por cierto a los marginales de que tratamos aquí): movimiento negro, estudiantes e intelectuales disconformes. El movimiento obrero está por ahora integrado al orden y su protesta es una de las instituciones del sistema por lo tímida y corta que se muestra. No cree en una revolución hecha por estos “marginales” pero confía en sus luchas para encender la chispa y alaba su actividad cuestionante. De nada vale acusarlo de “pretender sustituir a la clase obrera” cuando en la práctica está sustituida —en USA— por quienes no han podido ser asimilados en virtud de razones estructurales de la sociedad norteamericana y llevan en sí el peso de la lucha interna contra el imperialismo dándole una fuerza no vista hasta hace poco a las manifestaciones en contra de la guerra de Viet-Nam y a la protesta en contra de la discriminación racial.

(1) Como el hecho cubano era opuesto a los esquemas, se acudió a un proletariado agrícola cañero para hacerlo empalmar con algunas previsiones y pronósticos. Esto es desmentido por uno de los jefes de la revolución: el Che Guevara, en un importante artículo: Cuba: Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista.

EL PROBLEMA DE LA LUCHA ARMADA

Quizás en ningún otro aspecto se pongan más de bulto los rasgos específicos del combate revolucionario en Venezuela con respecto a la Revolución Cubana que en lo relativo a las actividades directamente vinculadas a la guerra de guerrillas. Pero dilucidemos primero otras cuestiones de igual importancia.

Venezuela (recordemos el cuadro demostrativo al respecto) no es un país campesino. Más del 68% de su población vive en áreas urbanas. Si bien el criterio censal utilizado no puede ser acogido sin reservas, como ya hemos dicho, lo importante en este caso es la tendencia. La población rural descenderá de un momento en adelante, en términos absolutos al entrar en la década del 70. Pero aun los campesinos que permanecen siendo tales se hallan, en todo sentido, fuertemente penetrados por la cultura urbana como consecuencia del proceso de desarrollo capitalista (aún deforme) del país. La pequeña producción artesanal casi ha desaparecido en el campo. La antigua economía natural donde el campesino producía bienes para su propio consumo y para un limitado mercado está hoy día maltrecha por varias causas. Ahora acude a las ciudades y pueblos cercanos no sólo para abastecerse de productos necesarios sino aun para satisfacer necesidades falsas, creadas por la propaganda de consumo compulsivo. El guerrillero, entonces, se apoya en un escaso número de campesinos y éstos casi no producen nada, salvo algunos alimentos que constituyen su dieta. En los pueblos cercanos adquiere lo necesario para vestir, calzar y los instrumentos de trabajo. Para aquilatar los alcances de este hecho, recordemos que el ejército popular chino obtenía en el campo todo lo necesario para subsistir, salvo el armamento. Tal hubiera sido el caso de guerrillas venezoladas en 1930 —por ejemplo—. Habrían podido vestir y calzar y usar implementos fabricados en las áreas rurales. A la guerrilla, entonces, le es muy difícil desarrollarse sin ayuda de las ciudades.

Pero no sólo ocurre esto. Sucede también que el campesinado no se haya reducido por el sistema a una situación

irremediable, puesto entre la espada y la pared. Tiene una vía para solventar sus angustias y es marcharse a las ciudades. Se trata de una vía más aparente que real; pero eso lo saben los sociólogos, los economistas, los integrantes de la vanguardia. No los campesinos y márchanse guiados por un espejismo a robustecer el contingente de los marginales, desempleados, los que viven en medio del lujo padeciendo la miseria en todas sus formas. Cuando se agotan sus esperanzas, cuando no tienen medios ni recursos para sobrevivir puede irse (y de hecho se va) a Caracas, Valencia, Maracaibo u otra ciudad importante. En ella puede hacerse hasta un revolucionario; pero nunca volverá a su lugar de origen. Dejó para siempre de ser campesino.

Esto significa que uno de los más grandes recursos del enemigo como es la política despobladora ejercida en las regiones cercanas a la guerrilla, tiene en nuestro país una base objetiva. Se inserta en un proceso económico-social espontáneo y no produce ningún trastorno grave en la economía nacional, ya que la participación de la agricultura en la creación del PTB es muy pequeña (y sobre todo la agricultura de esos campesinos situados en torno a los focos guerrilleros: poseedores precarios, medianeros y aparceros). La política despobladora fue adelantada en Vietnam por los yanquis y fracasó no sólo por la fuerza y prestigio de las organizaciones revolucionarias, sino también porque trataban de arrancar de sus aldeas a pobladores asentados en ellas a través de muchas generaciones. El habitat del vietnamita durante siglos ha sido la aldea y los pobladores oponían una sorda y tenaz resistencia a fin de impedir el desarraigo. Nuestros campesinos están en gran parte desarraigados de por sí. De las poblaciones rurales, cerca del 50% se hallan cercanas a carreteras y vías troncales de comunicación a fin de poder tener acceso fácil a los centros urbanos donde adquieren productos y sufren la influencia de otra *cultura*. Se trata —para el enemigo— no de arancarlos de las aldeas milenarias, sino desterrarlos de caseríos constituidos en muchos casos aluvionalmente estimulando en ello lo que por otra parte ya existe como un proceso espontáneo, anterior a la lucha armada: el éxodo.

En Venezuela, entonces, no está ni puede estar planteada una guerra campesina en la cual se producirá un "cerco" a las ciudades partiendo de las áreas rurales. Esto es imposible porque las áreas rurales pesan poco en la vida del país. Es imposible porque la guerrilla —núcleo del ejército del pueblo no pasa a serlo si no cuenta con ayuda urbana constante. Imposible también porque las dos grandes medidas con las cuales el enemigo neutraliza e impide el desarrollo de la guerrilla —política despobladora y nuevo tipo de cerco, del cual hablaremos después— sólo pueden ser derrotadas por un conjunto de iniciativas audaces en el cual juegan papel importante las organizaciones urbanas. Imposible una guerra campesina, en última instancia, porque no somos un país campesino.

Esto hace nuestra guerra popular distinta a la del pueblo chino (no olvidemos los rasgos semejantes, las leyes generales e ineludibles). Pero la lucha armada no deja por ello de plantearse, como dejan de ser útiles las experiencias de las guerras del pueblo chino y el pueblo urbano. La guerrilla se justifica por razones políticas y militares a fin de no condenarnos a la vía pacífica o a la insurrección hipotética y puede, aún con esos factores en contra y esos rasgos distintos y a través de ellos, consolidarse y aún expandir su mensaje liberador.

Veamos ahora las diferencias con respecto a la Revolución Cubana, los rasgos específicos ⁽¹⁾ en el plano militar. Comencemos para ello por el análisis del arma enemiga más frecuente y de más peso: el cerco. Recordemos que el cerco anti-guerrillero fue usado por Chiang-Kai-Shek, Batista, los yanquis en Filipinas. Generalmente rinde beneficios para los opresores en una etapa del proceso insurreccional, crea el terror entre los campesinos y logra desorganizar las filas revolucionarias; pero luego es re-

(1) La especificidad de los rasgos en un caso pueden ser generalmente en otros. Se trata de niveles y todo depende de la relación concreta a que se den. Ya que hablo de ello, aclaro tomé el ejemplo de los bolcheviques hacia adelante. También pudo tomarse hacia atrás. No otra cosa que rasgos específicos analizados con precisión son las ideas de Lenin en cuanto al Partido revolucionario.

basado y neutralizado en sus efectos cuando los combatientes populares apoyados en sus ventajas —conocimiento del terreno, ataques sorpresivos— desmontan su mecanismo y lo hacen inútil. Para ello, ha de pasar tiempo y estudiarse la táctica del enemigo. En un sentido la historia de un movimiento guerrillero puede definirse como la de los cercos a los cuales se le somete, y logra hacer inútiles. El derrumbamiento estrepitoso de los ejércitos reaccionarios viene cuando fracasan una y otra vez sus ofensivas (cercos) estrellándose contra la fluida e inapresable táctica guerrillera. Pues bien, el cerco utilizado en Cuba, el descrito en los relatos del Che, en algunas entrevistas de Fidel Castro, el que sirve de base a las concepciones de Régis Debray está compuesto por algunos aspectos complementarios entre sí, tendientes a un fin único. Estos aspectos, enunciados apretadamente son:

1) El enemigo penetra en los caseríos y a través de la tortura y el terror, o bien de medios más sutiles, con frecuencia combinando las dos conductas logra obtener datos en torno a las guerrillas. Estas operaciones por más secretamente que se lleven a cabo siempre ponen sobre aviso al guerrillero. Con haber instruido a los campesinos en cuanto a las formas de dar aviso de la presencia enemiga y en torno a las posibilidades de “desinformar” escudándose en la negativa, puede así enterarse de los propósitos del cerco. La experiencia indica que ello es posible y el opresor no puede impedirlo.

2) El enemigo explora la zona desde el aire (helicóptero) a fin de percibir señales de la presencia guerrillera: humo, objetos brillantes, huellas en la vegetación, etc.

3) Una vez recabados y procesados los datos, penetra en la zona o territorio de la guerrilla. En él permanece un tiempo determinado a fin de dar con los guerrilleros y batirlos. Como quiera que no es fácil mantener a una tropa numerosa, la estadía de los soldados es obligatoriamente limitada en cuanto al tiempo: veinte días a un mes como máximo en la zona de operaciones (son abastecidos desde el aire, lo cual es costoso) ⁽¹⁾. Como son muchos efectivos

(1) Recuerdo a un alto jefe de la Revolución Cubana, diciendo.

les resulta imposible moverse sin dejar huellas de su paso ni dejar de provocar ruidos delatores de su presencia; es decir, "avisan" involuntariamente en torno a ella.

4) Al retirarse dejan muchas veces emboscadas y mantienen una estrecha vigilancia aún bastante tiempo después en torno a los campesinos, las carreteras y vías de acceso, etc.

Ante estas acciones ¿qué debe y puede hacer el guerrillero? Tiene tres conductas posibles a escoger: espera oculto, o bien sin salir del espacio tomado por la tropa o bien saliendo de él, y cuando el ejército levanta el cerco anunciando la "liquidación de las guerrillas" opera tomando una población o de otro modo a través del cual demuestre públicamente la existencia de la guerrilla. Así va creando la idea muy importante de la indestructibilidad del ejército popular y haciendo evidente la inutilidad de la represión enemiga mientras se prepara con vistas a un futuro en el cual podrá operar con mayor amplitud y profundidad. La segunda conducta posible consiste en esperar que el enemigo se disponga a retirarse levantando el cerco, momento psicológico propicio. Entonces ataca. Quien ha sido guerrillero sabe muy bien que resulta imposible no dar indicios de que el cerco se halla a punto de ser levantado para un observador atento que espía hora tras hora. Ese momento favorable fue muy bien aprovechado en la Sierra Maestra. La tercera conducta posible, relatada en "Pasajes de Guerra Revolucionaria" y "La guerra de guerrillas" (Ché Guevara) consiste en atacar, liquidando sistemáticamente la punta de vanguardia y replegarse antes de que el enemigo pueda concebir una respuesta. Tal cosa detiene el avance de la tropa y a largo plazo hace necesario para el mando enemigo, apelar a todos los resortes disciplinarios a fin de obligar a quienes deben constituir la vanguardia a permanecer en ella. En la guerra del pueblo cubano hubo hasta motines por esta causa. Los soldados rehuían el ser miembros de la punta de vanguardia y se

me: "un cerco no puede durar más de un mes". Era verdad. Los que él vio no duraron ese lapso; pero el cerco ahora ha cambiado.

rebelaban por ello. Obsérvese que para hacer tal aniquilamiento el guerrillero debe estar en capacidad de ver la tropa enemiga y tener noticias concretas acerca de su marcha. Lo mismo vale para las dos conductas anteriores: amparándose en el conocimiento del terreno y en la información suministrada por los campesinos estará en condiciones de saber anticipadamente de la entrada del enemigo y lo vigilará sin cesar a fin de ocultarse o atacar según el caso.

¿COMO ES EL NUEVO TIPO DE CERCO?

1) El enemigo no precede su entrada en territorio guerrillero de la toma de pueblos y caseríos. Esto se sigue haciendo pero como acción de castigo o de ablandamiento e independientemente de las incursiones en la zona de combate. En otras palabras ello forma parte del cerco pero en un sentido general y no es índice de que las fuerzas represivas vayan o no a iniciar la penetración. Esta se hace totalmente a escondidas, tratando de no ser vistos por nadie. Como ocurre que todo el territorio en torno a la zona guerrillera está acordonado de cuarteles de cazadores (rangers) hay frecuentes desplazamientos de convoyes por las carreteras. En uno cualquiera de ellos, aprovechando un terreno propicio y a escondidas de los campesinos, los soldados penetran en una operación relámpago de breves minutos. Son pequeños grupos entrenados en tácticas anti-subversivas, de origen campesino. Por tanto, el "monte" es un medio para ellos natural y no hostil como lo era para los integrantes del ejército hasta hace algunos años y como lo fue en otras latitudes.

Léase bien: pequeños grupos. Esto significa obviar todos los inconvenientes de una tropa numerosa en cuanto a las huellas y señales delatorias de su presencia. El enemigo ha sustituido así un pesado armatoste inefectivo cuya presencia siempre es avisada con suficiente antelación por grupos pequeños y ágiles de los cuales sólo tiene noticias la guerrilla al topárselos en combate. Uno de los factores más favorables al guerrillero: la sorpresa, se pierde o

cuando menos se equilibra. Antes sabía de antemano los movimientos del enemigo o bien por la formación de las masas o bien porque el estrépito con que entraban al "monte" centenares de hombres era inocultable. Ahora no. El también puede ser sorprendido.

2) Otro signo de la proximidad del cerco eran los vuelos del helicóptero en busca de señales. Pues bien, éste sobrevuela todos los días la zona yendo de un cuarte antiguerrillero a otro. Su presencia no constituye síntoma ni indicio de la penetración enemiga. Esto coadyuva a la pérdida de la sorpresa como aliado de los combatientes revolucionarios. Hasta el momento de trabarse en combate no hay signos indicadores de la presencia del enemigo en la zona.

3) Dijimos que el enemigo penetra por medio de pequeños grupos adiestrados. Su ventaja no está solamente en eliminar la inútil y delatora marcha de grandes contingentes. Hay otras: son tropas que no desconocen el tipo de lucha que enfrentan. Cargan sobre sus hombros un abastecimiento mínimo que les permite sobrevivir y con lo cual queda resuelto el problema de su mantención sin necesidad de abastecimiento aéreo; saben desplazarse en medio de la selva sin dejar huellas y lo hacen con rapidez por ser de origen campesino; van dotados de buenos mapas y en cada incursión exploran incesantemente. Por último, actúan sobre la base de un estudio de la zona y son relevados cada cierto tiempo a fin de evitar cualquier síntoma de cansancio o resquebrajamiento. Estas tropas selectas —"cazadores"— gozan de un status especial dentro del ejército y serán usadas tarde o temprano en acciones represivas aún en las ciudades por su disciplina y espíritu de cuerpo. Pero volvamos al tema: las características de los "cazadores" hacen que el guerrillero pierda otra de sus ventajas: el conocimiento del terreno que le permitía moverse como el pez en el agua mientras el enemigo lo hacía con torpeza. Ahora los dos bandos conocen el terreno y saben moverse en él.

Ya la lucha no se plantea, pues, entre un grupo revolucionario que sorprende continuamente al enemigo y se le escabulle usando su conocimiento del terreno y un con-

tendor sorprendido, poderoso pero impotente al mismo tiempo. Ya ella no se desarrolla entre quienes pueden vigilar la entrada de tropas en su territorio y prever con antelación las consecuencias y un grupo de hombres numerosos con inconvenientes para desplazarse en silencio. Ahora son en la práctica dos guerrillas que se emboscan mutuamente y se sorprenden, se desplazan y ocultan con la misma o parecida destreza.

4) Pero hay aún más: la misión de las patrullas o "cazadores" es más fácil que las de las patrullas guerrilleras. No están obligadas al aniquilamiento como sí lo están estos últimos por partir de serias limitaciones en cuanto a hombres, armamentos y proyectiles y serles imposible permitirse el lujo de combates sin cobro de ventajas materiales. A los cazadores les basta con entablar combate. Al hacerlo, señalan su posición por radio y en cuestión de minutos varía la correlación de fuerzas: de los cuarteles cercanos —al borde de la zona— vendrán refuerzos muchas veces aerotransportados. Son, pues, combates cortos donde ellos sólo desean contener mientras el refuerzo llega. Para tales combates cuentan con un arma mortífera: la granada de Fal, que les crea una barrera protectora y cumple el mismo papel de apoyo que desarrolla la artillería en la guerra regular. Teniendo ante sí, en síntesis, una misión más fácil —contener mientras llega el refuerzo— poseen más y mejores medios que quienes están obligados a una más difícil (aniquilar al enemigo o cuando menos hacerse de armas y proyectiles en proporción mayor a lo gastado en el combate).

Con esto el guerrillero pierde una tercera ventaja: la de tener, pese a su mayor debilidad en términos generales, más fuerza que el enemigo en el sitio decisivo. Este, como se sabe, es un principio general de la guerra enunciado por Napoleón y de cumplimiento indispensable. Vale tanto para la guerra regular como para la guerra de guerrillas por estar referido a la correlación de fuerzas en cada momento decisivo. La guerrilla en conjunto es más débil que el enemigo. Este cuenta con vastos recursos y reservas muy superiores en armas, hombres y dinero; pero el revolucionario elige los combates y en ellos trata siempre de batir

una patrulla o la vanguardia enemiga, siendo en ese momento preciso más fuerte (el famoso “cortar un dedo antes que herir la mano” de Mao Tse-tung). Esto se repite hasta un momento en el cual se produce un cambio de calidad en la correlación de fuerzas y el enemigo comienza a vivir su proceso de resquebrajamiento y descomposición por causa de las victorias guerrilleras y de la lucha de masas en el país. Con el nuevo tipo de cerco este proceso luce bloqueado en tanto el guerrillero continúe formando su acción de acuerdo a enseñanzas anteriores y a la táctica consagrada por otras guerrillas revolucionarias, pues lo hecho en las mismas ha sido asimilado —como enseñanza— por los opresores.

En el momento y en el sitio decisivo el enemigo cuenta ahora con más fuerzas, salvo casos excepcionales de sorpresa total, si contabilizamos la posibilidad de refuerzo inmediato y un arma que le sirve de barrera protectora. Dada la índole sorpresiva de los combates no pueden tomarse medidas previas para emboscar el refuerzo (el cual como dijimos viene a veces por aire lo cual hace imposible emboscarlo).

¿Cómo garantiza el ejército opresor que el guerrillero pierda las tres ventajas sin las cuales su táctica es inefectiva? Convirtiendo el cerco, de una actividad temporal, en algo permanente. Ya no dura veinte días o un mes. Siempre existe. Para ello, procede así: acordona el territorio de la guerrilla y su posible zona de alivio y aún una mayor a fin de prever desplazamientos con cuarteles de cazadores. Estos se comunican entre sí tanto por carretera como por medio del helicóptero. Están situados a la orilla de las carreteras (muchas veces abiertas ex-profeso) en el margen del territorio en el cual tiene su asiento la guerrilla. Esto se hace previendo cualquier intento de atacarlos por sorpresa y convirtiendo dicho ataque en una operación temeraria no sólo porque la guerrilla se vería obligada a lanzar todos sus efectivos empeñándose en un combate inconveniente dada la etapa de desarrollo que vive, sino por estar fortificados y con la carretera de por medio para recibir abundantes refuerzos en poco tiempo.

Una vez establecidos los cuarteles se procede a zonificar

el territorio y en él, permanentemente, todos los días, entran y salen las patrullas después de haber recorrido el terreno explorando sin dejar huellas y haberse emboscado durante semanas en algún punto del mismo a fin de sorprender a la guerrilla. Si la encuentran, o si la guerrilla los detecta y ataca primero, entablarán combate en las condiciones antedichas. Si no, salen después de un tiempo y son relevados.

¿Qué queda de las tres conductas posibles de las cuales hablábamos? Ocultarse y esperar el abandono de la zona por el enemigo es improcedente: no se va y no se le ve por lo cual es imposible ocultarse; atacarlo en el momento en el cual levantan el cerco no es posible pues no lo levantarán jamás, y atacar a uno de los grupos cuando va a ser relevado exige detectarlo primero como se detectaba antes la numerosísima tropa en el momento de penetrar al monte; atacar por sorpresa la vanguardia deteniendo el avance de la columna exigiría en primer lugar que existiese tal columna desplegada y no un grupo pseudo-guerrillero y, en segundo lugar detectar su marcha.

El enemigo logra entonces mantener la guerrilla en un territorio determinado, entablando encuentros con suerte varia contra otro grupo móvil y diestro con el cual mutuamente se proporciona emboscadas y sorpresas. Si la guerrilla no elabora una táctica nueva que supere la anterior, la condena no desaparece —ello es imposible— pero sí a sobrevivir sin desarrollarse ni consolidar los frutos de su esfuerzo. Ninguna de las providencias del cerco es totalmente original. Muchas se han usado en otras partes. Lo novedoso es el conjunto, sistemáticamente aplicado. Existen medidas para contrarrestar o aun hacer inútil este tipo de cerco, dando con ello un paso notable en el camino nacional-liberador; pero descansan en una nueva concepción táctica —los rasgos específicos actuando— y sobre todo en la necesidad de mejorar la relación entre la vanguardia y las masas. El problema militar nos remite, indefectiblemente, al político y es en él donde se encuentra la clave de la solución.

Algunas de esas medidas serían:

- 1) La guerrilla en dos destacamentos no iguales en nú-

mero. Uno, el más extenso, combatirá, el otro, más reducido, asegurará el contacto con los campesinos.

2) El destacamento de combate lo hará en una zona a cierta distancia de la base campesina y el segundo tiene como objetivo crear una "base operacional guerrillera" donde por el desarrollo del trabajo de ayuda a los campesinos y otros, se logre reducir la dependencia de la guerrilla con respecto a las ciudades (nunca se eliminará del todo) a un mínimo. En la base, se revitalizarán modos ya conocidos en el campo y hoy no usados de producir determinados artículos necesarios para la guerrilla.

3) Como la guerrilla es aún débil (no es un ejército como el que tenía Mao Tse-tung) no puede defender su base por la fuerza. Debe entonces suplir la fuerza con la astucia. La astucia en este caso es la clandestinidad estricta del trabajo. Para ello debe partirse de organizar a los campesinos en distintos niveles con todas las variantes que ello implica en cuanto a información y control.

4) El otro destacamento combatirá a distancia de la base para no comprometer su existencia, sobre objetivos que ya existen (convoyes, carreteras) y para lograr la continuidad operacional. No dependerá de éste o el otro envío, éste o el otro contacto, pues:

5) Ha de hacerse una política de depósitos, poniendo en juego la experiencia de que el enemigo no los encuentra si se construye bien, en la zona de combate. En ellos deben incluirse los artículos necesarios a la guerrilla durante un largo tiempo (o el tiempo de una campaña).

6) En las líneas exteriores a la guerrilla, en los pueblos donde tienen su sede los cuarteles de "cazadores" se construirá el Partido. Un hombre, *uno*, ubicado diestramente, puede desentrañar de allí el momento en que se disponen a penetrar al monte.

7) Los explosivos deben usarse mucho. Ya no sólo sirven para acciones fuera del territorio guerrillero o acciones puramente ofensivas. Ahora habrá que minar dentro del mismo a fin de hacer lento y dificultoso el avance enemigo que no sabe cuando topará con una mina. Puede incluso inducirse al enemigo en su búsqueda y rastreo a tomar determinadas rutas. Con tropezar varias veces con

minas pierde todo cuanto había ganado en rapidez y agilidad dentro del "monte".

De este modo un destacamento, el de combate, releva sus hombres en la Base operacional y acude a la misma al extinguirse sus reservas para luego volver al combate. Como la base es mantenida en secreto y a distancia, el enemigo está completamente a ciegas para determinarla. Seguro dará tropezones aquí y allá buscándola y por ello los campesinos deben ser instruidos. El Partido en las líneas exteriores —urbano y rural— a un tiempo pues se trata de una organización en pueblos pequeños es el "cerco amigo" que rodea, vigila e informa del cerco enemigo. En un principio mucho más débil que él, pero es así como la guerra popular avanza: de la debilidad extrema a la relativa y de allí a la fortaleza.

Hay más medidas (atención especialísima a las zonas suburbanas y con ellas al trabajo de sabotaje) pero es imposible en este informe detallarlas. Lo esencial es que ese tipo de cerco puede ser derrotado si no actuamos con esquemas ni apengándonos a fórmulas.

Y bien, ¿quién trae el material de los depósitos? ¿Con quién se construye el Partido en las líneas exteriores? ¿De dónde salen los combatientes si por ahora el campesinado —como se deduce de la situación de masas del movimiento revolucionario— simpatiza pasivamente pero se incorpora en muy escasa medida?

Con esto las medidas militares no remiten de nuevo al problema central: el problema de la relación entre la vanguardia y las masas. La política, base de todo el problema, vuelve a hacer presente los mismos requerimientos de los cuales hablamos en los otros puntos. No hace un requerimiento distinto sino que se aterriza en lo mismo. La necesidad de crear un instrumento de mediación entre la vanguardia armada que marcha en pos de sus objetivos y las masas urbanas y campesinas —descontentas pero ajenas a la vanguardia.

Así, se nos vuelve a convertir en fundamental el vincularnos a las masas no sólo como medio de popularizar nuestras consignas y ampliar la influencia revolucionaria, sino aún como condición indispensable para que la gue-

rrilla pueda sobrevivir y crecer en las condiciones de cerco impuestas por el enemigo (depósitos, explosivos, etc.). El trabajo armado nos lleva entonces de nuevo a lo planteado como necesidad perentoria: trascender el sectarismo y volver a ocuparnos de los aspectos tácticos y políticos de los cuales y como reacción frente a la actitud del P.C., los militantes revolucionarios dejaron un tiempo de ocuparse, furiosamente empeñados en volver a recetar los principios estratégicos una y otra vez. Sólo así podrá decirse con justicia que el movimiento popular asimiló las enseñanzas de los años duros y difíciles, proyectándose en una conducta eficaz y coherente, modo de lograr el triunfo por muchos anhelado pero oculto detrás de un aislamiento de la vanguardia nacido de su terquedad sectaria y su generalización esquemática y simplista, u apego a fórmulas aprendidas y su desdén por apreciar lo que hemos llamado rasgos específicos.

Caracas, mayo de 1970.

INDICE

PROLOGO	11
DIEZ AÑOS DE INSURRECCION EN AMERICA LATINA	23
LA CRISIS POLITICA Y LA VIOLENCIA EN GUATEMALA	77
LAS ENSEÑANZAS DE LA GUERRA RE- VOLUCIONARIA EN VENEZUELA	131

Esta obra se terminó de imprimir en febrero de 1971, en los talleres
de Editorial Prensa Latinoamericana S. A., Root 537,
Santiago - Chile.

MINISTÉRIO DAS RELAÇÕES EXTERIORES

BIBLIOTECA

Autor.....

Título Diez años de insurrección.....

323.27(8) (09)

N.º Chamada.....D568.....v.1.....

N.º Registro.....14.395/72.....

O prazo de empréstimo (30 dias)
poderá ser prorrogado, caso a obra não
esteja sendo procurada por outro leitor.



Pocos han sido, en la literatura política latinoamericana, los intentos científicos de reflexión y de discusión teórica sobre las experiencias insurreccionales y las concepciones que las orientaban en la década del 60.

Pocos han sido los que han intentado explicar cuáles han sido las limitaciones fundamentales y los avances objetivos alcanzados por estos movimientos.

En *Diez Años de Insurrección en América Latina* este objetivo es logrado satisfactoriamente, sea a través del balance inicial, sea a través de los análisis específicos sobre algunas de las más importantes experiencias.

Sin duda, por los análisis que contiene, antología suple en forma considerable una

mente a la
amiento del n

N. Cham. 525 27(8)09) D508

Diez años de insurreccion en America Latina.



15237

Ac. 10.623

V. 1 Ex.1 MRE AFAS N° Pat 29395